

# EL DESPERTAR DE ALTEA

un examen de conciencia de un arrepentido sumo sacerdote Joaquín Gracia

entonando el mea culpa, el fiel acólito Jesús M. Vidal

## PRÓLOGO

El serio caballero se inclinó sobre su dama besándola dulcemente. Con su mano firme, apartó los cabellos de su frente y casi con deleite sonrió al rostro dormido. Por un momento, la severidad que siempre acompañaba sus rasgos se difuminó mostrando la extraña humanidad de su interior. Sin embargo, las duras líneas, tan marcadas por el tiempo y los disgustos, recuperaron su firmeza al instante.

–Prometo volver y rescatarte, Altea. No habrá nada que pueda detenerme.

–Hazlo, amor mío.

Altea había abierto sus dulces, castaños ojos, y los había posado suavemente sobre los de su caballero. Estaba despierta, y además le estaba hablando. Él, atónito, se había quedado sin habla. Ella prosiguió.

–Un grave peligro se cierne sobre nosotros y sobre el mundo. Hay una profecía... –parecía como desvaída, falta de fuerzas. El caballero dedujo que hablar le estaba costando un esfuerzo vital.

–No deberías esforzarte...

–¡Escucha! Déjame hablar... –su expresión adoptó un tono más severo –  
. El mundo se habrá de volver del revés cuando la dama dormida despierte de su letargo y no encuentre al sin nombre a su lado...

–Pero... Pero ya has despertado, y yo estoy a tu lado.

–Mamonil... No te enteras de nada... Esto es un sueño, yo sigo dormida ahí fuera. Ahora estás en mis dominios... El Ser de Todas las Cosas será agitado en la coctelera cósmica y el hombre buscará ligarse a la vecina de enfrente, huirá de sí mismo, dejará a sus semejantes que paguen la cuenta, los elfos dejarán la ecología como modo de vida, la Parca segaré de nuevo... Con la dama... Con la dama... Sentada a su diestra... Van a pasar un montonazo de cosas, ¿vale... ?

Toda la escena se estaba difuminando; de hecho el caballero empezaba a perder de vista a Altea, alejándose de su lado arrastrada por una fuerza misteriosa. No. Se estaba equivocando de arrastrado: era él quien se alejaba. Trató sin éxito de agarrarse al lecho en el que su dama dormitaba. Algo tiraba de sus piernas como podría haberlo hecho un percherón, si lo hubieran atado a él. Sus manos arañaban el aire de alrededor, intentando buscar algún asidero que no aparecía. Ella seguía hablando, pero él ya no podía entender sus palabras. Un terror intenso se apoderó de su ser, tardando poco más en materializarse en un grito:

–¡Altea!

–¡Rescátame! ¡Rescátame, o todo dejará de ser lo que era! –gritó ella en un último esfuerzo por hacerse oír.

Fuera estaba amaneciendo. Los primeros rayos del astro cosquillearon en su barba de dos días ascendiendo lentamente hasta las pupilas. Le dolía la cabeza enormemente, algo que podría haber sido fruto de una noche de borrachera, de no ser porque la última juerga que se había corrido había sido hacía demasiado tiempo, más del que pudiera durar cualquier resaca. Le estaba costando centrarse un poco en los últimos sucesos acaecidos en la noche, sucesos en los que Altea susurraba cosas en su oído y, aparte de llamarle mamonil, recordaba algo de una profecía... Sobresaltado, cayó en la cuenta de su error: se había quedado dormido. Había roto su promesa. Sin dejar pasar más que unos microsegundos, en un prodigio de sus reflejos acostumbrados a la batalla, el caballero se incorporó completamente, corriendo después hacia el lecho en que Altea dormía plácida.

Había desaparecido.

–Oh, no –murmuró él.

Una palabra llegó a sus oídos de lo más profundo de su mente. “Respétame”. No, eso era la canción que él le cantaba a veces para hacerla reír, imitando a aquella famosa cupletista. Eran otros tiempos en los que Altea y él habían disfrutado el uno del otro mas, ¿cuánto hacía ya de eso? Res...

Rescátame.

Ahora lo entendía: Altea, con su forma peculiar de hacer las cosas, había estado gritando socorro, y él, por primera vez desde hacía años, no había acudido a la llamada. Tenía la sensación de que le iba a caer una buena...

... Cuando ella despertara...

El estremecimiento al pasar la idea por su cabeza le estaba diciendo a viva voz que esta vez la cosa no se iba a quedar en una bronca doméstica. Iba a pasar algo gordo de verdad, algo a lo que no podría enfrentarse solo. Y, sin embargo, debía ponerse en marcha enseguida.

Alguien había arrojado su espada Escindidora-de-Amistades\* al bosque, a unos matorrales cercanos. Había huellas que indicaban que alguien había estado allí, pero las huellas se perdían al llegar a un arroyo. ¿Cómo podían haber localizado su casa? El hechizo de su amigo Jairo evitaba que nadie que supiera exactamente su situación llegara a ella. Y ésta la conocían tan sólo su amigo y él. ¿Habrían hecho prisionero a Jairo? ¿Lo habrían coaccionado a hablar? ¿Soborno con limonada y chocolate? No, Jairo no traicionaba jamás a un amigo, que él supiera. Bueno, quizás por limonada, pensó, completando su divagación. De todos modos, no podría saberlo hasta encontrarle, así que encaminó sus pasos de vuelta a la casa, donde también guardaba su equipo, si no se lo habían robado. Tenía que hablar con el mago.

No había sido así. De un rincón cogió su pequeño macuto, se acercó al armarito donde guardaba sus pertenencias intactas, y entonces lo vio.

Un pequeño dardo del tamaño de la yema de su dedo, sin duda la causa de su sueño injustificado, como pudo comprobar al captar el olor a hierbagris. La hierbagris es un potente veneno que los médicos usan en dosis bajas para

---

\* Llamada así porque aquellos atravesados por ella jamás volvían a tener amigos. En esta vida, ya que el caballero es sumamente respetuoso con los asuntos del Más Allá.

calmar el dolor, y en ocasiones también para lograr un sobresueldo; al parecer su inhalación estaba de moda en determinados círculos místicos<sup>\*\*</sup>. Metió el dardo en una bolsita que ciñó a su cinturón. Después, en el macuto, metió el equipaje imprescindible (un par de mudas de ropa, algo de comida y agua, una bolsa con monedas, el jarabe para la hipotensión, su gato de peluche).

Después de amarrarlo todo bien y de revisarla hasta por tres veces, echó un último vistazo a la casa, la aseguró con unas cuantas docenas de trampas y salió. El noble caballero cogió el sendero casi invisible que discurría por el bosque hasta llegar al camino. Allí colgó un pelele con armadura que, según su opinión, resultaba más amenazador que incluso él mismo, y debía tener razón ya que nadie se atrevía nunca a acercarse a más de quince metros de él; ninguna persona, ni siquiera Jairo, sabía por qué. La teoría con la que más estaban de acuerdo decía que la cuerda que sujetaba al pelele quedaba atada a la altura del cuello, dándole aspecto de haber sido ahorcado recientemente. Si se unía ese hecho a su bien trabajado bamboleo –mérito del propio pelele, sin duda– y a la cobardía popular, el conjunto se convertía en un repulsivo de curiosos bastante competente.

Ya se alejaba del lugar, el pelele iniciando su dulce oscilación, cuando escuchó una voz conocida a lo lejos. Vagamente comenzó a relacionarla con

---

<sup>\*\*</sup> Los magos tienen cierta tendencia a sufrir de los nervios sin una causa determinada, lo que les lleva a aislarse en torres remotas protegidas con y de todo tipo de sortilegios. El doctor Warren Finager, en su extenso trabajo “El potencial de la magia en la sociedad desarrollada”, atribuyó este hecho a la reciente proliferación de abogados en las grandes ciudades (al parecer, poco puede hacer la magia frente a una demanda). La extensión de la hierbagris entre los magos no ha cambiado esta situación en absoluto, pero ha hecho que por fin algunos salgan de viaje por ahí e incluso se establezcan en las ciudades creando tabernas, centros de animación infantil o escuelas, ya en casos muy extremos, en las que ellos mismos reparten la preciada hierba a sus jóvenes alumnos. Todo un ejemplo de integración pese a haber surgido un fuerte conflicto de competencia sobre los derechos de distribución de la hierbagris.

exploradores mal guiados por personas que afirman que conocen un atajo para llegar a su destino y cuyo sentido de la orientación podía ser comparable, por poner un ejemplo, al de un plato de lentejas. Tras meditar un momento si aproximarse al origen de la voz, decidió que bastante desgracia tenía ya su propietario. No era cuestión de perder el tiempo con pamplinas.

Además, tenía que encontrar a Altea y salvar al mundo.

Demasiado trabajo para un día.

## CAPÍTULO I

–Te aseguro que no tuve nada que ver.

–Ya me lo has dicho antes, y me fío de tu palabra. No seas pesao. Pero entonces, ¿cómo? ¿Cómo pudieron encontrarla?

Jairo permaneció pensativo mientras, de pie al lado de la Mesa de Cachivaches Infinitos, el caballero sin nombre sorbía con desgana un brebaje oscuro y espumoso. Sabía a rayos oxidados.

–¿Qué diablos es esto?

–Una nueva pócima de mi invención. Se trata de un tónico vigorizante, elaborado a partir de extracto de regaliz, cafeína y esputo de cola de mono, edulcorantes y estabilizantes aparte, aunque el secreto está realmente en las burbujas. Te espabila y te mantiene despierto unas horas más de lo habitual, aunque recientemente he descubierto que también es un potente desengrasante... Es mejor tomarlo frío. Se me ha ocurrido que incluso podría envasarlo en tubos de latón y...

–Está bien, creo que prefiero no saber nada más.

–Pues yo estoy convencido de que tendrá mucho éxito entre la juventud. Sobre todo una versión sin azúcar que estoy diseñando.

–¿Éxito, un extracto de regaliz y esputo de mono?

–De cola de mono.

–Me da igual. Antes de eso, las rosas criarán ajos. Yo que tú me desharía de la fórmula, antes de que mates a alguien con ella.

–No sé. Quizá tengas razón. Será que no lo has probado con hielo.

–Bueno, no importa. ¿No se te ocurre nada respecto de nuestro asunto?

–A bote pronto, no. No es tan fácil descubrir un escondrijo protegido mágicamente. Aunque se hayan dado casos de descubrimientos por azar, como el de los dos niños aquellos que eran hermanos, tampoco es la norma. Los hechizos cubren esa posibilidad también, imagínate si no el provecho que se podría sacar haciéndose el encontradizo por ahí. Uno podría descubrir todo tipo de secretos si se dedicara a vagar al azar por el mundo... Definitivamente, se tienen que dar unas condiciones especiales, una especie de conjunción de astros, pero más de andar por casa. Puedo empezar por consultar el libro en el que tengo escrito el Conjuero Avanzado de Invisibilidad Involuntaria, a ver si tiene algún fallo de escritura, una errata o algo así que otro mago conozca y pueda usar en su favor para penetrar el hechizo. Apostaría la camiseta a que tiene algún tipo de B.U.G.\* Si tiene algún fallo, puede detectarse la H.E.R.M.A.N.A. y a partir de ella, llegar al conjurador que se aprovechó del fallo. A partir de ahí, será cosa tuya.

–¿Qué hermana?

---

\* Birria Unilateral de Gráfico; se dice de dibujos mal hechos difícilmente detectables en la escritura de conjuros que siempre producen que el conjuero se “cuelgue”, en lenguaje coloquial de los magos, siempre que se realice algún tipo de maniobra determinada sobre ellos. Todavía se desconoce de qué se cuelgan.



–Haz de Energía Residual Mística Aleatoria Nativa Asociada. Aparece cada vez que se usa la magia, incluso para hacer el truquito de sacar una moneda de la oreja para impresionar a las chicas. Tengo el libro allí mismo...

Diciendo esto, el mago dirigió sus pasos hacia la estantería del fondo de su laboratorio. Atrapada entre sombras, éstas parecían desplazarse según el mago recorría las numerosas hileras de títulos, como si éstas tan sólo ocultaran aquellos libros que Jairo no pensaba consultar. El caballero estaba seguro de que la estantería era mucho, mucho más grande de lo que aparentaba ser.

–No está.

–¿No está qué?

–El libro. No está el libro. O lo saqué para consultarlo y me lo he dejado en otro sitio, o alguien se lo ha llevado. Espero que sea lo primero.

Mas, no podía ser de otra manera, y el caballero se hubiera jugado la espada, se trataba de lo segundo. Jairo no tardó mucho en confirmar su falta. Y tener un conato de ataque de nervios.

–¡Me lo han robado! ¡En mi propia casa!

–Bueno, supongo que te lo cubrirá el seguro, o algo parecido. No es para tanto.

–¿Qué seguro ni qué gaitas? ¿Qué más me da a mí que me paguen por lo que valía el libro? ¡Lo que yo quiero es la información que había dentro! Con lo que me costó robárselo, ¡jem!, conseguirlo, de su dueño...

-Y seguramente no se te ocurrirá ninguna forma de localizarlo mágicamente...

-¿Qué dices? Podría llevarnos meses, años incluso, con la magia convencional. No, no habría tiempo. No es posible. ¡No es posible!

-Jairo... Te estás sobreexcitando. ¿Qué pasa, que no tienes una simple bola de cristal? ¡Si ya las venden hasta en los mercados ambulantes!

El mago se quedó callado dejando que la información hiciera impacto en sus neuronas y fuera procesada correctamente. Cuando ya estaba seguro, contestó:

-No tengo una bola de cristal. Pero, ahora que lo has dicho, tengo algo bastante mejor.

Jairo entró en la Sala de Artefactos y se dirigió a una mesa situada en el centro. La mesa quedaba cubierta por una lona negra que en apariencia ocultaba algo más, lógicamente algún aparato mágico, como reveló al quitarla con sumo cuidado. La primera impresión que tuvo el caballero al verlo, sin embargo, no fue la de estar presenciando un objeto mágico, sino más bien una especie de puesto bizarro ambulante de bisutería. No obstante, la bisutería estaba ordenada de una forma peculiar, y rodeada de símbolos mágicos, lo que por lo visto siempre adorna. Tenía que ser un artefacto. La parte superior del mismo contenía por siete aros metálicos (plata iridiada, probablemente) que podían girar en torno a una semiesfera cristalina, recuadrada por un marco de madera noble carísima. Engastados en los aros

pudo ver varias gemas de diversos colores, tamaños, formas y precios. Jairo comenzó a cambiar los aros de posición, con la consiguiente decepción del caballero, al que el orden anterior le parecía más bonito estéticamente hablando. Pese a ello, decidió que, como decía un dicho popular, la mejor de las sabidurías estaba encerrada en los vericuetos del silencio, y no abrió la boca siquiera para protestar, a la espera de alguna manifestación mágica más o menos palpable. La cual llegó a los pocos segundos de mover los aros: las gemas comenzaron a brillar y una imagen comenzó a formarse en el interior de la esfera; primero aparecieron unas cuantas líneas horizontales borrosas, después un bonito arco iris vertical, y, finalmente, se hizo visible una especie de cueva que el caballero, al encontrarse a cierta distancia, no pudo reconocer.

–Así que el libro se encuentra en la guarida de Reabor el Taciturno– comentó Jairo.

Su contertulio asintió con un leve parpadeo, a pesar de no tener ni idea.

–Pues habrá que ponerse en marcha cuanto antes.

Aquel volvió a asentir. Por lo menos, en eso estaba de acuerdo.

–Tracemos un plan. Habrá que reunir –de la nada apareció una pluma y un rollo de pergamino de más de tres pasos de largo donde comenzó a escribir–, un buen equipo. De eso podrías encargarte tú. Y por supuesto necesitaremos materiales: comida para varios días, odres de agua, cuerda, yesquero, mantas, algo de oro para imprevistos,... Particularmente, yo tendré

que llevar mi limonada, papel para escribir, tinta y algunas otras cosillas, como ingredientes para mi magia o bolas de chocolate blanco.

–No me gusta el chocolate blanco.

–Está bien, será negro. Para mí incluso mejor. Yo pensaba que no te gustaban las cosas fuertes. Como tenemos que partir mañana, lo mejor será acostarse temprano. ¿Te parece bien una hora tras el crepúsculo?

–Jairo, para el carro.

–¿Qué carro?

–Es una frase hecha. Deberías salir más por ahí. Quiere decir... “detén tus palabras antes de que se desboquen los caballos” o algo así. Dialecto troll.

–Vale, vale. ¿Qué pasa?

–Que te estás desviando un poco, ¿no crees? No es tan importante encontrar el libro. Hay que encontrar a Altea. Ella ha hablado en sueños, algo que no había hecho nunca. Al menos, no conmigo.

–Sí, creo que ha hecho eso alguna otra vez.

–Lo que quiero decir es que lo que me dijo era “Rescátame”. Algo terrible va a pasar como no la encontremos, no sé cómo, pero lo presiento.

–Está bien, comprendo tu desazón. El caso es que no tenemos ninguna pista mejor, así que encontrar el libro y rastrear a partir de ahí de dónde ha podido proceder el fallo puede llevarnos a quien se ha aprovechado de él. Así sería posible encontrar al conjurador, en definitiva, encontrar el libro puede suponer nuestra salvación... Y la de Altea, de paso.

El mago se detuvo unos instantes para tomar aire. Ya había salido de la habitación, y al caballero no le había quedado más remedio que seguirle. Y dar la razón a Jairo.

–Entonces cenaremos en cuanto podamos y después prepararemos la mochila. Por cierto, ya tengo algunos candidatos para acompañarnos. A algunos de ellos creo que ya los conoces y son todos miembros de la Hermandad en mayor o menor grado. Podría venir Caldam, el caballero, creo que es una buena espada y un dragón no lo asustaría; Jinash, que sería capaz de comerse un dragón entero, aparte de que conoce algunos secretos acerca de cómo tratar a esas bestias; quizá algún otro como Fiudus, Jorbash o Nurbilak, pero sobre todo deberíamos llevar con nosotros a Irune, la suerte de un hada puede ser fundamental. Sobre todo... Para atravesar puertas. Dime, ¿qué opinas? Estás muy callado.

Con paciencia infinita, el caballero se sonrió en un chiste privado y replicó:

–No sé que decirte. Todos pueden llegar a ser valiosos en un determinado momento aunque... Bueno, mejor lo dejamos. No quiero hablar de ese Fiudus. Por cierto, ¿quién es Reabor el Taciturno? ¿Por qué tenemos que atravesar puertas?

–¿No lo sabes? Es un dragón que tiene su guarida en una dimensión de bolsillo. Una de esas que se forman por expresa voluntad de su dueño, no sé explicarlo mejor. El caso es que hace tiempo decidió, cansado de que tanto

aventurero intentara robarle sus tesoros, marcharse a un lugar al que sólo se pudiera acceder a través de un punto... Pero no te preocupes, conozco el emplazamiento de ese sitio, y, con las operaciones matemáticas adecuadas, podremos abrirlo para llegar a su cueva. Tendremos que tener cuidado de no despertarlo, de cualquier forma.

–Parece una idea bastante arriesgada. ¿Estás seguro de lo que pretendes hacer?

–Él tiene mi libro. No sé cómo ha llegado a sus manos, pero el caso es que está ahí. Lo he visto claramente por el telemetrófono.

–Tele ¿qué?

–Telemetrófono. Un aparato bastante útil para ver a distancia, y algunas otras cosas más.

–¿También desengrasa?

–Eh... No, no precisamente.

El hechicero miró varias veces su lista a la que había ido añadiendo en silencio un sin fin de anotaciones y dibujos con su barroca letra. Nunca se sabe si uno se puede olvidar algo.

–Tengo otra pregunta. ¿Sabes dónde encontraremos a tus voluntariosos amigos y si estarán dispuestos a ayudarnos?

–Respecto a lo primero bastará utilizar el telemetrófono de nuevo. En cuanto a lo segundo, no creo que haya muchos problemas. Habrá que

planteárselo, no obstante, con algún incentivo. Aunque yo opino que el tesoro del dragón será más que suficiente.

–No sé, no sé. Demasiada fe hay en tus palabras.

–Puede, pero creo que entre los dos conseguiremos convencerlos.

–Si tú lo dices...

–Está bien. Voy a preparar la cena –concluyó el mago dejándolo solo en la pequeña sala.

El noble guerrero se paseó unos instantes mientras se concentraba en cómo convencer a los amigos del mago para acompañarles en la misión. Mientras, la cena, muy bien enseñada, había comenzado a prepararse sola. Iba a hacer falta algo más que la Hermandad para derrotar a un dragón, sobre todo si gastaba mala leche. Los dragones, por regla general, gastaban muy mala leche.

## CAPÍTULO II

Nadie sabe lo que puede durar el sueño de un dragón. Normalmente de por sí no son criaturas demasiado activas, prefiriendo la soledad de su guarida a la caza del pardillo que comete el error de cruzarse en su camino. Sí, ya se sabe, están esos jovencitos de doscientos cuarenta años a los que les hierve la sangre más de lo debido y se dan una vuelta para ver mundo por aquello de acumular unas pocas riquezas que añadir a su ajuar\*. Pero cuando se dan cuenta de que comienzan a atraer la atención de demasiada gente, optan por un dulce retiro en las montañas; es el precio de la fama. Es ley de vida. No obstante, no todos optan por ese retiro; en su lugar se inclinan por alianzas burdas con peones humanos y colaboran en el derrocamiento de reyes o en el advenimiento de nuevas naciones. Suelen tener problemas de adaptación más adelante, pues no acaban de asumir que aquellos a los que van a ayudar tienen una tendencia desastrosa a palmarla antes de tiempo o, peor aún, de vejez. No es comparable vivir mil o dos mil años a vivir cincuenta o cien, en el más afortunado de los casos. Claro, que están esas cosas llamadas “descendientes”...

Algunas de ellas se acuerdan de que les debes un favor a sus abuelos.

En el fondo de su cueva, Reabor el Taciturno abría un ojo. Su siesta había durado tres semanas. No le gustaba nada tener que deber favores a

---

\* Imagínense tener que presentarse ante una hembra dragón que resulta ser más rica que uno mismo. Los dragones no entienden del incipiente concepto de “igualdad de sexos”. Tampoco entienden a los abogados que lo han inventado.



nadie. Sin embargo, había sido así. Y ni siquiera podía añadir el libro a su ajuar. Quizá, cumplido el favor, lo haría. Merendándose unos cuantos para celebrarlo.

–No entiendo por qué tenemos que escondernos.

–Es allí delante, ¿ves? –dijo el hechicero.

En un denso bosque, agazapados detrás de unos frondosos arbustos, caballero y mago cuchicheaban entre sí. Unos cuantos pasos más allá, a más distancia de la que pudiera cubrir un tiro de flecha, fuegos fatuos, luces espectrales y estrellas de floresta alumbraban una gran celebración en uno de los claros más hermosos que uno podía encontrarse en las grandes selvas de Rostiar. Elfos, duendes y gnomos componían en el momento la música con la que todos bailaban. La hidromiel de las hadas y la cerveza de los enanos se servía abundante en cuencos de madera, cálices florales y dedales de plata. Tragos y medianos llevaban la comida en bandejas de metal y madera aunque sólo la mitad llegaba a las improvisadas mesas en tocones y rocas. Elegantes lirios y tímidas petunias conversaban animadamente junto a orgullosos narcisos. Pensamientos y nomeolvides divagaban por los rincones suspirando. Hasta una bruja y un gato y un búho se habían acercado a la diversión. De hecho, el búho se había unido a los elfos cantantes con una jarra de hidromiel en la mano, y por cierto que no desafinaba. Bueno, no más de lo que pueden hacerlo quince elfos borrachos.

–Vaya fiestorro. ¿Cómo habrán conseguido que un búho cante tan mal?

–comentó el guerrero.

–No sé. Irune me ha invitado alguna vez pero siempre le he dicho que no. Ahora casi me arrepiento de haber rechazado sus ofertas. Hay veces que no sé si habla en serio o en broma y esa sonrisa suya traviesa... Te aseguro que hay veces que me da miedo.

–Te entiendo. Supongo. Unámonos a la fiesta.

–Recuerda que venimos a buscar a Irune.

–Descuida.

El mago parecía que iba a hacer una objeción pero una voz muy aguda gritó:

–Hola, ¿vais a la fiesta?

Algo que era una mezcla de conejo y duende los miraba fijamente. Los dos compañeros se miraron sorprendidos y, para cuando quisieron responder, a la extraña criatura se le habían unido tres hadas de las flores, un arpista elfo, siete fuegos fatuos, dos gnomos y otros extraños seres de dos, tres y hasta cinco ojos\*.

–Pues sí –confirmó el caballero mientras empujaba a un indeciso hechicero hacia adelante.

Rodeados por un número considerable de la arcana gente, la extraña pareja llegó a la fiesta. Sendas copas de cristal les fueron ofrecidas por un

---

\* Por no mencionar el número de brazos y/o tentáculos.

gnomo de grandes orejas y sombrero azul. En una charca cercana, dos ondinas y una náyade disputaban contra tres tritones un interesante partido de pelota.

–¿A qué juegan esos?

–Me parece que es un juego que se inventó alguien del oeste. Consiste, por lo que yo sé, en meter una pelota dentro de la red del contrario, mientras consigues quitarles a todos sus correspondientes taparrabos expulsándolos del juego. Lógicamente, tienes que evitar que te quiten el tuyo. Tienes la posibilidad de acumular los puntos, creo.

–¿Para qué?

–No tengo ni idea. Quizá luego los puedes canjear en un bazar.

–Qué estupidez. Seguro que te timan cuando cambias los puntos. No se podrá ni regatear.

–Bueno, en el juego está permitido, por lo que te he dicho del taparrabos. Ahora que, en el bazar, pues, no sé. No se permite usar magia, por ejemplo. Eso, seguro, por las ventajas obvias de las náyades en el agua. Tampoco se permite el uso de animales.

–¿Y cómo se llama el juego?

–Esto... ¡Ah, ya! Vete-al-Polo.

–Ah...

–Debe ser lo que le dijeron al que lo inventó cuando explicó las reglas por primera vez.

–Me lo creo. En fin, me parece que ya es hora de empezar con la tarea, ¿no?

–Tienes razón. No te pases con la bebida –aconsejó Jairo.

–No te preocupes, aguanto mucho.

–Eso es precisamente lo que me preocupa.

De repente, una dríada tiró del brazo del mago llevándolo a un círculo de baile y seis sombras del deseo rodearon al caballero impidiéndole ver que ocurría con su acompañante. Bueno, al menos era un mago, pensó. Aunque, si recordaba bien, casto. Podía tener problemas de concentración si las hadas decidían llevar la iniciativa y poner la mano donde no debían. O, bien pensado, donde debían. Decidió, tras zafarse de las sombras con un escueto “estoy casado, ¿vale?”, no preocuparse más de momento en el asunto y buscar a Irune por su cuenta. Luego vería si podía rescatar a Jairo de las celosas ninfas. Si quería ser rescatado, obviamente.

Dos jarras de cerveza más tarde, aderezadas con algún exquisito manjar de medianos y un par de copas de vino, comenzaba a sentir cierta ligereza en las piernas y un cierto cosquilleo en las orejas. Se le estaban subiendo los colores. Entonces, descubrió que una pequeña figura con alitas lo miraba con reprobación. Llevaba una jarrita en una mano y una galleta tan grande como ella en la otra.

–Por fin te has dado cuenta de que estaba aquí –dijo, dándole un bocado a la galleta.

–Perdona. Estaba pensando en otra persona.

–Fí, ya. ¿Y qué hafes aquí?

–Pues he venido a buscarte. En realidad, hemos venido a buscarte. ¿Podrías acabar de engullir tu galleta? No te entiendo bien si comes a dos carrillos.

–Fale –dijo ella. Tras formarse un extraño bulto en su esófago, del tamaño de otro cuello como el suyo, prosiguió–: ¿De verdad? ¡Qué bien! ¿Y quiénes habéis venido?

–Pues Jairo y yo.

–¿Sólo? Esperaba que hubieran venido Fiudus o Jinash... me lo paso tan bien con ellos...

–Tenemos previsto ir a buscarlos más tarde. Tú eres la primera en quien hemos pensado.

–¿De verdad? ¡Vaaaya! ¿Y dónde está Jairo?

–Tratando de concertar una cita con seis a la vez. Bueno, más bien lo contrario. O lo inverso. Me estoy liando.

–Vale, voy yo a buscarlo que iré más rápida.

Antes de que pudiera decir nada, la pequeña hada salió volando mientras el caballero decidió apurar la jarra antes de ir tras ella. Esta cerveza estaba endemoniadamente buena. De improviso, un pequeño impío, algo borrachín, se subió a la copa y, desde el borde, trató de sorber algo de la pinta. Como era de esperar por su condición, cayó al interior para preocupación del caballero,

ya que el impío no asomaba cabeza y la espuma tampoco le dejaba ver al guerrero si éste se había ahogado o no. Al poco, pudo observar cómo el líquido iba disminuyendo de volumen a medida que asomaba la cabecita del ser alado. Había optado por la solución más razonable, si se puede llamar así: beberse la cerveza hasta emerger. La mejor forma de no ahogarse, pensó el caballero. Tras soltar un ridículo eructito, el impío trató de concentrar su mirada en alguno de los seres que lo estaban mirando y, con una extraña expresión placentera en el rostro, hizo una seña para que se acercaran a escucharle. Cuando hicieron lo solicitado, el impío se dirigió hacia la figura más estadísticamente probable de ser el caballero:

–Creo que me he orinado encima... –susurró.

Tampoco él podía estar muy seguro de ello, ya que la cerveza no había cambiado de color.

–Bueno, será cuestión de ir a buscarlos –dijo, resignado.

Un poco más allá, Irune buscaba entre los bardos elfos a su amigo mago. Sabía cuánto le fascinaban las historias de dragones y caballeros y, sabiendo que al menos una de ellas se contaría esa noche, sería fácil encontrarlo por allí. Sin embargo, tras acercarse, comprobó que, si verdaderamente estaba interesado por las historias, lo estaba disimulando a la perfección. No había ni rastro de Jairo.

–¿Dónde se meterá este despistado? Debería estar aquí.

Sus ojos decidieron dar una vuelta por los alrededores, chispeando unos instantes al divisar la fuente de limonada. Seguro que lo encontraba esta vez. Aleteó hacia el lugar, esquivando un grupo de trasgos (y sus imprecaciones groseras, capaces de sacarle los colores a la más desahogada de las náyades) subidos de tono con el vino de los sátiros. No había casi nadie por los alrededores; sólo un par de ninfas que cuchicheaban entre sí, un anciano que cogía un vaso del amarillento líquido y tres hadas de las palabras que, con sus dedales en la mano, rimaban las frases que oían alrededor.

–Pues aquí, tampoco –pensó en voz alta.

–Es que está tan loco –repusieron ellas.

–¿De quién habláis?

–¿A quién llamáis? –contestaron.

–Hey, va en serio, compañeras. ¿Habéis visto a un mago humano?

–Pues quizá a quien tú esperas estuvo aquí, hablando ufano.

–¿Y por donde fue el hechicero?

–Hacia donde escuchas el arpero.

–Querrás decir “arpista”.

–Da lo mismo, es un artista.

–Creo que ya me estoy cabreando...

–¡Ay! Y nosotras, ves, suspirando...

–¿Suspirando? ¿Por qué?

La pregunta clave. Irune sonrió.

-Eh...

-Esto...

-¡Eso es trampa!

La hadita se inclinó a modo de saludo, y se acercó hasta allí para seguir sin encontrar a su amigo.

Mientras, cerca de la fuente de los pasteles, el innominado caballero lograba encontrar a su compañero.

-Ya era hora -protestó.

-Todavía no he encontrado a Irune -informó el mago.

-Pues yo sí. Hemos estado buscándote un buen rato.

-Es que he estado hablando con unas oréades pensando que podían saber algo, pero me han engañado.

-Eres demasiado crédulo.

-Sí, ya, pero ¿cómo es que no está contigo?

-¿Quién?

-Irune, ¿quién va a ser si no?

-Pues es que nos separamos un momento, precisamente para tratar de encontrarte. ¿Qué ha sido de las ninfas?

-Al descubrir mi afición por los acertijos me han retado, y he logrado vencer a todas. Bueno, a todas menos a una. Su adivinanza decía no sé qué de once patos y diez patas metidos en un cajón... Me he perdido haciendo las cuentas.



-¿Y?

-Esto... He tenido que dejar algo en prenda.

-¿Y?

-No te voy a decir nada más, ¿de acuerdo? Para colmo, como ellas no llevaban ninguna, yo no he conseguido ni una diadema miserable.

El mago lo miró un poco enfadado.

-Dentro de diez minutos nos vemos aquí, en la fuente de los pasteles.

Voy a ver si encuentro a Irune –prosiguió.

Otra vez sin esperar su respuesta, el interlocutor del caballero desapareció al instante dejándolo con la palabra en la boca. Así que suspiró y se dirigió a la fuente. Seguro que terminaban encontrándose. La estadística no podía fallar. Al menos, en nueve de cada diez casos.

Pensando en que para hacer algo bien uno mismo tiene que ponerse manos a la obra, el mago se entremezcló con los diferentes danzantes con la intención de llegar hasta el viejo roble desde donde tendría una buena panorámica de la fiesta. Sin embargo, un par de dríadas le vendaron los ojos y antes de poder decir “bolitas de chocolate” todo un grupo de duendes y elfos estaba jugando con él a la gallinita ciega.

-Cú-cú, es por aquí...

-Aquí, aquí...

-Hola, hola...

-¡Oh, rayos! No veo nada... Si tan sólo pudiera encontrar el nudo...

Pero la venda no tenía nudo. Se trataba de Tejido Ajustable de Leví, un conocido elfo del oeste, más allá del mar. Cuando un trozo de esa tela rodeaba una parte de tu cuerpo, se ceñía a esa parte como un guante. De hecho, cada retal estaba elaborado a la medida de su dueño, y sólo obedecía sus órdenes concretas. En pocas palabras, su situación poco iba a poder envidiar a la de un vendedor de cupones\*, al menos hasta que diera con el dueño y le convenciera para quitarle el trapo. Manos grandes y pequeñas, ásperas y suaves, ágiles y torpes tiraban de la túnica del mago mientras él intentaba salir de allí o coger a alguien. Probó con un conjuro pero la concentración necesaria para ello era imposible de conseguir.

–Juega limpio, tío...

–Por aquí...

En ese momento, una mano tomó la suya y de un tirón lo sacó del círculo de manos, pies, garras y tentáculos. Dando múltiples traspies el hechicero consiguió seguir a su improvisado lazarillo.

–Muchas gracias –dijo Jairo mientras comenzaba a retirarse la venda, sin éxito.

–De nada, un placer... –respondió alguien que se había situado detrás de él. Conocía ese suave ceceo. ¡Ganiría!

---

\* De un tiempo a esta parte, se ha ido generalizando la figura del vendedor de cupones por toda la parte oriental del mundo conocido. Estos señores son puestos estratégicamente en las esquinas y obligados a vociferar como pregoneros cosas tan extrañas como “quince tiras me quedan, señora”, “los iguales para hoy” o “el veintisiiiiete, qué rico el veintisiiiiete”. A pesar de anunciar números como si de una rifa se tratase, lo cierto es que los cupones no son más que tiras en pergamino blanco, sin más aditamento que un troquel, y su cometido se desconoce hasta la fecha. Es bien cierto que no se adquieren gratis, por lo que está claro que alguna utilidad deben tener, aunque sea sólo la de enriquecer las arcas del que los vende. Una reducida minoría, buscando el tercer pie del gato como es habitual, sostiene que en realidad no es

La voz de su salvadora le dio tiempo a reaccionar. Lanzó un conjuro de invisibilidad y salió corriendo hasta topar con el árbol más cercano y caer de bruces al suelo. Era curioso cómo la bruja provocaba reacciones similares allá donde aparecía.

–Vaya, otra vez se ha escapado pero ya lo pillaré, ya,... Sólo es cuestión de tiempo... Esta vez no te será tan fácil... –dijo ella.

Tras unos segundos de inconsciencia, Jairo se incorporó tranquilamente. Lo bueno de los hechizos de invisibilidad es que, hagas lo que hagas, te quedas invisible por el resto del día. Por otra parte, eso no puede evitar que te pisoteen si estás en el suelo, y precisamente eso era lo que estaba a punto de suceder: un troll avanzaba tambaleante hasta más o menos su posición. Prefiriendo no arriesgar, Jairo se alejó unos pasos esquivando el peligroso trayecto.

–Esta vez ha estado cerca –suspiró.

–¿Eh? ¿Quién anda ahí? Cerca ¿de qué? –preguntó una voz a su lado.

Se volvió rápidamente con el corazón en un puño y sus labios casi comenzaron un conjuro de evasión pero allí, aleteando a un par de pasos del suelo, sólo se encontraba Irune.

–Te estábamos buscando.

–Sí, pero ¿cerca de qué? ¿Dónde sátiros estás?

---

el que los vende quien se lucra, sino una red altamente organizada que, efectivamente, lleva engañados a los pobres ciegos para vender las tiras aprovechándose de la lástima que inspiran en la gente. Y no se sabe hasta qué punto tienen éxito.

–Aquí, invisible. He tenido un lamentable tropiezo jugando a la gallinita ciega.

–¿Y tú que hacías jugando?

–Pues... Vamos a la fuente de los pasteles –el troll había visto a Irune y, ya a distancia, estaba haciéndole proposiciones bastante deshonestas. No quería ni imaginarse lo que podía hacer si se acercaba un poco más, como estaba haciendo.

–Sí, que quiero uno de chocolate –dijo ella, aparentemente sin darse cuenta de lo que pasaba–. ¿Has probado la limonada?

–Todavía no. Aún hay tiempo. Por cierto, ¿sabes algo de códigos secretos de Tejidos Ajustables de Leví?

–Pues... Algo. Una vez tuve unas medias fabricadas por él. Era muy cómodo. Pero me hacía unas piernas muy feas y se las regalé a mi amiga Eréntxezu.

–¿Y el código? –preguntó Jairo con un tono apremiante.

–Ah, eso. Cambia con cada persona, ¿sabes? Para que la prenda sea tuya tienes que decir “Lo que darían por mí sin mis bonitos bluyíns”, y luego la palabra o palabras que quieras como código.

–Esto es ridículo. ¿Qué es un bluyín?

–Pues no tengo ni idea. Alguna idea loca de Leví. Ya sabes que estos elfos del Oeste desvarían un poco, aunque sean buenos comerciantes. Y éste tiene más de seiscientos años.

–Oh, está bien. Adelántate, que te sigo.

El mago comenzó a murmurar la letanía, no sin que se le subieran los colores un par de veces. Finalmente, pronunció las palabras.

–Mierda de venda.

La venda se soltó. Irune estaba ya a unos quince metros, dirigiéndose a la fuente de los pasteles.

Esperándolos estaba un alegre caballero conversando animadamente con siete pequeños duendes y una bella dama.

–Ya estamos aquí –anunció el hada.

–Antes de que hagas la pregunta, yo estoy aquí, invisible.

–Dejad que os presente, ¡hip!... Ellas son Blanca... Blanca Noséqué y sus catorce acompañantes... La señorita Irune y... Bueno, Jairo, su amigo invisible. Dice que es una princesa y todo. ¿Qué me estabas contando de las manzanas?

–¡Amigos invisibles! –dijo la princesa–. Yo creía que después de lo de aquel conejo gigante, nadie se había encontrado con uno... Y pensar que siete enanitos eran una lata... Bueno, pues resulta que la reina encargó a unos pasteleros de escasa reputación, y que conste que eso lo sé de buena tinta porque a cierta amiga mía también la liaron para hacerle comer unos pasteles pasados de fecha, de lo que ella se enteró cien años después, porque se quedó dormida, ¿sabes? Los servicios de su padre, el rey, dijeron que fue el hechizo de una maga el cual fue implantado en la aguja de una rueca, pero ni de coña, ¿sabes? Todo patrañas, lo que pasaba era que el rey debía unos cuantos

favores a esos pasteleros, así que taparon todo el asunto. Y no te cuento lo de mi prima Alicia. ¡Menudo cuelgue que agarró al comerse un panecillo! ¿Te puedes imaginar, una reina que sólo sabía decir “Que le cooorten la cabeza”? No, si ya te digo. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! Bueno, pues la reina encargó a aquellos pasteleros que...

Jairo suspiró. A pesar de haberse reencontrado iban a tardar mucho en salir de allí.

Quizá era hora de probar la limonada.

### CAPÍTULO III

–¿Qué pasa, se te quema la casa o qué?

–Perdonad, pero yo estoy acostumbrado a un paso más vivo... –comentó Jairo.

–Pues, que yo sepa, nosotros aún no estamos muertos –repuso Irune.

–Además, si se te quemara la casa, ella tiene su propio servicio contra incendios, ¿no? Enanitos bomberos, según me dijiste, ¿no? Te debió costar mucho sacarlos de aquél espectáculo circense. Vale. Me callo –el caballero juzgó lo más prudente, a la vista de las miradas fulminantes de Jairo e Irune. Éstos reiniciaron la discusión.

–Caminar más deprisa no nos llevará a ningún sitio. En todo caso, a fatigarnos antes. Ya podríais haber traído caballos, renáyades.

–Bueno, sí... esto... no, si yo... Entiéndeme, si no nos damos prisa no vamos a llegar al torneo.

–En ese caso, permíteme que me aloje en tu capucha.

–Está bien...

El trío caminaba lentamente por una arboleda cerca del río entre chanzas y bromas, al menos por parte del mago y el hada porque el caballero todavía seguía bajo los efectos del alcohol feérico, como fehacientemente se había demostrado. Tras la fiesta se habían encaminado al condado de Utrimar, donde se encontraba el caballero Caldam.

–¿Cómo conseguirás convencerle? –preguntó el guerrero sin nombre.

–Oh, no creo que ponga ningún inconveniente. Siempre acepta cualquier causa justa y recuerda que es una dama en apuros la que precisa de su ayuda.

El Código está de nuestro lado. Por esta vez –dijo Jairo.

–Muy convencido te veo.

–Si uno no cree en sí mismo...

–Eso, eso –apoyó el hada–, la moral bien alta.

En aquel momento los tres superaron un recodo y pudieron divisar en toda su magnificencia el castillo condal. Aunque situado en el fondo del valle, desde allí podía distinguirse el ambiente de fiesta y la aguda vista del hada llegó a discernir los emblemas de los caballeros que cruzaban sus lanzas. El caballero sintió cómo sus entrañas se removían inquietas, aunque no le dio demasiada importancia. Quizá los garbanzos; bien sabida era su propensión a los gases. De repente, Irune salió volando como una flecha mientras su cantarina voz gritaba:

–¡Troll el último!

Guerrero y mago se miraron y mientras el hechicero se arremangaba la túnica, el primero salió en pos de la picaruela Irune ladera abajo. A pesar de la ventaja inicial, el más musculoso de los hombres y pese a su armadura consiguió ponerse en cabeza seguido de cerca por la mágica pareja que competía por el segundo puesto. Todo parecía sentenciado, pero la traviesa Irune decidió equilibrar un poco las cosas e hizo que cierta rama se



interpusiera en el camino de las piernas del seguro ganador. Éste, pese a que intentó de todas las formas posibles recuperar el equilibrio, rodó cuan largo era por el suelo y el mago, que le seguía de cerca, no tuvo tiempo de reaccionar, tropezó y cayó con él. Sobre ellos, un hada, desternillada de risa, pasó sobrevolándolos. Resignados, ambos se ayudaron para levantarse y, algo magullados, continuaron la bajada.

–He ganado –dijo Irune cuando llegaron a su lado.

–Sí –repuso el caballero con una mirada algo insidiosa–, has ganado.

La sensación no había desaparecido.

El inconsciente humano es un arma poderosa cuando actúa en conjunto. Un ser humano por su cuenta es capaz de hacer pocas cosas aparte de sus funciones meramente físicas o mágicas, si éste ha desarrollado esta segunda cualidad –y, a veces, la primera–. Pero la parte intuitiva de su cerebro, aquella que escapa a su control e incluso a su conocimiento, está presente y desarrollada mucho más de lo que todo el mundo piensa. Este inconsciente es lo único que ha sido capaz de crear un lazo indisoluble con las fronteras exteriores de la realidad, allá donde todas las cosas que podrían ser y no son vagan, mutan, nacen, se reproducen entre sí... y ante todo ansían penetrar nuestro universo racional. Los seres vivos sueñan, desean; con esos mismos elementos, sueño y deseo, retocan la realidad como un pintor apunta las últimas pinceladas sobre su obra, así es como se abre una pequeña brecha y se crea

una pequeña esfera de irrealidad que se incrusta en la realidad que los rodea; la herida se cierra automáticamente prohibiendo entradas posteriores. La “esfera” toma varias formas, a cuál más bizarra y diferente, según el fragmento del exterior al que se haya permitido la entrada. No tiene por qué tratarse de una forma física; también es posible adoptar la forma de, por ejemplo, una idea. Normalmente dura poco tiempo dada su inestabilidad o poca consistencia, a veces microsegundos: nadie llega a percibirlas. Por ello, aspecto fundamental para asegurar la perdurabilidad de lo irreal es la creencia racional, que actúa como el revisor de un tren. Cuando la razón da por bueno el billete de lo irracional, éste se sitúa de por vida en la fila de asientos de los pasajeros de la razón. Sólo unas pocas logran el privilegio y se suelen agarrar a él como el anzuelo en la boca del pez. No sucedería nada si la realidad, independiente del pensamiento, adaptara su forma a la de estas pequeñas esferas. Lamentablemente, la realidad es única como entidad, inamovible. Cuando una de estas pequeñas esferas aparece, la realidad se desplaza un poquito de su sitio natural, de la misma forma que la gente se desplaza para dejar un asiento libre, y la historia se queda ahí. Lo malo es que, con los sueños, la aparición de esferas es constante: lo ha sido desde el principio de los tiempos, desde que más de dos criaturas han podido soñar o desear a la vez.

Hasta ahora, la realidad había resuelto el problema plegándose sobre sí misma. Mas tantas dobleces han hecho de ella lo que se asemejaría a una

manzana pasada de fecha. Ya no queda espacio para más arrugas. En el exterior de la realidad, todas las cosas que podrían ser lo saben. Ahora, mientras esperan su turno apelotonadas en los pliegues de realidad, dos personas se han reunido en las proximidades de uno de esos lugares irreales. Hay una tercera, pero ésta es incapaz de articular palabra.

–Todo está dispuesto. El dragón hará su parte.

–No esperaba menos. El caballero morirá de una vez, lo que nos dejará vía libre para despertarla.

–Pero tengo entendido, señora, que eso podría realizarse ahora mismo...

–Podría, pero él aparecería. Era mucho esperar que lo entendieras, cateto. Los lazos que los unen van más allá de lo meramente físico. Nuestros esfuerzos no habrían servido de nada. Separados, sus lazos se han debilitado, es cierto. Ahora están tan dormidos como ella; no obstante, siguen ahí. Sólo una vez rotos de manera... definitiva, será posible sacarla de su sueño para que cumpla mis propósitos.

–Señora...

–¿Qué?

–Lo habéis vuelto a hacer.

–¿He vuelto a hacer qué?

–Otra de vuestras “pausas dramáticas”, señora.

–Oh.

–¿Habéis tomado vuestra medicina?

–Eh... No. Tráemela.

Últimamente estaba cogiendo muy malas costumbres. Hablar sola, en alto, había sido la más reciente. Según su médico, era el siguiente paso en su extraña enfermedad. Al principio habían sido las pausas, luego... ¿cómo lo llamaba el doctor? Ah, sí. Discursos Megalómanos Egocéntricos. Ahora, la mencionada de hablar consigo misma. ¿Cuál sería la próxima? La medicación, además, sólo resolvía el problema de las pausas... No era mortal, había dicho el médico. Aunque resultaba una molestia, no había que preocuparse. Aún así, cualquiera que escuchara podría descubrir sus planes si le daba un ataque. Y eso sí que no... Al menos, de momento.

Afuera, en el cielo, las nubes se pegaban unas a otras con celeridad. Se estaba preparando una tormenta.

–Deberías esconderte. No creo que les guste ver un hada por aquí, no es nada personal –comentó Jairo.

–Pero me perdería la fiesta...

–Ellos tampoco se perderían un hada frita –repuso el caballero–. Además, fíjate en todo ese hierro. No sé si entre Jairo y yo podríamos defenderte de todos.

–Puedes hacerte invisible o cambiar tu aspecto.

–De acuerdo. Ya sé cómo.

Inmediatamente en lugar del hada había un pequeño frailecillo que sonreía satisfecho, si un pájaro era capaz de esbozar una sonrisa. Con un par de aleteos se posó en el hombro del mago.

–¿Vamos?

–Vamos.

Los tres se encaminaron hacia el mercado confiando en ver por allí a Caldam. Mientras caminaban el caballero, que seguía manteniendo en secreto su nombre, pensó en si advertir a Irune de lo extraño que era que un pájaro silvestre llevara anillos en las patas, pero parecía tan contenta con su disfraz que, de nuevo, decidió callarse. Tras un cuarto de hora de pasear por los terrenos de la feria, las gradas del torneo, el mercado y el campamento de los participantes, encontraron a Caldam, fiel seguidor del Código, bajo uno de los palios conversando educadamente con unas damas. Jairo se acercó a él.

–Buen viento –saludó el mago.

–Buen viento –repuso el estricto caballero.

–Espero no interrumpir, pero te necesitamos.

–¿Qué hace él aquí? –dijo señalando al guerrero–. ¿No estaba perdido por algún bosque velando por damas dormidas y eso?

–Siento que todavía te duela el revolcón de la otra vez. Lo del jubón fue idea de mi espada, y no he podido quitársela de encima.

Los gases iban a hacerle estallar. Si era eso.

–En realidad no es culpa tuya. Nadie se habría enterado, de no ser porque cierto montaraz le contó la historia a un grupo de bardos amigos suyos, y estos decidieron componer una balada jocosa al respecto...

–Vaya por Mlita.

–Sí. Ahora medio reino de Oriente canta la tonada. Se ha hecho bastante popular, y en consecuencia me he llevado una bronca del Gremio de Caballeros del Alto Código. Si no fuera por el Código, ya me habría dado a la bebida.

–Lo siento de veras –dijo Jairo, solidario.

–Me sé yo de alguien con el que habrá que ajustar las cuentas... – murmuró el guerrero sin nombre.

–¿Y el pajarillo?

Irune abrió el pico en ademán de ir a decir algo, mas Jairo se adelantó.

–Nos acompaña también. Por motivos de discreción, no te diré su nombre.

–Ya hemos sido presentados, entonces. ¿Y bien?

–Verás, la dama del amigo se encuentra secuestrada y para encontrarla tenemos que recuperar un libro.

–Entiendo. ¿Dónde está el libro?

–En la guarida de Reabor el Taciturno.

–¿Reabor el dragón?

–Sí.

–Pues es que me pillas en un mal momento –se disculpó Caldam–. Precisamente iba a acompañar a estas damas de vuelta... ¡ejem!, a sus lugares de origen. Si pudieseis retrasarlo... Di mi palabra de honor.

–Ya, entiendo. Pero, ¿quedan muy lejos sus castillos?

–Pues necesitaría un par de semanas...

–¿Taantoo? –preguntó el guerrero. No le salían las cuentas.

–Bueno, la verdad es que... –comentó Jairo.

–No te esfuerces –susurró una voz en su mente.

–¿Cómo? –contestó el hechicero con voz queda.

–¿Decías? –preguntó Caldam.

–No, me preguntaba cómo sería posible que vinieras.

–No creo que sea necesario. Seguro que entre los dos lo conseguiréis. Tu compañero es muy bueno con la espada, eso seguro.

–Somos tres –volvió a susurrar la voz.

–¿Eh? ¿Quién ha dicho eso?

–¿Quién ha dicho qué?

–Uuuuhhhh... Somos los espíritus de tus ancestros... Te conminamos a que vayas con ellos... Una maldición recaerá sobre tu descendencia...

–¿Qué diantre pasa aquí? –preguntó Caldam, un poco mosca.

–Eso digo yo. ¿No habrás bebido? –inquirió Jairo.

–Nunca bebo, ya lo he dicho antes. Sólo en fiestas. Fui muy bien educado de pequeño. Tengo una voz en mi cabeza.

El guerrero arqueó una ceja. A lo mejor no estaba siendo buena idea llevarse a Caldam con ellos. Jairo parecía igualmente perplejo. El pájaro comenzó a trinar, como disimulando.

–De acuerdo, haremos esto –dijo, finalmente, Caldam–. Veré si puedo arreglarlo con alguno de mis camaradas. Si lo consigo, os veré mañana por la mañana en la entrada del “León Verde de Envidia”, donde me hospedo.

–Bien. Hasta mañana entonces.

–Nos vemos.

El alto caballero se volvió hacia sus anteriores acompañantes, las cuales parecían haberse preocupado ya de encontrar a otro camarada, y el trío se dirigió, a través del mercado, hacia la ciudad. Todavía tenían que encontrar un sitio donde alojarse.

–Veis, os dije que no podíamos contar con él. Está picado aún. Si entendiera que no fue nada personal...

–Ya, pero no ha dicho ni que sí ni que no todavía. Esperemos a mañana.

–¿Te has fijado en las plumas de sus flechas? –comentó el caballero.

–No. ¿Qué pasa con ellas? –contestó Jairo.

–Las he visto en otro sitio, pero ahora no recuerdo dónde.

–Las recordarás de encuentros anteriores. Un dejabugo.

–¿Un dejabugo? Si ni siquiera sé lo que es eso.

–Tiene que ver con una teoría que dice que, en vez de tener un cerebro, tenemos dos. Uno se encarga de los asuntos del momento como andar,



comer, beber, hablar y todo eso, y otro de los recuerdos y las sensaciones. Las dos partes, sigue la teoría, conviven armónicamente hasta que a veces una decide actuar por su cuenta y archivar recuerdos que la otra no le permitiría en otras circunstancias. Cuando ese recuerdo reaparece en forma de imagen, ese lado de la mente le dice al otro que aflore, pero entonces, el otro se mosquea y no le da la gana de sacarlo. Por eso sólo queda una sensación como de haber visto, haber dicho o haber estado antes lo mismo, pero sin tener la seguridad de saberlo.

-Es una teoría un poco estrambótica, ¿no crees?

-Ya. Lo más probable es que ni siquiera sea cierta.

-Además yo relaciono ese nombre con comida para reyes, aunque tampoco sé por qué.

-No es una idea muy afortunada.

-No.

-Hay otra que habla de ciertos espíritus tocanarices. Los llaman poltergeisers.

-Creo que esta no quiero escucharla. Además, ese nombre sí que es ridículo.

-Tengo entendido que se lo puso una niña rubia que decían que era la única que los podía ver. Nadie le hizo mucho caso. Ahora se ha establecido como vendedora a domicilio de ropa interior femenina...

-Mejor dejémoslo, ¿vale?

El mago se quedó callado, pensativo. Tenía que dejar de leer tanto libro de fantasía.

–Y ahora, ¿a dónde? –preguntó el hada, mentalmente.

–¿Sabes? –comentó Jairo al caballero–. Me parece que ya sé de quién era la voz en la cabeza de Caldam. Buen truco, Irune. Pero no vuelvas a hacerlo.

–Vaaaaleee...

–Jinash se encuentra en la ciudad, según el telemetrófono, con lo que seguro que en el “Lechón Feliz pese a No Tener Relleno” saben algo de él. Pero bueno, ¿a ti qué te pasa? Tienes aspecto de haberte tragado un bote de vinagre –dijo, dirigiéndose al caballero.

–No sé. No es nada. Será el dejabugo que me ha sentado mal. Vamos. ¡No me miréis así! Estoy bien.

Tras recorrer una buena parte de la ciudad, los tres compañeros llegaron al conocido mesón de Utrimar. Nada más entrar, tres presencias los recibieron: el olor a cochinitillo asado, la fragancia de las hierbas aromáticas y el abrazo de oso de Jinash que apareció detrás de una torreta de costillas de ternasco.

–Mucho gusto verte de nuevo –jadeó Jairo, casi sin respiración.

–¿Nos presentas?

–Sí, hombre, sí. Espera un poco –pidió mientras trataba de recuperar el resuello–. A Irune ya la conoces.

La pequeñaavecilla hizo una reverencia en silencio, muy en su papel.

–Y éste es el caballero de Altea.

–Este es el que hizo que Fiudus...

–En realidad, el que le gustaría hacer a Fiudus, pero bueno, tiempo habrá – cortó el guerrero–. Encantado.

Ambos sacudieron vigorosamente sus manos.

–Acababa de comer –dijo señalando una immaculada fuente de huesos de costillas– pero podéis acompañarme a este ligero tentempié. Como me había quedado con algo de hambre, he pedido otra fuente.

–Por supuesto –accedió Jairo–, hay mucho que contar. Aunque creo que el caballero no tendrá mucha hambre, dice que algo le ha sentado mal.

–Haré el esfuerzo. Además, me siento mejor.

La ingente fuente desaparecía paulatinamente gracias a los esfuerzos de los cuatro (bueno de los esfuerzos de tres de ellos; a Jinash no le suponía ninguno) mientras el hechicero informaba al colosal guerrero de las esperanzas y anhelos que encerraba su misión.

–Entonces, ¿podemos contar contigo? –preguntó el mago.

–Pues claro. Me hace falta ejercicio. ¿Dónde quedamos?

–En el “León Verde de Envidia” al punto de la mañana.

–Allí estaré.

Despidiéndose hasta el día siguiente, el trío de amigos terminó recogiendo en la posada del “Duendecillo Alegre sin Saber Por Qué” regentada por la conocida Andrea.

Parecía que la sensación había desaparecido.

## CAPÍTULO IV

No solo amanecía en la ciudad de Utrimar. Algo más al Oeste, el sol también se estaba dignando a dejar caer sus rayos anunciando que un nuevo día comenzaba también para la ciudad de Ilamea, para disgusto del Sumo Sacerdote de Midir, cuyo sueño con deliciosas odaliscas llenas de sensualidad acababa de ser interrumpido. No es que la luz del sol molestara en exceso al Alto Clérigo; eso era algo que podía soportar sin más problema que el que pudieran causarle los ronquidos del fiel acólito que dormía en la habitación de debajo. La verdadera causa de su disgusto era el sonido del Sagrado Gran Gong del Destino, el cual tenía la maldita costumbre de retumbar por todo el templo a la aparición de la primera luz de la mañana, y que indicaba a los fieles el comienzo de la liturgia diurna. Desperezándose, procedió a despojarse del camisón y del gorrito de lana para ponerse la ropa ceremonial. Normalmente tenía unos quince minutos hasta que los ciudadanos de Ilamea empezaran a entrar en el templo, tiempo más que suficiente para alguien que podía jactarse de estar a punto de incluir el concepto de “aseo personal” en la Lista Oficial de Herejías.

Tras pensar un poco en el sermón de la mañana, descendió las escaleras que llevaban a la capilla principal. Como era habitual, el fiel acólito estaba esperándole con la Flauta de los Dragones y los Crótalos de Poder, artefactos místicos que, hacía más tiempo del que las leyendas suponían, habían sido

donados por Midir a sus primeros fieles y ahora eran custodiados en el templo.

–Maestro, todo está dispuesto para la ceremonia –balbuceó un nervioso acólito.

–¿Qué sucede? –la Flauta estaba en su sitio, los Crótalos y el acólito también.

–Bueno... Todo está dispuesto, menos una cosa.

–¡No des tantos rodeos! Ya sabes lo negro que me pone. ¿Qué diablos pasa?

–La gente.

–¿La gente no está dispuesta? ¿Qué es esto? ¿Herejía? ¿Sacrilegio?

–Ehh... Creo que ausencia, maestro. No están. No ha venido nadie.

–Bueno, si sólo es eso... Un retraso lo tiene cualquiera. Se habrán quedado remoloneando en sus camas –el fiel acólito ignoraba lo mucho que, en el fondo de su ser, envidiaba esta situación el Sumo Sacerdote–. Esperaremos un poco. Por lo que veo, tampoco los demás acólitos se han despertado. Ni los Sacerdotes.

–Ya...

Diez minutos pasaron de largo, a la carrera.

Fueron superados por una hora, aún más rápida.

El Sumo Sacerdote zancadilleó a la segunda hora antes de que se le ocurriera aparecer por allí. El fiel acólito mantenía la misma expresión idiota de la misma hora anterior, como si lo hubieran ultracongelado en el tiempo.

–Esto es muy extraño. Vamos a salir. Y quítate esa expresión de merluzo  
–dijo el Sumo Sacerdote.

Con paso vacilante, las dos figuras abandonaron el templo descendiendo por la escalinata que daba a la Plaza del Mercado de Ilamea.

–Pues la gente... Está –comentó el fiel acólito.

–¡Eh! ¡Vosotros!

Artesanos, orfebres, herreros, tenderos, costureros, ganaderos\* y ciudadanos paseaban por la plaza como si se tratara de un día normal de mercado, pero tenían algo raro. Las gentes del gremio parecían trabajar como siempre. La gente parecía deambular como siempre. No obstante...

Nadie compraba nada.

Nadie ofertaba nada.

Nadie decía una palabra.

–¡EH! –gritó el Sumo Sacerdote. No tuvo respuesta. Ni siquiera el ladrido de un perro.

–Dejadlo, maestro. Parecen... Como dormidos. Como esos que duermen y les da por levantarse en medio del sueño y caminar por bordes de cornisas...  
Son funámbulos.

---

\* Como todos los de fantasía heroica medieval, éste es un mundo machista a más no poder. Los autores lamentan profundamente este hecho y ruegan se les perdone esta necesaria falta de sensibilidad.

-Sonámbulos.

-Eso.

-Despertémosles, entonces.

-No es recomendable, maestro. Dicen que es peligroso.

El Sumo Sacerdote sopesó las posibilidades. Quizá ver la cara de un Clérigo de Midir nada más abrir los ojos después de un sueño no fuera lo más ideal para nadie, ni siquiera para el mismo Sumo Sacerdote, el cual había eliminado los espejos de su dormitorio por los numerosos sustos que le proporcionaba verse a sí mismo recién levantado. No quería ni imaginarse si lo que veían era al fiel acólito. No era una buena idea.

-Volvamos al templo y busquemos a alguien -dijo finalmente.

El Sumo Sacerdote se permitió un respiro al volver al santuario de Midir. Al menos allí dentro las cosas seguirían siendo igual, o al menos con un gran parecido, a la situación anterior. Se equivocaba.

Los hacía unos minutos lustrosos, brillantes altares, las pulidas estatuas, los coloridos tapices, las ornamentadas columnas, habían sido víctimas de un ataque sobregado de erosión. Daba la impresión de que nadie había pisado el templo en cientos de años, ni mucho menos se había preocupado de pasar una escoba por el suelo, con una capa de polvo de varios dedos de espesor en la que automáticamente se habían hundido los pies del clérigo y su acólito.

-¿Qué diablos está pasando? -murmuró el Sumo Sacerdote por enésima vez.



Un sacerdote estaba sentado al pie de la estatua de Midir.

–¡Fellrik! Por lo menos alguien...

Los dos clérigos se acercaron hacia él. Miraba hacia algún punto en el infinito vacío del templo, sin prestar mucha atención a los dos hombres que se aproximaban.

–Está diciendo algo... –susurró el fiel acólito.

–La Parca segará de nuevo con la dama sentada a su diestra...

–¿Cómo? ¿Cómo dices? –inquirió el Sumo Sacerdote.

–Van a pasar un montonazo de cosas, ¿vale?...

–No creo que os esté escuchando, maestro. Si os sirve de ayuda, parece una especie de letanía o algo así. Recuerdo haber leído una cita similar en algún libro de la biblioteca.

–¿Biblioteca? –un estremecimiento recorrió el espinazo del Sumo Sacerdote. Hacía demasiado tiempo que no se acercaba a una.

–Podríamos consultarla, maestro, si os parece bien.

–¿Eh? Claro, claro. Vamos. Enseguida.

El santuario en su totalidad estaba siendo afectado por el mal. Por los pasillos, acólitos y sacerdotes sonámbulos vagaban sin una dirección concreta, apartándose al paso de las dos figuras. Por lo menos, el respeto a la jerarquía se había mantenido... Un flaco consuelo. Llegaron a la sala.

–Está por aquí, maestro –dijo el fiel acólito.

–Oye... ¿desde cuándo me llamas “maestro”?

–Eh... Pensé que os complacería más, maestro.

–Pues no, no me complace. No me hace ni puñetera gracia.

–Como digáis, ma... Bueno, como digáis.

El fiel acólito rebuscó por entre las ajadas estanterías llenas de tomos que nadie se había molestado en leer en años. Los clérigos de Midir habían descubierto recientemente la utilidad de la escritura, mas este avance se había visto frenado por el inmovilismo de los sacerdotes de mayor edad, quienes, confiados en la tradición oral, veían el uso y la escritura de libros como una frivolidad innecesaria, un capricho de los jóvenes acólitos, siempre con ganas de fastidiar. Así, se había hecho acúmulo de numerosos volúmenes por los que más de un mago o un historiador, por poner ejemplos de avidez literaria, habrían pagado lo que puede costar una madre o una hermana. Pero, a excepción de esos alocados jóvenes y algún que otro veterano acólito con hambre de sensaciones fuertes, nadie se había preocupado por saber lo que decían. El fiel acólito, en secreto, había pertenecido a este primer grupo; de hecho conocía la estructura de la biblioteca como pocos en el templo, y ya sus manos agarraban con cuidado el libro que buscaba, cuando por error dejó caer el tomo de al lado.

Al llegar al suelo, se descompuso en cenizas.

Una nube de polvo se levantó del piso ahogando a los dos.

–¡Salgamos de aquí! –gritó, entre toses, el Sumo Sacerdote.

Presa de la vejez prematura, la biblioteca se estaba derrumbando.

–Tenía asuntos pendientes, seguro –intentó excusar por enésima vez Jairo a los miembros de la Hermandad. Ninguno había acudido a la supuesta cita, y ahora el trío caminaba taciturno por las proximidades de una garganta entre montañas al sur de la ciudad.

–Por supuesto –corroboró Irune que ya había transformado su figura en la habitual de una sílfide.

–Que sí, que no hace falta que digas nada más –aseguró el otro hombre– . Sabemos que no es culpa suya. Otra vez será. En esta nos las arreglaremos nosotros solos.

–No puedo creer que Jinash cogiera un empacho con el almuerzo. ¡Pero si comió menos de lo que suele!

–No fue el empacho lo que le ha hecho quedarse atrás, ya sabes lo que dijo el mensajero. Se iba por la canilla y estaba tan fastidiado que no se podía ni mover de la cama. Pero ya está bien; no podemos perder todo el día en lamentaciones.

–Lástima no haber encontrado a Fiudus. Seguro que él habría venido y con suerte hubiera arrastrado a alguno de los demás.

–No me hables de Fiudus, ¿de acuerdo? –atajó el caballero–. Caminemos de una vez.

–Hey, silencio –advirtió el hada–. Creo haber oído a alguien allí delante.

Los dos hombres guardaron silencio.

–Anda –comentó el mago, tras concentrarse un poco–, si son...

–¡Vamos a gastarles una broma! –propuso Irune.

–Por lo menos nos ayudará a tomarnos las cosas con un poco más de ligereza... –sonrió malévolamente el guerrero.

–Pero...

–A callar –le cortó Irune–, venga, por aquí.

Sigilosamente, el peculiar trío se retiró al resguardo de unas rocas en el estrecho desfiladero mientras esperaban a que el otro grupo se acercara. Al poco, superaron la pequeña loma.

Ya fuera del templo, en las escalinatas, el fiel acólito, temeroso de que el volumen sufriera el mismo destino que los demás, procedió a abrirlo con la cautela que un ladrón desarmado habría tenido de toparse de narices con los guardias del Inmenso y Nunca Suficientemente Alabado Tesoro Real durmiendo. Tras un quejido de protesta, las páginas del libro cedieron mostrando su contenido. Se trataba de una lengua desconocida, con pictogramas y símbolos arcanos. El acólito comenzó a leer, para disgusto del Sumo Sacerdote.

“Varios signos precederán el advenimiento del Final Apocaltéosico, llamado así por su doble naturaleza de grande y de apocalíptico. Es sabido que la naturaleza de estos acontecimientos fue revelada por diferentes dioses en distintos puntos del mundo, a distintos

personajes y en distintas lenguas para que su conocimiento pudiera difundirse y su significado quedara...”

–¿No podrías saltarte esa parte?

–Este idioma requiere ser leído como un todo para entender el texto en su conjunto. Si me saltara partes, su significado podría variar incluso en sentido contrario al de sus palabras.

–Haz un esfuerzo, ¿de acuerdo?

El fiel acólito asintió a regañadientes.

“Una dama. Hay una dama, ¿vale? La Dama de los Sueños, de los sueños... De los dioses, dice aquí. Ellos le dieron la vida para que los seres vivos pudieran soñar. Ella les habla y dirige... Su destino, o algo así. Como precio, ella debía dormir eternamente en el lecho de un dragón. Pero alguien se apiadó de su condición y decidió despertarla sin el permiso de los dioses, alguien que era un pariente lejano. Los dioses bastante contentos por el hallazgo... No, no. Bastante cabreados con el hallazgo, enviaron un emisario para matar al caballero y dormir a la dama de nuevo, y lo consiguieron con la ayuda de la Muerte. Esta calavera de aquí, ¿veis? Sí, ya, muy típico. Yo no inventé esta lengua, ¿sabéis? Pero está escrito que la dama va a volver a despertar, y entonces... Entonces...”

–¿Qué? ¿QUÉ?

–Los sueños desaparecerán del universo, y, al no encontrar a su amado con ella, reclamará su venganza y...

–La Parca segará de nuevo...

–Con la dama sentada a su diestra...

Acólito y Sacerdote se miraron.

–Hay que buscar a ese dragón.

–Vamos, Nurbilak. Te estamos dejando atrás –advirtió la mujer.

–Sí, parece un caracol paseando un domingo –ironizó Ensueño.

–Ya voy, ya –rezongó el aludido–. Os estáis pasando un pelo. No me dejáis respetar mis votos de distancia.

–Vale, vale, lo dejamos en tortuga con resaca, pero anda un poco más rápido. Y no te preocupes, que nos quedamos a un metro.

Un poco enfadado, el aspirante a sacerdote avivó su paso e iba a increpar a sus compañeros cuando un pequeño ruido se escuchó en el silencio del cañón.

–¿Habéis oído? –susurró Selva.

–Sí, ha venido de por allí –confirmó Nurbilak.

–Pues yo creo que ha sido desde ese otro lado –dijo Ensueño señalando en dirección contraria.

–Tú que no entiendes –despreció su compañero.

–No, yo no entiendo nada, por supuesto.

–¿Eh? No, si yo tampoco, pero quiero decir...

–Callad, que se acerca alguien –gritó Selva.

–Sssh –chistó Ensueño.

A lo lejos, una figura montada en lo que parecía ser una enorme pantera se acercaba por el camino.

–¿Nos habrá visto? –preguntó Ensueño.

Un pescozón de Selva respondió a su pregunta. La figura descendió de su montura, se aproximó y, a una decena de pasos, con una voz tan grave que parecía surgida de las profundidades de la tierra, dijo:

–¿Osáis perturbar el camino del Buscador?

Sin esperar respuesta, ante unos atónitos Selva, Ensueño y Nurbilak, la figura sacó su espada y avanzó un paso. Al felino comenzaron a brillarle los ojos y al mismo tiempo el trío de amigos retrocedió. La mujer, con algo de menos miedo que el resto, se disculpaba:

–Nosotros, señor, no pretendíamos... Puede usted pasar si quiere. ¿Qué es... Qué es lo que está buscando? Puede que hasta lo hayamos visto –inquirió.

–Eso, eso –corroboró Nurbilak.

–Sólo los muertos pasan a mi lado. Y mi búsqueda... Busco las almas de los vivos –contestó guturalmente el personaje desde su posición aventajada.

Entonces, un rayo de luz solar, reflejado en una curiosa roca del camino, tocó a la criatura y a su jinete. La piel de ambos se volvió traslúcida así como sus órganos y sus músculos dejando unos huesos extrañamente fosforescentes al descubierto. Instantes después sólo el esqueleto de ambos

seres, que avanzaban hacia ellos en una repentina y sobrenatural noche riéndose con una carcajada maníaca, podía vislumbrarse.

Los tres compañeros no se lo pensaron y, haciendo acopio de todo su valor y de lo que comúnmente se llama imprudencia, sacaron sus armas y se aprestaron a la batalla. Selva, con el arco en la mano, lanzó un par de flechas mas al parecer no hicieron mella en sus huesos. Ensueño arrojó su jabalina con idéntico resultado y una piedra que Nurbilak cogió del suelo logró el mismo efecto.

–¡Ilusos! ¿Todavía pensáis que podéis matar lo que ya está muerto? – rugió la figura.

–Bueno, en algunos casos excepcionales... –dijo Nurbilak tímidamente.

Aún Selva se encaró con la criatura pero ésta, decidida a acabar con el poco valor que les quedaba, empezó a arder con un fuego azulado. Los tres valientes, totalmente socavados, pensaron que quizá era mejor volver a casa por ver si se habían dejado algo en el horno, dieron media vuelta y salieron a la carrera como si el mismísimo Takimor los persiguiera. Es posible que si el legendario dragón los persiguiera no corrieran tanto como lo estaban haciendo, de hecho. No es la misma cosa huir de alguien del cual ya conoces positivamente todos los perjuicios que te podría causar que huir de algo del cual podrían esperarse cosas mucho peores.

Cuando apenas se distinguían en la distancia, el esqueleto comenzó a reírse. De entre una rocas, otra carcajada secundó a la primera y pronto un



coro de tres retumbaba en el desfiladero. Crimer volvió a brillar de nuevo y en el tiempo que da un parpadeo, el infernal ser se desvaneció dejando en su lugar a un guerrero de armadura plateada tumbado en el suelo de la risa junto a un gatito de peluche. De un lateral del camino, Irune y Jairo conseguían salir, medio arrastrándose, hasta llegar donde su amigo. Por dos veces intentaron parar de reír pero se miraban unos momentos a los ojos y proseguían sin remedio. Por fin, tras un esfuerzo sobrehumano, el mago acertó a decir:

–Creo que nos hemos pasado un poco.

–Sí –confirmó el hada–, lo de avanzar hacia ellos no hacía falta.

–Había que darle realismo. Y, ¿qué me dices de la llamarada azul? ¡Eso ha sido una pasada! –protestó el guerrero.

–¿Llamarada azul? ¡Pero si yo creía que lo habías hecho tú! –contestó Irune.

–¿Yo? ¿Cómo voy a hacer eso si no tengo magia?

–¿Jairo?

–A mí no me miréis. Todo ha sido idea vuestra.

–¿Quién lo ha hecho entonces? –preguntó Irune.

La sílfide era experta en hacer preguntas que podían resultar bastante incómodas, como la que acababa de hacer. El caballero tuvo la sensación que sabía la respuesta, en algún lugar de su cabeza, pero ésta, bastante huidiza, se estaba comportando como el marisco en las sopas de sobre: se suponía que

estaba ahí, aunque no se viera nada más que el mejunje naranja butano. La madre de los malos rollos se apoderaba de él por momentos.

–Eh... He sido yo. Creo. No sé. Es como si tuviera la sensación de que he sido yo, pero no he sido yo, ¿me entendéis?

–No –respondieron Jairo e Irune al unísono.

–¡Joder! No me sale cómo explicarlo, sólo que... Lo he hecho sin querer, ¿vale? No he querido hacerlo porque no sabía cómo hacerlo, y sin embargo sabía cómo hacerlo y lo he hecho, sin que yo supiera cómo hacerlo.

–Como un libro abierto –comentó Jairo.

–Tómate una tila –dijo Irune–. Te estás poniendo nervioso.

El caballero guardó silencio. Algo bullía en su cerebro y, desgraciadamente, escapaba a su control. Aunque... Aunque, algo en el fondo, le estaba susurrando que tenía que ver con Altea...

Algo primigenio...

... Encerrado durante años...

... Ahora despertado...

... A punto de salir...

La gruta carecía de iluminación. No es que los dragones fueran aficionados a los espacios tétricos dignos más de un filme de terror clásico que de un dragón que, si quisiera, podría ser dueño de varios reinos con lo que valía su tesoro, con lo que conlleva en gastos de iluminación artificial.

Más bien era cuestión de supervivencia: las cuevas oscuras representaban una ventaja natural para los dragones, pues ellos podían ver en la oscuridad mientras el resto de la humanidad, no. Era muy sencillo detectar intrusos en sus guaridas, ya que éstos cometían el impenable error de llevar antorchas, lámparas o cualquier otro aparato de iluminación. Los más jóvenes siempre se habían quejado de que de ese modo resultaba demasiado fácil cazar para cenar. Era como acudir a la llamada silenciosa –según el tipo de armadura, claro está– de un faro en medio de una tormenta.

Por su parte, tras numerosos escarmientos, los humanos habían aprendido a llevar consigo algún colega humanoide. Era bien sabido que elfos o enanos, entre otros, podían ver en la oscuridad casi absoluta, y además muchos de ellos se llevaban bastante bien con los humanos. Desgraciadamente la actualización de conocimientos de unos conllevó la de los otros y pronto se pudo encontrar que el acceso a la cueva de un dragón se había convertido en una especie de mortal carrera de obstáculos, físicos y mágicos. Sin contar con el inquilino que esperaba al final. Con un poco de suerte, el grupo de desventurados, más bien los dos o tres chamuscados, electrificados, saeteados o con algún brazo roto, que llegaban hasta el dragón, solían perder las ganas de contar la experiencia. Además de sus vidas en las fauces del monstruo, por supuesto. El resultado consecuente era que nadie, sino los más osados o los más inconscientes –generalmente ambas cosas

tenían la habilidad de ir siempre cogidas de la mano– se aventuraba en el cubil de un dragón.

Tras ojear el estado de sus estalactitas decorativas, Reabor acercó una pesada garra hacia el libro. Tras ponerlo en la palma de lo que se podría llamar la izquierda, abrió el volumen con una uña. Automáticamente, con un estallido de llamas, electricidad, plasma, ectoplasma y otros componentes, saltaron todas las trampas mágicas. Éstas habrían sido suficientes para acabar con diez hombres, pero a Reabor sólo le produjeron un ligero cosquilleo en la zarpa. Soplando para alejar el humo, comenzó a leer. Si los cálculos y correcciones que aquel mago le había indicado eran adecuadas, le tocaba cumplir con su parte del trato. Era hora de llamar al desayuno.

–Sea como fuere, ahora no tenemos quien nos ayude –se lamentó el mago.

–Quizá los encontremos de nuevo –intervino Irune.

–¿A estas alturas? Ya habrán cruzado el Océano para esconderse con los elfos. Esto va a obligarnos a cambiar nuestros planes. Habrá que idear alguna otra estrategia más sutil.

–¿No ir?

–De eso, nada. Hay que recuperar el libro.

–Pero, ¿por qué? Yo pensaba que lo importante sería encontrar a Altea.

¿Qué puede tener que ver un libro en todo esto?

–El libro es la pista para llegar a Altea –Jairo tenía la sensación de haber pasado antes por esto... ¿otro dejabugo?–. Pero debemos darnos prisa por encontrarlo, porque su hermana se disipará pronto.

–¿Ya empiezas con el lenguaje enano? O sea, que en el fondo sólo vamos detrás de un retazo de magia que probablemente, a estas alturas, se ha disipado y que, caso de que todavía perdure, debemos arrancar de las garras de un dragón para aprovecharlo. Vaya un panorama, por no decir de la planificación. ¿Qué esperas que podamos hacer los tres?

Jairo se quedó en silencio. Si hubiera estado sobre un ring, sería un golpe más el que le faltaría para llevarlo a la lona. Afortunadamente, Irune decidió cambiar de blanco.

–¿Y tú? ¿No opinas o qué? Llevas un rato bastante callado.

–Creo que tienes razón. No debéis acompañarme. Soy un peligro para todos. Marchaos a casa.

–¿Qué estás diciendo? –inquirió Jairo.

–Me equivoqué. ¿Recordáis que ayer no me encontraba muy allá? He de proseguir la misión solo. Tengo la sensación de que, haya o no energía residual, Reabor guarda la clave para hallar a Altea. Tiene que ver con el sueño que tuve, no puedo deciros más. Lo que sí os digo es que no puedo obligaros a acompañarme. No quiero que corráis peligro por mi culpa e, independientemente de que el dragón esté de por medio –riesgo más que evidente–, presiento que aguarda un mal mucho mayor.

Esta vez, fue Irune la que calló, aunque por poco tiempo.

–Somos tus amigos... Si de veras hay un peligro tan grande, no podemos dejarte solo. ¿Quién cuidaría de que no metieras la pata? Yo me veo obligada a acompañarte... Pase lo que pase.

–Yo también –apuntó Jairo–. Cuenta con los dos. Ahora debemos estar unidos.

–¿Aunque eso os suponga la muerte? No puedo permitir eso.

–Deja de preocuparte por nosotros. Ya hemos tomado una decisión...

–A pesar de que nos podamos arrepentir... Era una broma.

–Lo mejor será ponerse en marcha cuanto antes. No olvides que hay que resolver ese misterio tuyo de las llamas azules. ¿Tiene eso algo que ver con esta impresión tuya? ¿Qué ha pasado de repente para que ya no quieras que te acompañemos? ¿Tanto peligro corremos?

–Para empezar... Ahora mismo. Mirad detrás de vosotros.

## CAPÍTULO V

En algún lugar de Ilamea, concretamente, un establo, el Sumo Sacerdote esperaba impaciente al fiel acólito. Tenía la sensación de que la lectura de tantos libros de historia y de caballerías no había sentado nada bien al anciano siervo del templo de Midir, ya que se había obsesionado con la idea de buscar dos monturas y armamento suficiente como para poder enfrentarse, llegado el caso, a la amenaza que suponía un dragón. Más sensato, el Sumo Sacerdote estaba convencido de que cualquiera que fuese la edad del dragón, lo más que podrían hacer si por casualidad el enfrentamiento se hacía inevitable, era rezar a su deidad por que sus pasos fueran más ligeros que los de la criatura. De momento, la cota de mallas picaba condenadamente además de pellizcarle los pelos de los brazos. ¿Cómo lo harían los guerreros para ir por el mundo con esas vestimentas tan incómodas? Era posible que se depilaran, aunque sólo fuera por acabar con aquella molestia.

Pero descartó enseguida la posibilidad: podía ser un golpe muy bajo para la reputación de los hombres de armas, el saber que dedicaban parte de su tiempo a los menesteres propios de señoritas de burdel\*. Quizá incluso lo habían aprendido de ellas mas, sea como fuere, ese era un secreto que no iba a serle revelado a él.

---

\* Bien sabido es que, tanto las damas de los comunes como las de la nobleza, desconocen el noble arte de la depilación. Puede que ésta sea una de las razones de todas esas infidelidades matrimoniales y “canitas al aire”. Los burdeles, estén en el mundo en que estén, siempre serán un negocio próspero por estar siempre un paso por delante de todas las tendencias de la moda y del pensamiento filosófico de tasca.

Vestido con un jubón de placas de cuero rígido que crujían como si tuvieran más artritis que el propio clérigo, el fiel acólito salió del establo tirando con esfuerzo de dos cuerdas al final de las cuales podían distinguirse dos formas equinas de diferente tamaño. Tras unos minutos de pugna, las formas salieron a la luz de la calle. Del de mayor tamaño no podía decirse que fuera un caballo especialmente criado para el galope. En realidad, por su aspecto difícilmente podía inferirse que lo hubieran criado para algo que no fuera la contención más o menos ordenada de su propia estructura esquelética, la cual podía verse a simple vista. Era una pena que la profesión veterinaria no existiera como tal; se podría haber inventado en homenaje a semejante rocín, pues habría hecho las delicias de cualquier profesor de anatomía. El caballo miraba al Sumo Sacerdote con expresión bovina, lo cual no era de extrañar. Seguro que hacía tiempo que sus propios hermanos de especie lo habían expulsado de su árbol filogénico.

El de menor tamaño no era un caballo, sino un burrito gris, simpático, con los ojos de azabache y testarudo como todos los burros –de eso no cabía duda–, que miraba nerviosamente a todas partes, sin dejar de mover las orejas y retroceder de vuelta al establo. El fiel acólito acabó por atarlo a un poste. De seguro que el animalito era más espabilado, aunque solo fuese porque se encontraba con mejor aspecto que el caballo. Las dos criaturas estaban ensilladas y listas para montar. El fiel acólito se había encargado de poner todo el armamento sobre los lomos de ambos animales y, a pesar de que



parecían capaces de soportarlo, daba la impresión de que el caballo iba a partirse en dos en cualquier momento. Un camello vuelto del revés habría tenido un aspecto más saludable. Era probable que si el Sacerdote se subía sobre él, su panza acabara rozando el suelo.

–¿Esperas que monte en esto? –inquirió el Sumo Sacerdote.

–Es lo mejor que he podido encontrar. No parece quedar un solo caballo decente en toda Ilamea.

El Alto Clérigo suspiró. Esperaba que sus nalgas pudieran aguantarlo.

–Espero que tengas una buena explicación para esto –se apresuró a decir Irune.

Un ser esquelético, de más de dos metros de altura, contemplaba al dinámico trío situado a unos nueve pasos de distancia. Vestía una túnica negra y apoyaba su estirado cuerpo en una guadaña negra, con aspecto de estar más afilada que el borde de una hoja de papel\*. No parecía mirar a nadie en concreto, pero los tres eran conscientes de que su mirada hueca estaba clavada en cada uno de ellos, como si fuera capaz de dividir su visión en tres porciones independientes. Para lo que se habría necesitado dos pares adicionales de ojos, la figura usaba uno, el que venía de serie con el cráneo.

–Ha... Ha aparecido de repente, mientras hablábamos –acertó a insertar el caballero en el compacto silencio que se había formado.

---

\* Y, si no, prueben a encajar este borde en la hoja de una espada.

–A lo mejor es una ilusión –dijo Jairo–. Voy a acercarme, a ver.

Antes de que pudiera dar un paso, la figura alzó un dedo, señalando algún punto detrás de ellos. Otro error de apreciación: señalaba a los tres a la vez. El caballero desenvainó la espada.

–Dejadme esto a mí. Huid mientras la contengo. Con un poco de suerte, le pondré el jubón del revés.

–Tot-to-todavía no sabes si lleva jubón –murmuró Irune.

–Lo siento. No puedo moverme. Estoy clavado en el suelo –comentó Jairo, intentando animar.

–Lamento informarte de que yo tampoco –dijo el hada, uniéndose a la juerga.

Dos elefantes inmensos colgaban de los pies del caballero en algún lugar irreal. Debía ser así, porque no había manera de dar un paso hacia delante. No era el miedo, era algo diferente. Una especie de salvaguarda, pensó. Así nadie puede escapar aunque quiera. Pero eso no puede ser. Uno puede huir de la Muerte. Al menos, en un sentido figurado. A lo mejor era cuestión de no creérselo. En aquellos momentos no tenía muchas ganas de convencerse a sí mismo de que llegaba su hora. El guerrero sin nombre dio un paso adelante.

La Escindidora-de-Amistades brillaba con una llamarada azul como nunca en su larga existencia como espada lo había hecho. Confiado, siguió avanzando hasta que estuvo seguro de que el arco de su acero alcanzaría la cabeza de aquel ser.

Llegado a ese punto, balanceó la espada y lanzó un mandoble digno del mejor bateador. Iba a cortarle el cuello. El acero atravesó la figura encapuchada como si fuera aire.

Ahora estaba seguro de haber reclamado toda su atención. El caballero golpeó dos, tres veces, a alturas distintas, para asegurarse. Todas las estocadas pasaron a su través sin mostrar aspecto de haber dañado al esqueleto encapuchado.

–Lo que suponía –murmuró el guerrero. Volvió la cabeza a sus amigos–. ¡Acercaos ahora! ¡Vamos! ¡Es nuestra oportunidad!

–¡Cuidado! –gritó Jairo.

La figura estaba empezando a trazar con su guadaña un arco nítido en dirección del cuello del caballero. No había tiempo para un hechizo, ni tampoco el guerrero iba a ser capaz de parar aquello. Algo positivo sí que había: tanto Jairo como Irune podían moverse. Al parecer, la repentina distracción los había liberado de sus ataduras invisibles. Ambos corrieron para evitar la muerte segura de su camarada. Pero no fue necesario.

La guadaña pareció girar a cámara lenta, lo que dio tiempo a Jairo y a Irune a situarse al lado del guerrero, el cual también parecía moverse con la misma lentitud. En ese momento, estaba encarando de nuevo a su rival y alzando la espada para bloquear el golpe. Jairo trató de coger al caballero del arnés para apartarlo.

Pero no pudo tocarlo. Se había convertido en aire, aire con una imagen perfectamente delimitada de su figura.

Una llamarada azul rodeó de pies a cabeza a su amigo, y éste recuperó su velocidad normal un microsegundo antes de que la Muerte impactara con la guadaña en su cuello. Paró el golpe.

Jairo e Irune se miraron extrañados. No habían saltado chispas ni nada. La espada del caballero no se había partido, heroicamente, en dos, como mandarían los cánones. En lugar de eso, sólo se había oído un tintineo, un leve entrechocar de metales. Quizá era aquello lo que hacía tan aterradora la situación.

Entonces todo comenzó a temblar. Caballero y esqueleto quedaron rodeados por la aureola azulada del primero. A pesar de haber topado meramente, las armas de los dos seguían entrelazadas, y esta vez sí, soltando chispazos dignos del mejor de los cortocircuitos. Un sonido agudo comenzó a crecer en intensidad: los aceros chirriaban de agonía. Cualquiera de las armas podía partirse en cualquier momento, y Jairo estaba seguro de que, en la carrera por el título, la Escindidora-de-Amistades iba a ser el caballo ganador. El suelo comenzaba a agrietarse bajo sus pies. El caballero tenía una apariencia ligeramente distinta a la que conocían sus amigos. Parecía el mismo hombre afable, decidido, tranquilo y humano de siempre, sólo que el detalle de “humano” empezaba a estar de más en el conjunto. Por momentos, Jairo tenía la impresión de que afabilidad, decisión y tranquilidad podían

convertirse, mezcladas en su compañero o incluso dosificadas individualmente, en armas mortales si él lo deseaba.

Lo más chocante de todo era que sonreía. La Muerte, por su parte, se estaba limitando a gruñir de esfuerzo. Cristalitos de calcio bifosforado caían de su frente con cierta frecuencia. ¿Era esa la forma de sudar de La Muerte? ¿Sudaban así los esqueletos? El mago echó en falta pergamino y pluma para tomar las anotaciones pertinentes: estaba haciendo grandes descubrimientos. Para empezar, estaba convencido de que un ser eterno no había sido diseñado para cansarse, y por lo tanto para sudar. Hubiera resultado una incoherencia dentro del Esquema Elemental de las Cosas. En segundo lugar, si se admitía la posibilidad de que un Ser Eterno sudara...

–¡Ayúdame! ¡Vamos!

Irune había estado revoloteando alrededor de los contendientes mientras pensaba en alguna buena idea que solucionara el embrollo. En aquel momento, se había dado cuenta de que su amigo se estaba volviendo sólido de nuevo y, al parecer, a su vez estaba obligando a la Muerte a hacer lo propio. Sin dudarlo, se había agarrado al casco del caballero con la esperanza de arrastrarlo fuera del alcance del ser esquelético, pero su fuerza estaba resultando insuficiente. Jairo salió de su elucubración y se lanzó sobre su compañero para sacarlo de ahí. Ya habría tiempo de pensar en Seres Eternos, y en la extraña sonrisa de su camarada.

Todos desaparecieron.

## CAPÍTULO VI

–A estas alturas, debe haberse cumplido la siguiente parte de mi plan. El dragón se habrá encargado de enviar al avatar, éste los habrá encontrado, y todo habrá sido rápido. No es posible escapar de los avatares de la Muerte. Llevan encima el entrenamiento de siglos, así que están acostumbrados a hacer su trabajo. Ya puedo imaginármelo, ese fiero esqueleto con mirada fría, distante, señalando a esos pobres idiotas, los tres congelados por el miedo, el avatar acercándose lenta, implacablemente, para sellar el destino de sus pobres víctimas; el golpe final de la guadaña segando no sus vidas, sino sus almas... Me da un cosquilleo especial pensar en ello... Bien, será mejor que me olvide de estos detalles y me vaya preparando para lo que viene...

–¿Señora?

–¡Aah! ¿Cuántas veces te he dicho que no entres sin llamar? ¡Me has asustado, idiota!

–He llamado, pero me temo que estabais otra vez...

–No sigas. Discurso Megalómano.

–Así es, señora.

–¿Y bien? ¿Qué quieres?

–Esto... Lamento deciros que... Siento informaros...

–Habla de una vez.

–Han dejado este mundo.

-Ah, bueno. Podías haberte ahorrado la poesía para decirme eso, pero no importa. Me parece bien que intentes ser creativo.

-Lo que quiero decir es que han dejado este mundo vivos, señora...

-¿CÓMO?

-Algo sucedió, una cosa inexplicable. Algo no funcionó bien, fueron capaces de luchar, se resistieron a morir, de repente desaparecieron, pero no de un modo figurado, ¿entendéis?

-No, no entiendo.

-No, si yo tampoco, el caso es que el caballero... Digamos que contuvo al avatar, y luego debió de ser ese mago que iba con él, lanzó un conjuro y, un instante después, ya no estaban allí.

-No puede ser. ¡No puede ser! ¡Nadie puede contener a un avatar de la Muerte! ¿Entiendes cuando te digo que nadie?

-Bueno, eh... Esto no ha sido todo -prosiguió el criado.

-¿PERO ES QUE HAY ALGO MÁS?

-No... No os exaltéis, ¿de acuerdo? Recordad la última vez que se os fue la mano...

-Explicate, porque si no, presiento que se me va a volver a ir. De un momento a otro.

El criado tragó saliva.

-Algo... Una tormenta... Se está extendiendo en todas las direcciones del mundo conocido.

-¿Y? ¡Menuda estupidez! -bufó ella.

-Ya... El caso es que el punto de origen... Es éste.

-¿CUÁL?

-Me refiero a este lugar, señora. La tormenta ha salido de aquí. Y es extraño, porque...

-¡Claro que es extraño, gilipollas! ¡No hace falta ser un puto mago para enterarse!

-Señora... Estáis diciendo tacos.

La señora hizo un gesto amenazador.

-Una palabra más y... -dijo-.

Claro. ¿Cómo no se había dado cuenta?

-¡Un momento! -prosiguió. La mujer se giró en redondo hacia la dama dormida-. Maldita su estampa... Mírala. ¿Qué ves?

-Uh... Yo diría que a la dama Altea, dormida, como siempre.

-Fíjate bien, condenado imbécil.

-Oh.

Altea, quietecita sobre una especie de altar, estaba sonriendo. La dama gimió levemente y cambió la postura sobre su lecho de piedra.

-A lo mejor no está cómoda.

-Cállate, y vete a traerme una tila. De paso, llama al otro. Quiero que acuda aquí enseguida. Tengo un trabajo para él. No creas que vas a salirte con



la tuya –añadió, volviéndose de nuevo hacia Altea, a la par que alzando un dedo amenazador hacia ella.

El criado se dispuso a cumplir las órdenes con la máxima rapidez.

–Una cosa más –dijo la señora–. Cuando vuelvas, recuérdame que te despida.

Decir que sobre Ilamea estaba cayendo la tormenta más fuerte conocida en mucho tiempo, en muchos reinos a la redonda, habría sido quedarse corto. Probablemente en todo el multiverso se habían visto, a lo sumo, dos o tres que se pudieran parecer, y de lejos. Ésta las superaba a todas con creces. Había aparecido de repente, la negrura invadiendo con inusitada rapidez el tejido etérico azulado anunciado por un fuerte viento que había arrasado ya las chozas más endebles. En este momento, la potencia de los rayos abría caprichosamente boquetes del tamaño de elefantes en aquellas paredes que tocaba. La lluvia no había hecho acto de presencia; cuando lo hiciera, de seguro que lo mejor iba a ser encontrarse lo más lejos posible. Eso trataban de hacer dos figuritas de juguete cabalgando sobre dos équidos de juguete a los que el viento, al menos por ahora, estaba siendo favorable. Eso no había evitado que hubieran sido adelantados ya por varias palmeras y algún que otro tejado, pero es que poco más se podía pedir a los pobres animales.

–¡Vamos a tener que ir más deprisa que esto! –bramó el Sumo Sacerdote.

–¡Poneos un casco! ¡En cualquier momento os podría caer una teja, o algo así!

–¡Pero si no tengo nada de eso!

–¡No os preocupéis! ¡Os he encontrado uno antes de salir!

El fiel acólito se acercó, con cuidado de no caer del burro, al Sumo Sacerdote. Éste alargó su brazo para coger lo que su sirviente ofrecía.

–¡Esto es una bacía de barbero!

–¡Sí, bueno, pero si la invertís se convierte en un yelmo!

–Qué estupidez... –refunfuñó el clérigo. Jurando en voz baja, probó a colocársela en la cabeza. Curiosamente, parecía hecha a medida.

–¡Esto me mola! –prosiguió el Sacerdote–. ¡Haaah! ¡Vamos, Rocinante!

El jaco, espoleado repentinamente, aumentó en medio kilómetro su velocidad punta.

–Maestro...

–¿Qué?

–¿Rocinante? ¿¡Me mola!?

–Bueno, de acuerdo... No sé, se me ha ocurrido ahora mismo. Es un nombre como otro cualquiera, ¿no? Y, ¿qué pasa, que no estás enterado de los nuevos giros del lenguaje? ¿No estás al papagayo, rama?

–Yo... No, no... ¡Cuidado!

El burro, haciendo un alarde de sentido de supervivencia, se había apartado para dejar paso a una lona. Rocinante no fue tan ágil, y ésta vino a

enredarse en el cuerpo del Sacerdote. La condenada hacía esfuerzos por meterse por todos los huecos visibles de la anatomía del clérigo, algo a lo que él trataba de oponerse con la poca destreza de la que siempre había hecho gala.

De repente, el viento se detuvo, aunque el Sacerdote no fue consciente de ello hasta zafarse de la obstinada lona.

El fiel acólito miraba la ciudad, ya en la lejanía.

–Acólito...

–¿Sí?

–¿No tienes la sensación de que ha sido como... Como si la ciudad nos hubiera echado?

–¿Qué queréis decir?

–Como si la ciudad supiera que algo terrible le va a suceder, ¿sabes? Y... Y... Estuviera pidiendo ayuda.

Los dos hombres se miraron.

–Bien. ¿Hacia dónde? –preguntó finalmente el acólito.

–Pues... Si nos ha echado hacia aquí, será cuestión de seguir este camino.

–De acuerdo, pero si me permitís, debo haceros una aclaración.

–¿Cuál?

–Se dice “tronco”, no “rama”. Y no es “papagayo”

–¿Ah, no?

–Es “cacatúa”.

–Antes de que hagáis la pregunta pertinente, he de deciros que no he tenido nada que ver, con lo que yo no lo sé.

–¿Cuál es la pregunta pertinente? –quiso saber Irune.

–¿Dónde estamos? –dijo el guerrero.

–Esa es la pregunta pertinente –repuso Jairo–. Hemos sido catapultados a otro lugar, eso está claro. La duda que me queda está en saber si seguimos en casa o no.

–No digas tonterías. No estábamos en casa –bufó Irune.

–No me refiero a casa. Hablo en un sentido más general...

–Ah, ya. Reino. Plano. Dimensión. Multiverso.

–No sigas. Ya veo que lo has cogido.

–Chico, qué antipático. Sólo quería aclarar el término. El caso es que el sitio se parece bastante al lugar de donde hemos venido, ¿verdad? Es el mismo paso estrecho, las mismas rocas, el mismo suelo... Pero es distinto, ¿verdad? ¿No lo notáis? Es como si todo tuviera un aspecto diferente, siendo igual.

–Pues... Yo, no noto nada –dijo el mago–. De todas formas seguro que tienes razón. Las hadas siempre tenéis un sexto sentido para esas cosas.

–Algo ha debido pasar, porque ahora que me fijo, llevamos unas ropas ridículas –dijo el caballero–. ¿Dónde diablos está mi espada?

–Qué raro. Nos han cambiado las ropas pero no nuestro equipo.

Era verdad. Jairo vestía una especie de camisa blanca de algodón, la cual combinaba con una especie de calzones fabricados en algo parecido al Tejido Ajustable de Leví. Las botas altas habían cambiado su aspecto en unos zapatos de cordeles mucho más cómodos, y a la par, intuía él, menos seguros. En uno de los costados rezaba una leyenda.

–“Paredes”. ¿Será eso que sirven para escalar?

–Qué quieres que te diga. No tienen mucha pinta.

–A lo mejor son mágicos.

Aunque no estaba muy seguro de esa afirmación. Irune vestía una camisetita color lila la cual sólo se sujetaba a sus hombros merced a dos delgadas tiras. Bajo ella llevaba otra camiseta blanca, ésta de manga corta. También llevaba en las piernas una versión del Tejido Ajustable, aunque éste, en lugar de hacer una forma vagamente cónica cerrándose la figura a la altura del tobillo, hacía esa misma forma a la inversa, dándole el aspecto de llevar patas de elefante. Remataba el conjunto un par de zapatitos con cordeles similares a los de Jairo.

–En los míos no pone nada –dijo ella–. ¡Ah, sí! “Puma”.

–Quizá te proporcionen habilidades felinas.

–No creo. Me parece, más bien, que debe ser algún código identificativo.

A lo mejor en este lugar nos llamamos así y, para que la gente lo sepa, lo llevamos escrito en los zapatos.

–Puede ser. Parece lógico.

–Fíjate. Mi ropa tiene hasta huecos para mis alitas.

–¿“Kondy”? ¿Yo me llamo “Kondy”?

El caballero estaba examinándose de pies a cabeza. Sus ropas se parecían mucho a las de Jairo, con la salvedad de que la camisa llevaba un estampado de rombos y cuadros pardos, y los calzones eran negros, aunque del mismo tejido. Los zapatos, también de cordones aunque de color marrón verdoso, llevaban la leyenda “Kondy” escrita en ellos. Llevaba un cinturón de cuero, con una gran hebilla en la cual había grabado el rostro de un caballo con varias inscripciones.

–Ah, no. “Jack Daniels”. Me llamo Jack Daniels.

–No te equivoques. Podría ser el nombre del caballo –apuntó Jairo.

–No, no creo. Aquí al lado, ¿veis?, hay otro nombre, “Tennessee Old Time”. Debe ser el nombre del caballo, porque está en letra más pequeña. Yo pienso que debe ser una runa de reconocimiento. A lo mejor resulta que en este lugar yo tengo más rango que vosotros.

–O a lo mejor es al revés. ¿No se te ha ocurrido que en este mundo podrían mandar los caballos? Él es Jack Daniels y tú eres Tennessee Old Time, su mascota, sirviente, o lo que sea –apuntó Irune.

–No sé. Estemos alerta por si acaso –concluyó Jairo.

–No me gusta nada esta ropa. Fíjate, es más delgada que una miserable cota de cuero. Ya empiezo a echar de menos mi armadura de placas.

–¿Eso de ahí es tu espada? –preguntó Irune.

Señaló a un trozo de acero que parecía recién salido de una fundición. Estaba en el suelo, a pocos pasos del grupo. Su brillo oscilante le daba un aspecto de vida casi místico. Daba la sensación de que, en algún sentido, la espada latía. El caballero se aproximó a cogerla.

–Yo que tú no lo haría –avisó Irune.

El hombre hizo caso omiso y la asió por la empuñadura.

–No quema. Calienta sin quemar...

Pasó suavemente la mano por el filo. Rápidamente la retiró, con un gemido de dolor.

–¡Ay!

–¿Ves lo que te pasa? Ahora, por jugar con fuego, te harás pis esta noche en la cama.

–No me he quemado.

El caballero mostró la palma de su mano. Se había cortado limpiamente.

–La espada está muchísimo más afilada que de costumbre. Podría cortar una roca en dos si quisiera, de eso estoy seguro.

–Otro suceso inexplicable –comentó Jairo–. Anda, deja que te ponga unas hierbas en la herida. Y guarda eso en su vaina.

–¿Qué hacemos ahora? Estamos en un lugar que no conocemos vestidos con unas ropas tontas sin posibilidad aparente de salir de aquí. ¿Podríamos estar peor?

–Podríamos haber muerto.

–¿Es eso estar peor?

–Buena pregunta. ¿Cómo lo haces?

–Tengo mala leche. Supongo.

–De momento, usaremos un poco de magia para investigar lo que nos espera delante –dijo Jairo, deseoso de sentirse útil.

Del interior de su mochila, sacó un trozo de pergamino cuadrado, al cual le empezó a hacer dobleces a la vez que recitaba unas palabras en lenguaje arcano. Al finalizar, el trozo de pergamino se había convertido en una especie de animal de tres patas y cabeza triangular, el cual Jairo depositó en el suelo. Los tres se quedaron mirando la construcción.

–Es muy bonito –dijo Irune–. ¿Es esta la magia que ibas a usar?

–Debería moverse. Es un explorador.

–Yo diría que es un bicho hecho con pergamino, sin más –añadió el caballero–. ¿A qué animal se parece?

–Yo las llamo palomitas. Este conjuro me lo enseñó un mago de más allá de Oriente. Su magia se basaba en formas hechas de pergamino muy fino. Pergaminopléxica, lo llamaba.

–Está visto que a los magos os gustan los nombres compuestos y complicados. Y cuanto más, mejor.

–No es culpa mía.

–No parece una paloma. ¿Dónde están las alas? –preguntó el guerrero.

–No le hacen falta. Es una palomita sin alas.



–Y tiene tres patas. Las palomas tienen dos –comentó Irune.

–Bueno, está bien, es cuestión de echarle un poco de imaginación, ¿vale?

–¿A quién? No entiendo que por echarle un poco de imaginación a un trozo de papel este vaya a perder una de sus patas y luego le salgan alas. ¿Y si le da por largarse y dejarte con un palmo de narices? ¿O por comerse las migas del suelo?

Jairo cerró los ojos a la par que se apretaba los lacrimales con el pulgar e índice de su mano derecha.

–Mi magia no funciona en este sitio –acabó por decir, desviando el tema.

–Oh, vaya.

–Chicos... –susurró Irune–. Creo que alguien viene por allí.

Reabor el Taciturno había esperado, en las cuatro últimas horas, alguna manifestación mágica del tipo que fuese, sin resultado. No es que cuatro horas pasasen igual de rápido para un dragón que para un hombre, en absoluto; la espera habría equivalido a unos minutos, mas se suponía que el conjuro debía actuar de manera casi inmediata. No había pasado nada. Ni siquiera un miserable estallido de luces y colores. Los cálculos, a su entender, eran correctos, la H.E.R.M.A.N.A. se encontraba todavía allí, las energías místicas no habían faltado, había pronunciado correctamente todas las palabras. Aún así, ni un globito de luz arco iris que indicara que algo estaba funcionando, o que no lo iba a hacer nunca. Nada de nada.

No debe uno jugar con los buenos sentimientos de un dragón. Ya de por sí tienen pocos, muy atesorados en el fondo de su hercúleo corazón, como para malgastarlos con cualquier nimiedad. Esta vez Reabor había actuado de buena fe, para obtener un fracaso a cambio. No sabía si sentirse engañado, timado, decepcionado, enfadado, o cualquier otro “ado”. Normalmente la sabiduría de los dragones es directamente proporcional a su tamaño, y aún así sigue habiendo cosas que se escapan a su comprensión. Eso era lo que realmente le estaba fastidiando. En algún sitio se tenían que haber metido aquellos tres; tenía que haber una forma de saberlo. Quizá entre sus tesoros hubiera algún artefacto que pudiera usar para espiar el exterior, una bola de cristal o lo que fuese. Un dragón es perfectamente consciente de todo lo que pasa en los confines de su guarida pero, afuera, es otra cuestión bien distinta. Su buena fe no iba a quedar sin premio.

Sonó un trueno. Parecía venir de algún lugar más allá de la cueva.

Reabor no recordaba que en su dimensión de bolsillo cupieran las tormentas. Algo raro estaba pasando. Se había quedado sin comida. ¿Podía suceder algo peor ahora?

Lo malo era que presentía que sí. Hay que fiarse de los presentimientos de un dragón.

Si la realidad pudiera sentir, en este momento notaría cómo millones de agujas de coser se están clavando sobre su teórica espina dorsal en un

ejercicio de acupuntura sin precedentes. A esto tendría que añadirse que su piel de infinitas capas está siendo retorcida como una esponja de baño a la que estaría costando sacarle el agua y el jabón. A esto podría parecerse lo que sucedería más o menos ahora. Mas, a pesar de esta insensibilidad que la libraría del tormento descrito, la realidad no puede quedarse quieta, y está respondiendo como respondería un cuerpo humano al recibir un golpe muy fuerte: se está inflamando.

No pasaría nada si hubiera lugar al que expandir la inflamación. Desgraciadamente, como se ha mencionado antes, esto no es así. Consecuentemente, la realidad se está hinchando como un globo, y ahora la tensión está al límite. Las capas de piel se están juntando más y más. Fuera, muchos álguienes, más de los que nadie podría contar, esperan con júbilo a que explote. Mientras, una mujer está intentando que no reviente de la única forma que los dioses le han enseñado a hacer. El laboratorio más avanzado de ciencia-ficción no tendría aparatos para medir la energía que esto le está costando.

Paradójicamente, dada la relativa gravedad de la situación, está sonriendo.

Un grupo de abigarradas voces alegres se escuchaba a unos cientos de pasos de distancia. A juzgar por los ecos que rebotaban en las paredes del desfiladero, podía tratarse de unas seis u ocho personas que charlaban

animadamente de tal modo que era imposible distinguir lo que decían. Jairo miró a Irune, y ésta al guerrero sin nombre. Parecía inevitable que el camino de las voces topara con el suyo.

–Vamos a esperar. Veremos de quién se trata –ordenó el caballero.

–Espero que sean amistosos... Estamos en demasiada inferioridad –añadió Jairo.

–No sé si mis poderes funcionarán tampoco –dijo Irune–. Si los de Jairo no lo hacen...

–Mantened la calma. Creo que, al menos, mi habilidad con la espada seguirá intacta. Recordad vuestros nuevos nombres por si acaso. Irune, ocúltate tras la capucha de Jairo.

Las voces, cada vez más cerca, tenían bastante similitud a las voces humanas. Daba la sensación, incluso, de que, aparte de hablar en el mismo idioma, Jairo, Irune y el caballero ya las habían oído antes...

El grupo dobló el recodo que lo separaba del trío.

–¡Hombre, si estáis aquí!

–¿Qué passa, Joaquinete?

Jairo y el guerrero se miraron entre sí, atónitos, sin murmurar palabra. Se habían dirigido a ellos un hombre un poco más alto que el caballero, con una calva prominente de color escarlata debido probablemente a la exposición excesiva a los rayos del sol, mirada pícaro, semblante pálido, y un tipo bajito, con algo más de pelo, rostro sonriente hasta el calambre muscular –hasta las

orejas sonreían– y unos extraños cristales reposando sobre su nariz. Lentes aumentadoras, pensó Jairo. Algunos magos, sobre todo los que tienen la manía de escribir sus conjuros con letra casi microscópica, las usan. Aunque la mayoría prefiere la comodidad de un enanito lector... Vestían versiones diferentes de los mismos trapos que lucían los tres en aquel instante. El de las lentes era quien llevaba los colores más chillones.

Se parecían increíblemente a Caldam y a Fiudus. No obstante... No obstante, algo los hacía diferentes de sus contrapartidas. Algo sutil que no tenía que ver con la ropa.

–Eh... Si os dirigís a mí, yo... Yo me llamo... Paredes –acertó a balbucear Jairo.

Los clónicos de Caldam y Fiudus, ahora todavía más atónitos que sus interlocutores, eran la avanzadilla de un grupo de cuatro personas más. Una de ellas vestía unos pantalones de Tejido Ajustable y una camiseta en la que se lucía la imagen de varios magos con extrañas vestimentas ceñidas. También había una inscripción perfectamente legible, al pie de la imagen.

–¿De qué me suena ese símbolo que lleva en su camisa? –murmuró el caballero. Jairo pareció ignorarle.

–Y... Supongo que ustedes serán... La... Esto... “Patrulla-X” –continuó Jairo, no muy seguro de lo que decía.

El hombre de la camiseta no podía ser más clavado a Ensueño.

–Pero Jesús, ¿qué habéis fumao?

La autora de la pregunta era una joven rubia un tanto chillona. Selva, pensó instantáneamente Jairo.

–Eh... Yo soy Jack Daniels. O Tennessee, no lo sé muy bien...

–Me parece que la estamos metiendo hasta el fondo... –susurró Jairo.

–¿A quién? ¿A quién estamos metiendo? –respondió el caballero en un tono de voz igualmente bajo.

–¿A nuestras patas! –masculló Jairo. Trató de esbozar una sonrisa al grupo que los estaba mirando atentamente.

–Claro, Jack Daniels. Así que güisqui, ¿eh? No, si ya sabía yo. Joaquín, me has decepcionado. Yo que pensaba que jamás ibas a darte a la bebida... –rió Fiudus, burlón.

–¿Dónde están las botellas? Venga, sacadlas. ¿No habíamos quedado en que vosotros traíais la priva?

A un metro exacto de todo el mundo. Nurbilak.

–Se las habrán bebido; por el pedo que llevan, que no conocen ni sus nombres... –comentó el doble de Ensueño.

–Disculpad –cortó Jairo–. Creo que hay algún tipo de error. No somos de este lugar, nos hemos perdido. ¿Alguien nos puede decir dónde estamos? ¿Alguien puede explicarnos los conceptos de “priva” y “pedo”?

–Lo que yo te diga. Más colgaos que un abrigo en una percha –murmuró Ensueño a sus camaradas.

–Vamos de excursión a la ermita de allí arriba. Habíamos quedado con vosotros en que nos encontraríamos aquí. Ahora estábamos discutiendo porque, aparte de los bocadillos, no nos habíamos traído nada. ¿Os enteráis ya? ¿O tendremos que meteros la cabeza en el pilón hasta que se os pase?

–Esperad –la cuarta persona, una mujer de piel morena y voz meliflua, casi masculina, había estado callada hasta ese momento–. Fijaos bien. ¿No os parece que algo no va bien en su aspecto?

–Joder, tía. No sé si estoy flipando, pero tienes razón –el Fiudus extradimensional estaba de acuerdo, tras observar con un poco más de atención–. ¿Y esa espada?

–A lo mejor se llaman Paredes y Jack Daniels de verdad, ¿no te fastidia?  
–comentó el otro Ensueño, medio en broma.

–Yo sigo pensando que deberíamos meterles la cabeza en el pilón –añadió la Selva de este mundo tan particular.

–No, tía –cortó la otra mujer–. La violencia está bien para sacar nuestras represiones, porque todos estamos reprimidos, ¿sabéis? La tele, los libros, las revistas y todo generan en nuestro subconsciente unos malos rollos que luego hacemos nuestros, y luego tenemos que liberarnos de ellos, pero yo opino que metiéndoles la cabeza en el pilón no vamos a resolver nada, porque figúrate si resulta que aguantan la respiración... No, lo mejor para el mal rollo que tenemos es... ¿Qué tal una terapia de grupo? Podríamos empezar por sentarnos aquí en círculo, nos ponemos a hablar de nuestra infancia

impregnada de colegios de curas, de cómo se dedicaban a sentarnos en sus rodillas para meternos mano... ¿No es emocionante?

–No os alarméis –dijo “Caldam”, dirigiéndose a los dos aventureros–. Lleva así toda la mañana. La verdad es que sí que estamos un poco tensos, pero es porque están pasando... No sé, cosas muy raras. De repente, todo el mundo ha desaparecido del pueblo que hay más abajo, como si nadie hubiera vivido allí en años. Luego, al subir hacia aquí, lo mismo. No había ni animales en las granjas. Encima, no sabemos llegar hasta la ermita de arriba, así que al final nos hemos puesto nerviosos. Puede que por eso seamos un poco suspicaces, pero tenéis que reconocer que vosotros también, con vuestro vacile...

–¿Qué... Qué vacile? –preguntó Jairo.

–Venga, tíos. Vale ya de bromas –espetó el Nurbilak que debería haber sido, con aspecto de empezar a estar muy enfadado.

Sonó, de repente, un trueno lejano.

–¡Jo! Como encima nos llueva... –exclamó la posible Selva.

Una llamarada azul brotó de la vaina de la espada y rodeó por completo al caballero.

–¡Está pasando otra vez! –dijo.

–¡Haced algo! –gritó el que podría haber sido Ensueño.

Todos se acercaron hacia el guerrero. Éste, con un extraño fulgor en la mirada, desenvainó su arma y la blandió amenazadoramente.



–No os acerquéis...

Irune, que no se había perdido ripio, aprovechó la confusión para salir de la capucha de Jairo. Un murmullo de sorpresa recorrió las gargantas del grupo de amigos.

–¡Agárralo, Jairo! ¡Que no se nos escape!

Nada más tocarlo, los tres desaparecieron de nuevo.

–Qué fuerte –susurró el Nurbilak clónico.

–Mejor nos damos el piro, tíos. Me parece que nos va a caer una encima... –pensó, en voz alta, el pariente de Fiudus–. Por cierto, yo no he visto nada. Ni Jack Daniels, ni Paredes, ¿entendéis? Aquí no ha pasado nada. Vamos a olvidarlo. Seguro que el desayuno nos ha sentado mal.

–¿Y esa terapia de grupo?

–A la mierda con ella.

Todos estuvieron de acuerdo. Había sido un mal día para salir de excursión.

Esperándoles, en el camino de vuelta, se encontraba un esqueleto vestido de negro. Blandía una guadaña, y preparadísimo para usarla. Más de uno de ellos se estaba diciendo a sí mismo que debería haber escuchado a su madre. En breve, más de uno iba a lamentarse de no haber desayunado.

–Irás a buscar al dragón a su guarida. Aquí tienes las indicaciones de cómo llegar a su cueva y abrir la puerta que lleva a su hogar junto con el resto de tus instrucciones. ¿Tienes alguna pregunta?

–No, señora.

–¿Qué sabes del resto de esa pandilla de pelagatos?

–Nada nuevo. Como ya conocéis, Jinash sigue enfermo merced a las hierbas que ordené introducir en su comida.

–Sí. Debo reconocer que fue una solución original. Te has superado.

–No ha sido nada. ¿Y Altea?

–No debes preocuparte por ella. Ella está bien. Por ahora, céntrate en tu misión.

–No me gustaría que hubiera imprevistos.

El caso era que ya los estaba habiendo, pensó ella. Cambió de tema, no era cuestión de crear dudas innecesarias. Lo último que le faltaba era que cundiera el desánimo entre sus filas.

–Querido amigo, con tu talento unido al mío, preveo que en este nuevo orden que se aproxima vamos a ser grandes aliados. Gracias al libro que robaste, mi venganza sobre Altea y ese caballero suyo será completa, después de tanto tiempo. Si tú supieras cuanto tiempo he esperado estos momentos, valorarías en su justa medida...

–¡Ejem!

-Oh. Perdona. ¿Dónde estará ese criado? Necesito mi medicina de nuevo.

-Lo habéis despedido, según tengo entendido.

-Tienes razón. Tendré que contratar a otro. O mandar a buscarlo. Ve, mientras.

-Como ordenéis.

La capital del reino había quedado arrasada por una tormenta sin precedentes. Allá donde fastuosos edificios, con el Gran Palacio reinando sobre ellos, se habían una vez aposentado, sólo quedaban unos cuantos montones de restos arqueológicos. El Herald del Rey, situado en una colina cercana, contemplaba la escena con estupefacción. Todo el asunto le había sorprendido fuera de la ciudad, aunque, pensándolo detenidamente, todo lo que sucedía solía sorprenderle fuera de la ciudad: su señor se las arreglaba para tenerlo siempre trabajando. De hecho, probablemente ni siquiera se habría enterado de no ser porque la baronía que debía visitar estaba misteriosamente desierta. Ni un alma, qué raro. Vale con que una visita del Herald del Rey es como para espantar a cualquiera, a eso ya estaba acostumbrado, pero que todo el mundo huyera así, tan de repente... Siempre suele haber al menos algún niño inocente que no sabe lo que se le viene encima, ¿no? O algún anciano miserable al que tales cosas se la traigan al

paíro. Es lo típico, hasta en las grandes epopeyas suceden encuentros similares.

Al no encontrar a nadie, había vuelto. Ahí estaba la tormenta, pero ya no había ciudad. Incluso parecía que esa tormenta hubiera comenzado hacía ya cientos de años y continuara cayendo sobre la capital desde entonces. Aún seguía haciéndolo. Las ruinas de la ciudad tenían el aspecto de ser antiquísimas. Nunca se había encontrado con una situación parecida. Nunca había supuesto que pudiera darse una situación parecida. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Quién le iba a dar trabajo?

Como si se hubiese enterado de las preguntas, y deseara responder, la tormenta lanzó una inmensa batida de aire que estuvo a punto de elevar por los aires al heraldo y su montura. En resultado a aquella extraña contestación el caballo alazán optó por encabritarse. Una vez comprobado que su jinete había logrado, con gran esfuerzo, mantenerse en equilibrio, comenzó a galopar en la dirección del viento. Ya habría tiempo de parar en algún sitio bien lejano, a ser posible, aunque no estuviera muy seguro de adónde iba. Seguro que a su jinete se le ocurría algo.

–Y ahora, ¿qué?

–No puedo creerlo. Ha vuelto a suceder.

–Pues créetelo. Tienes que creértelo, lo has hecho tú.

–¡Pero no sé cómo lo hago! –protestó el caballero sin nombre.

–Pues yo empiezo a hacerme una idea. ¡Guarda esa espada, pero ya! – chilló Irune.

–Irune tiene razón. Cada vez que sacas a pasear a la Escindidora, cambiamos de plano de existencia.

–Vale, la guardo.

El acero había dejado de llamear; tan solo mantenía ese brillo latente que había adquirido tras su primer viaje a otra dimensión. El fulgor desapareció en cuanto la espada volvió a su vaina, lo cual funcionó mejor que un bálsamo. Todos se calmaron un poco, lo que aprovechó el caballero para reanudar la conversación.

–No entiendo una cosa. Si mi Escindidora es la culpable, ¿por qué no estamos constantemente saltando de plano en plano? Suena lógico, ¿no? La espada está fuera de su vaina todo el rato, así que debería hacer efecto todo el rato.

–No es tan sencillo –aquí Jairo jugaba en casa, así que estaba seguro de ganar por goleada–. Se requiere bastante energía para viajar entre dimensiones –prosiguió, algo pomposamente–. Tengo dos teorías posibles al respecto. Una de ellas, la más probable, es que la Escindidora de Amistades contiene esa capacidad, la cual por causas que todavía ignoramos ha desarrollado recientemente, o quizá estuvo siempre presente en un estado de latencia. Sea como fuere, su reserva de poder es limitada, es decir, una vez la consume debe recuperarla cada cierto tiempo, tiempo en el cual su capacidad está

inactiva. La otra teoría, algo menos probable, tiene que ver con el efecto de A.R.R.E.B.U.F.O. Ya, ya sé que no tenéis ni idea de lo que hablo: Acción Resultante de REBote Unívoco de Fundamento Oculto. Ya, ya lo sé. Estos enanos tienen palabras muy raras. Pero define perfectamente lo que os quiero explicar. Un viaje dimensional requiere cierta adaptación, tanto por parte del plano de llegada como de los sujetos que entran en él. Debe transcurrir algo de tiempo para que uno y otros se adapten, porque puede suceder que la transición entre mundos no haya sido correcta, sobre todo si se ha hecho bruscamente. Es como si el lugar receptor se resistiera, ¿entendéis?

–No –contestaron al unísono.

–Es igual –continuó Jairo–. El lugar receptor, digámoslo así, se resiste en cierto modo a que algo o alguien externo se aloje en él. Quedan entonces dos opciones: rechazarlo...

–...O adaptarlo –concluyó el caballero–. ¿Seguro que esa teoría es la menos probable?

Jairo permaneció en silencio, perplejo por haberse metido un gol en propia meta.

–Por eso aparecemos con ropas distintas –apuntó Irune–. Y hablamos el mismo idioma de los nativos.

–Ya, pero... ¿Qué pasa con nuestras mochilas? ¿Y con tu espada? ¿Por qué ellas no cambian? Si esta teoría es cierta, ¿qué es lo que hace que viajemos? Por otra parte, Irune, te equivocas con lo del idioma. Según el

primer postulado de Clober-Troter, a pesar de la diversidad lingüística y los grupos universalistas terroristas que existen en torno a ella, existe un idioma que es hablado de la misma manera en todos los lugares del multiverso. Algunos lo llaman “britón”, por ser originario de una isla de lagartos anfibios, seguramente.

–Eso es muy interesante. Pero volviendo a lo que ha dicho Irune, podría seguir siendo la espada, aunque funcione de forma distinta a la que has planteado –contestó el caballero–. De todas maneras, he de reconocer que lo del equipo y el idioma son dos puntos a tu favor.

–Quizá... Yo qué sé, pero quizá la espada intenta mantenernos intactos y sólo lo consigue a medias –postuló Irune.

–A lo mejor no consigue mantenernos en este plano el tiempo suficiente y entonces nos vemos rechazados a otro, por eso permanecemos tan poco en un sitio –apoyó Jairo.

–Eso nos lleva a las preguntas clave: ¿dónde estamos? ¿Cómo vamos a volver a casa?

–Irune, lo has hecho otra vez.

Reabor el Taciturno se estaba cabreando bastante. No era sólo aquel mal presentimiento sobre la tormenta. No era tampoco el hecho de estar pasando hambre. Al parecer, ninguno de los aparatos mágicos que había encontrado le había sido útil para poder ver siquiera lo que sucedía en la puerta de su

guardada, lo cual significaba que, hasta cierto punto, estaba indefenso. Los dragones son seres temibles, eso es lo que todo el mundo puede ver y ellos lo saben, por eso se aprovechan de ello. No obstante, siglos de depredaciones continuadas por parte de los humanos han hecho tal mella en su código genético que es difícil encontrar en la actualidad un dragón que no tenga una cierta sensación de ansiedad nerviosa, sobre todo ante aquello que no puede controlar. Esa sensación se ha acrecentado con sus escasamente sociales costumbres. En términos de psiquiatra, un dragón necesita reafirmar su personalidad amedrentando humanos; esa necesidad se ha hecho tan importante como la de comérselos, más todavía para un dragón que acaba de despertar de una siesta de decenas de años\*.

En aquel momento, Reabor ya estaba harto de tantos nervios. Harto, y aislado. La ansiedad no le gustaba nada. La tormenta no le gustaba nada, porque para empezar había averiado sus tesoros mágicos. Tras revolver infructuosamente una vez más entre sus artefactos, cofres y cachivaches, decidió que su situación actual no debía durar ni una hora más. Mal que le pesara, era hora de salir a dar un garbeo.

---

\* Hará unos cuatro lustros, Tesrika Fizbane, una joven maga de prometedoras perspectivas, decidió pasar varios años en las Montañas del Ogro, llamadas así por la espectacular población de dragones por metro cuadrado que las habitaban. El motivo era la elaboración de una tesis de doctoral sobre el comportamiento de mencionada especie animal. Durante ese tiempo conversó largamente con ellos, así como adoptó costumbres y hábitos tales como vivir en una cueva, acumular tesoros o merendar humanos. Tras hacer importantes descubrimientos, como el mencionado en el presente párrafo, compiló todo el material en un inmenso volumen el cual conservó en su cueva hasta su vuelta a la civilización humana. Desgraciadamente Tesrika nunca pudo regresar de su exilio voluntario al fallecer accidentalmente mientras realizaba una limpieza de boca a uno de sus dragones, perdiéndose una excelente persona y una valiosa información. ¿Qué pasa, que pensaban que no iban a aparecer más notas al pie?



Los tres camaradas se habían quedado momentáneamente callados, en espera de que las respuestas a las preguntas formuladas por Irune llegaran, a falta de algo mejor, como por arte de magia. Aún llevaban algunos minutos así, mas la magia no estaba por la labor en aquellos instantes. Mientras tanto, habían examinado sus nuevos ropajes con atención, ya que una vez más sus aspectos externos habían cambiado, aunque menos radicalmente de lo que lo habían hecho en la ocasión anterior. El caballero sin nombre lucía ahora una estilizada armadura de plata fabricada con algún metal desconocido: era más ligera, a la par que seguía siendo tan resistente como su antiguo peto de placas. El diseño de tan extraño traje, sin embargo, no se parecía en absoluto a nada que hubiera visto jamás; ni siquiera los elfos forjaban corazas que se asemejaran aunque fuese un poco.

Jairo, en cambio, lucía una vestimenta blanca de una pieza, como si hubieran decidido coser los guanteletes a la camiseta, ésta a los pantalones y los pantalones a las botas, muy voluminosa, la cual estaba seguro de que entorpecía enormemente sus movimientos. Por el tamaño, era más que probable que cupiera otro Jairo más en el interior. El tejido era de una tela fina, de apariencia bastante resistente. Tenía la pinta de estar pensado para moverse por una amplia variedad de terrenos con una cierta seguridad de que al usuario no podría pasarle nada malo mientras lo llevara puesto. Irune, por su parte, vestía una versión en miniatura del mismo traje, con la peculiaridad de que éste dejaba un hueco en la espalda para que sus alitas pudieran

respirar. A pesar de, hasta el momento, no retener ninguno de sus poderes mágicos, Irune no había perdido la capacidad de volar. Todo un consuelo.

–¿No se os ocurre nada? –inquirió Irune, en parte por acabar con ese molesto silencio.

–No –contestó Jairo.

El guerrero negó con la cabeza.

–Ya lo siento, quiero decir, que sé formular preguntas molestas, pero no sé cómo responderlas. Nadie es perfecta. Bueno, yo me acerco mucho. Soy un hada.

–Cavilemos un poquito más –animó Jairo–. Si tomáramos como cierta la idea de que no conseguimos adaptarnos a los mundos a los que viajamos, lo que hace que tu espada se vea obligada a reaccionar llevándonos de un lado a otro...

–De eso quería yo hablar –repuso el caballero–. No estoy muy seguro de que la responsable sea la Escindidora, no al menos en su totalidad. ¿Qué explicación tendría si no que no sólo ella refulgiera con esas llamas azules? Recordad que, en el momento de saltar de un mundo a otro, yo también estoy ardiendo como si del infierno se tratase. Y tú mismo mencionaste, Jairo, que la suerte de un hada era fundamental para estas cosas. ¿Puede tener algo que ver Irune en que nos veamos desplazados de un sitio a otro?

–¿Por qué eres tan melodramático? –espetó Irune–. Además, yo no he hecho nada.

–Bueno, yo...

–A veces parece que suenes como de otra época.

–No puedo evitarlo, me sale solo... He recibido una formación muy clásica... El mundo me hizo así...

–¿Qué resátiros has querido decir con lo de que mi suerte podía ser fundamental?

–Jairo dijo que...

–No nos desviemos del tema. Sigue con tu teoría –Jairo estaba dispuesto a llegar hasta el fondo, estuviese donde estuviese.

–A lo que yo iba era a que, cuando la espada arde como... Bueno, que arde, yo noto algo también.

–¿Que te quemas?

–¿Te quemas tú cuando me tocas, Irune?

–Pues... No.

–Tampoco yo me quemo –apuntó Jairo.

–Ninguno de nosotros se quema porque ese fuego no está pensado para quemar a nadie. Más parece algún efecto visual sin nada que ver con lo que sucede. Sin embargo, cuando aparece noto una especie de hormigueo en las tripas, como si me las estuvieran sacando a toda velocidad. Luego lo veo todo azul, y cuando dejo de ver ese color, ya hemos cambiado de universo. Pero lo más extraño es el ruido.

–¿Qué ruido? –preguntó Jairo.

–Es un ruido que escucho en el momento que aparece la luz azul. Suena a un pergamino que se rasga lentamente al principio, rápidamente al final. Aún más extraño es lo que oigo después. Una voz femenina, siempre la misma voz, aunque no siempre diga lo mismo. Cada vez habla de una cosa. La primera vez no la entendí demasiado, casi diría que era otro idioma. Pero no. Lo que pasaba era que decía algo muy raro. “Somos los San Pancracios del universo”. ¿Qué significará?

–Ni idea –murmuró Jairo.

–No sé –apoyó Irune.

–Bueno, otro misterio más. No es la única frase que he oído. En este último viaje, el mensaje ha sido otro.

–Estamos en ascuas.

–Decía: “Aguanta. No lloréis, me voy a casar con ella. Esto es espectáculo”.

–Increíble.

Irune asintió, de acuerdo con la afirmación de Jairo.

–Estoy seguro de que todo esto está relacionado, y todo confluye en mi persona. ¿Se te ocurre algo, Jairo?

–Estoy más perdido que tú, aunque me duela reconocerlo.

–Y aún tengo algo más.

El caballero sacó el dardo de su bolsita. A pesar de que lucía una armadura bien diferente, su mochila y sus bolsas permanecían igual.

–Es el dardo con el que te durmieron. ¿Qué pasa con él? –quiso saber Jairo.

–Que he visto estos colores otra vez.

–¿Y qué? No veo que esas plumas tengan algo de particular. He visto esos colores en montones de sitios –bufó Irune.

–Que no, que no es eso. Los he visto con el mismo formato, la misma distribución, en...

–¡Alto! ¡No os mováis!

La orden tuvo un efecto tan inmediato, tan efectivo, que se podría afirmar que los tres se habían quedado helados en el sitio.

–Daos la vuelta lentamente para que os identifiquemos.

De nuevo, obedecieron.

Delante de ellos quedaba dispuesto un grupo de tres personas. Todas vestían igual: casaca gris azulada, pantalones del mismo color, botas altas negras. Todos llevaban cinto, aunque estaba claro que la vaina que lucían no estaba pensada para una espada, sino para un arma más pequeña. Quizá era ese curioso artefacto con el que los estaban apuntando. Todos llevaban, como bordado en la casaca, la misma runa: una especie de paleta de pintor alargada, de fondo azul y borde dorado, con una estrella de cuatro puntas inscrita en ella, de color también dorado.

–Quietos, no disparéis. ¿No veis que es el Capitán?

Los componentes del grupo, tres hombres, se miraron entre sí. Había hablado el más alto de ellos. Por su aspecto, de ojos rasgados, orejas puntiagudas y rostro algo arrugado, parecía un elfo. No obstante, su mirada carecía de sentimiento, algo que no cuadraba en un elfo, uno de los seres más sensibles del universo\*. Ese tipo guardaba parecido con alguien que había visto antes, pensó Jairo.

–¡Capitán JoaKirk! ¿Qué ropas son esas que viste usted?

Sin duda, el más bajito de ellos, regordete, calvete, se estaba dirigiendo a Jairo.

Otra vez ellos, pensó el caballero.

–FerScotty, puede que tenga algo que ver con esos dos seres que lo acompañan –dijo un hombre que parecía venido de las mismas tierras del Oriente Más Allá del Oriente.

–Señor EmSulu, ha hecho una apreciación interesante –afirmó el medio-elfo.

–Quizá deberíamos interrogarles, Señor ChrisSpock. ¿Qué opina usted, mi capitán?

Caldam, Fiudus y Ensueño. ¿Cómo no habían caído antes?

Esperaban una respuesta. Jairo tenía que decir algo.

–Eh... No se preocupen, la situación está... bajo control.

---

\* Lo cual, en muchas ocasiones, desemboca en equívocos con personas de su mismo sexo.

Todos se relajaron de repente. Las palabras mágicas que todo individuo uniformado desea oír.

–Pensamos que, al desaparecer de forma tan misteriosa del Entreprisas, podría haberle sucedido algo, y decidimos descender de la nave para investigar –comentó EmSulu. Ensueño–. Lamentamos no haber obedecido sus órdenes, Capitán, pero ya sabe que siempre hemos sido una banda de patanes sin usted.

–Las lecturas de nuestros aparatos decían que este planeta estaba perfectamente dotado para la vida, algo parecido a la Tierra. De hecho, podían verse algunas ciudades de arquitectura similar. No obstante, al bajar las naves exploradoras, no hallaron a nadie. Lo único que hay es esta tormenta, la cual nos preocupa bastante ya que, según los meteoscanners no tiene origen natural. ¿Han podido ser los Kataklingons? –añadió FerScotty.

–Esto... No, no creo.

–Por lo que veo, los nativos del planeta no han alcanzado un nivel tecnológico suficiente como para desarrollar armamento sofisticado –señaló ChrisSpock, dirigiendo su vista a la espada del caballero–. ¿Son hostiles?

–¡No, no, qué va!

–Nosotros tampoco somos de este lugar –dijo el caballero, que no había intervenido hasta entonces–. Nos hemos perdido.

–¡Vaya! Qué mala suerte. ¿Y su nave?

–No traemos “nave”. Ni siquiera sabemos lo que es eso –afirmó Irune.

–Capitán JoaKirk...

Los tres lo vieron a la vez. Tras la versión futurista de la Hermandad, acababa de materializarse un ser alto, espigado, vestido de negro, con capucha. Un esqueleto con una guadaña. Jairo ya no podía estar más atónito.

–¡A vuestra espalda! –gritó.

Los miembros de la Hermandad se volvieron, quedando paralizados al instante cortesía del Avatar de la Muerte. El caballero desenfundó la espada la cual, como era de esperar, comenzó a arder.

–Oh, diablos –masculló el guerrero.

Él también comenzó a arder. La figura de la guadaña se había acercado a los tres congelados individuos. Ya era tarde para hacer nada útil.

–¡Nos vamos de aquí! –chilló Jairo, poniendo su mano sobre el hombro en llamas de su amigo.

Antes de decir estas alitas son mías, Irune ya había agarrado un mechón de cabellos del mismo.

Tanto Sumo Sacerdote como Fiel Acólito llevaban las suficientes leguas como para asegurar que el trasero que sufría aposentado sobre las carnes de su montura había dejado de pertenecerle para formar parte intrínseca e inseparable de sus respectivos animales. Ya habían perdido de vista la ciudad e incluso atravesado los bosques lindantes del reino de Ilamea. Los nubarrones, sin embargo, habían aumentado en extensión, persiguiéndolos a



lo lejos a mayor velocidad que la desarrollada por caballo y burro. Era inevitable que tarde o temprano los alcanzara.

–¿Seguro que vamos por buen camino? –la fe del fiel acólito comenzaba a flaquear.

–No queda más remedio que suponer que sí. De todos modos no me preocuparía demasiado... Bastante hacemos ya con mantenernos alejados de eso que viene detrás.

El fiel acólito dirigió una mirada temerosa a las nubes que los perseguían.

–¿Sabes? Has hecho un buen trabajo. Cualquiera sabe lo que nos espera ahí delante.

La perspectiva de encontrarse con un dragón tampoco era halagüeña, que digamos. El Sumo Sacerdote se esforzaba por parecer tranquilo. No hay mucho que perder con algo que te está destrozando la ciudad y los campos de alrededor a tus espaldas y algo que podría causar el mismo efecto al frente, pero no se puede evitar cierta sensación de desazón.

–Necesitaríamos el Bálsamo Recalcitrante de Foieragrás.

–¿Qué?

–En mi juventud, y en la tuya, los novicios nos escaqueábamos del servicio vespertino saltando por el muro de detrás de las cocinas del templo, ese que años más tarde hice reforzar con ramas de espino. Vaya juergas nos coríamos en el “Extraño Encontrado de Repente”. Cuando volvíamos,

entrada la noche, no había quien nos levantara de la cama el día después. Usábamos ese bálsamo para encontrarnos despejados por la mañana, y que no sospechara el anterior Sumo Sacerdote. Tú no te acordarás porque siempre estabas con tus libros. Algunos lo untaban en el pan... ¡qué asco!

–Ya. ¿Y de qué se compone el bálsamo? –hablar de su propia juventud resultaba una experiencia bastante incómoda, casi tanto como mencionar la palabra “estudio” delante del sacerdote.

–No querías saberlo. A lo mejor en la cocina habría quedado algún ingrediente que hubiéramos podido utilizar. Una pena que no nos hayamos detenido a buscar. De todos modos, no creo que haga falta. Soy bastante optimista; seguro que podremos llegar a un acuerdo con el dragón.

Había que ser capaz de leer entre las palabras del Sumo Sacerdote. Tan solo el acólito, con todos los años que llevaba conociéndolo, podía interpretar lo que estaba diciendo correctamente.

En concreto, había querido decir “No podíamos estar más jodidos”.

Con la celeridad que proporciona la teleportación, había alcanzado ya la gruta que daba a la cueva de Reabor. Junto a un arco de seis metros de alto en la inmensidad de una caverna subterránea, sobresaliendo de la pared en la que se apoyaba, clausurado por la propia roca de la montaña, el hombre de armas meditaba con cuidado el siguiente paso que debía dar. Era sencillo, lo único que tenía que hacer era seguir las instrucciones codificadas en los pergaminos

que su señora le había proporcionado. En cada una de las piedras del arco se distinguían múltiples signos que lo señalaban como una obra de hechiceros. Conociendo la fama del dragón que se escondía detrás, seguro que Reabor había forzado de algún modo a los magos que hiciesen falta para elaborar el pórtico que sin duda abría las puertas de su cubil. Después de ello no habría quedado nada de los artesanos. Él mismo tendría que andarse con mucho cuidado, pues los dragones respetan a aquellos con los que forjan pactos, pero nadie dice nada de los mensajeros que se meten en medio. Como voluntarios, claro.

Tras echar un último vistazo a los alrededores, pues nunca se sabe lo que se puede esconder tras un hueco bien disimulado, el misterioso individuo procedió a desenrollar el paquete con las órdenes de su dueña. Enseguida reconoció la escritura garabateada; la verdad era que no hubiera hecho falta codificarla, ya que se trataba de un trazo lo suficientemente retorcido como para reconocerlo con facilidad. Le iba a hacer falta otro rollo de pergamino para descodificar el código del código. Antes de liarse más todavía, decidió sentarse a la luz de su linterna para tener la calma suficiente como para intentar dilucidar el significado de aquellas frases. Comenzó a leer.

“Por fin tras el balbuceo inconexo de la sentencia no transcrita, procederán a responder las preguntas sin respuesta enclavadas en la profundidad del sentido cegado por la oscura presencia no presente...”

Esto iba a ser más complicado de lo que imaginaba. Si tan sólo hubiera llegado unos minutos antes, podría haberse encontrado con el dueño de la cueva, el cual, al salir, ni siquiera había dejado colgado el cartel de “He salido a comer”. Se estaría ahorrando el futuro dolor de cabeza.

–Ya me estoy cansando de tanto trasiego –protestó el caballero–. ¿Qué nos espera ahora?

–Mejor no preguntes –respondió Jairo.

–Me empieza a doler la cabeza... –añadió Irune.

–Guarda tu espada lo primero –ordenó Jairo.

–Ya va, ya va. Empiezo a entender la teoría aquella tuya del dejabugo.

–¿A qué viene ahora hablar de comida? –preguntó Irune.

–No es... Bueno, déjalo. Ahora que volvemos a tener una pequeña pausa, ¿qué tal si reflexionamos un poco sobre los sucesos de antes? Lo digo por no perder la costumbre.

–¿Qué hay que reflexionar? Saltamos de mundo en mundo, el uno más bizarro que el anterior, y encima nos sigue el esqueleto encapuchado. Aunque, antes de que se te ocurra corregirme, ya me he dado cuenta de que no sólo nos persigue a nosotros. De hecho, a mí me ha parecido que nosotros éramos los últimos en los que estaba pensando.

–Tienes razón. Ha paralizado primero a los otros. Además, ¿os habéis dado cuenta de que de un mundo a otro faltaba gente? –remarcó Irune.

–No tenemos pruebas de que el esqueleto haya estado en el primer universo que hemos visitado, pero tampoco tenemos la certeza de que no haya sido así –corroboró Jairo–. ¿Y las palabras? ¿Ha habido mensaje esta vez?

–Sí, lo ha habido. Decía “No, no, no nos moverán”.

–Esto es cada vez más alucinante –murmuró Irune.

–Me parece que va a ser mejor que volvamos al tema del esqueleto. Lo siento –dijo el caballero, un tanto entristecido.

–No importa. El caso es que se está cargando a la Hermandad. Bueno, a sus contrapartidas multiversales. ¿Por qué? Ellos no tienen nada que ver con esto –inquirió Jairo.

–Tampoco es seguro que sólo mate, si es que los mata, a las contrapartidas que dices. ¿Y si antes ha matado a los de nuestro hogar? Puede que ahora se limite a recoger los restos –teorizó el caballero.

–¿Y la tormenta? En todos los mundos había nubarrones. Fijaos en lo que se nos viene encima, como no busquemos refugio.

Irune estaba en lo cierto. Sobre ellos se cernía tal densidad de nubes por metro cúbico que lo más improbable era que no comenzara a descargar sobre ellos en el momento menos esperado. Ya podían verse algunos relámpagos a lo lejos, e incluso el caballero pudo deducir por el sonido que la tempestad se encontraba más cerca de lo que ellos hubieran querido\*.

---

\* La experiencia es la madre de la ciencia, y el caso del mago Gerebin el Sordo no fue una excepción. Él fue quien, tras unos meses de pruebas experimentales en lo alto de las Montañas del Deseo, en las que ideó diversas provocaciones a los

–No creo que lo único que nos persiga sea sólo el colega de la guadaña –  
meditó Jairo.

–Ya. ¿Sugieres que esta tormenta también está metida en el embrollo? –  
comentó el caballero.

–Si no lo está, lo disimula bien.

–Hay otra cuestión –intervino Irune–. ¿Qué pasa con la gente? Las dos  
veces anteriores los miembros de la Hermandad han hablado de lo mismo: la  
gente ha desaparecido. Esto es muy raro, ¿no?

–Sin contar con lo del penacho del dardo –comentó el caballero sin  
nombre.

–Una espada que de repente sabe cómo abrir puertas a otros mundos,  
un esqueleto encapuchado empeñado en matarnos antes de tiempo, la madre  
de todas las tormentas que está por caer, voces misteriosas que te hablan  
cuando pasamos de mundo a mundo, un dardo misterioso que reaparece allí  
donde vamos, y gente que desaparece allí donde llegamos. Todo parece tener  
que ver contigo, caballero, aunque me da la impresión de que no es eso  
únicamente. Si hay alguna, ¿dónde puede estar la conexión entre estos sucesos  
y tu propia persona?

---

elementos, tales como ponerse de pie en el pico del monte más elevado a la par que sostenía una vara de metal o dedicar todo tipo de imprecaciones a los dioses del clima, logró deducir una relación entre la velocidad de un rayo y el tiempo que tardaba su sonido en alcanzar sus tímpanos. No en vano, al retornar de las montañas, recibió su sobrenombre, aparte de otros como “el Negro”, el Churruscao” o “el medio-calvo”. Además se encontró con el rechazo de toda la comunidad mágica, que negaba tajantemente que pudiera haber tal correspondencia, con lo que se vio obligado a publicar sus trabajos en uno de esos mal llamados “libros de divulgación mágica”, un tipo de publicaciones que tocan todos los temas esotéricos posibles sin decir una sola palabra de verdad. Todavía perviven algunos títulos como “Muy Intrigante”, o “Más Acá”.

Precisamente, la conexión de todos ellos estaba en aquel momento demasiado ocupada para poder intentar mantener siquiera una mínima conversación con nadie. Empezaba a pasar demasiado tiempo, lo que la estaba fatigando sobremanera. Ya había extraído energías de los sueños de demasiados universos; no era suficiente. Sudor en forma de brillantes gotas de energía mágica resbalaban por todo su cuerpo. La tensión que estaba sufriendo podría asemejarse a la de una cuerda de arco sobre la que han puesto un piano de cola. No sabía cuánto más podía aguantar. ¿Y su amado? Esperaba que hubiera reaccionado ya, pero hasta la fecha no había visto respuesta alguna.

La realidad se resquebrajó levemente. Con un rápido movimiento de su mano, tapó el agujero. Sin embargo, no había llegado a tiempo de evitar que algo, varios algo, penetraran. Presentía que era el primero de muchos. No iba a tener manos para todos.

Altea dejó de sonreír. Tenía razones para empezar a preocuparse.

Había visto pasar volando a un dragón. No tenía duda de ello. Hacía rato que su caballo se había relajado un poco, al no quedar más indicios de la tormenta por ningún lado, así que el heraldo había optado por continuar hacia donde su montura lo había llevado después de atravesar, con la celeridad que imprime el miedo, colinas, bosques y algún que otro pantano. Tras unas horas de galope, se empezaba a dar cuenta de que, a pesar de creer

haber dejado atrás a la tormenta, lo único que había hecho había sido caminar de una parte a otra del diámetro de claridad que quedaba encerrado por las nubes. Estaba rodeado. El círculo se estaba cerrando sobre él. Entonces, lo había divisado a un par de leguas. Era grande, hermoso, y...

Se dirigía hacia la tormenta.

De la pandilla de osados inconscientes que tienden a meterse donde no los llaman con la frecuencia de un vendedor de enciclopedias o unos hermanos de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días, los llamados “héroes” son los más peligrosos. El Heraldo del Rey se sentía un héroe.

No podía dejar pasar esta oportunidad.

Todo había sido repentino, imprevisto. La paga extra de un trabajador habría tenido menos brevedad que la que había tenido todo el suceso. Jairo y el caballero habían aparecido sobre una trampa bien disimulada en el suelo del desfiladero que, una vez más, se había repetido en su tercer viaje entre universos; sin tiempo a mirarse siquiera sus ropas, se habían precipitado al fondo del hoyo, de unos tres metros de profundidad. Por si fuera poco, en el fondo los estaba esperando una red que se había cerrado sobre ellos al ceder a causa de su peso. Aún se estaban recuperando del aturdimiento inicial cuando escucharon algunas voces. Parecía un coro de niños que salían al recreo después de dos largas horas lectivas. El caballero habló, no sin antes apartar uno de los pies de Jairo de su boca.



–¡Maldita sea! Atrapados y empaquetados...

–¡Espera! ¿Dónde está Irune?

–¡Estoy aquí arriba! –jamás había agradecido tanto poseer un par de alas.

–¡Irune! ¿Puedes alcanzar mi espada?

–¡Ni lo sueñes! Pesaría demasiado. Además, acuérdate de lo poco que nos gusta el hierro a las hadas... ¡Refaunos! ¡Viene alguien por allí!

–¡Escóndete! –ordenó Jairo y añadió, volviéndose al caballero–: Si me quitas el codo del ojo, a lo mejor puedo intentar alcanzarla yo...

Irune descendió rápidamente hacia las profundidades de la trampa. Afortunadamente, las paredes del agujero presentaban más irregularidades que la gestión de un club de fútbol, por lo que pudo ocultarse con facilidad.

–¡Ya la tengo! ¡Ya la tengo! –saltó Jairo.

–¿Y qué vas a hacer con ella? –dijo Irune.

–¡No lo sé! ¡No lo sé!

–¡Corta las cuerdas, diablos! –chilló el caballero.

Dicho y hecho, la latente Escindidora cercenó las entremezcladas sogas de la red casi sin pensarlo. Estaba condenadamente bien afilada, pero no había tiempo para pensar el por qué. Jairo y el caballero cayeron con estrépito al suelo.

–Salgamos de aquí –masculló el guerrero sin nombre, doliéndose un poco del trasero. Nadie sabe lo duro que es caer al suelo llevando una armadura de placas.

–No podemos –contestó Jairo–. Mira ahí arriba.

Apuntándoles con arcos y jabalinas, unas criaturas de aspecto perruno los observaban con cautela desde el borde del hoyo. Cuatro de ellos comenzaban a deslizar una cuerda por la que, lógicamente, esperaban que trepasen sus presas.

–Espero que tu magia funcione.

–Me parece que de momento lo mejor será que subamos. Irune, sigue escondida por si acaso.

–Tú primero –ofreció educadamente el caballero.

Jairo comenzó a ascender, ayudado por los humanoides. Por su aspecto, debían ser muy primitivos, lo cual no significaba en absoluto que fueran incapaces de convertirlo en un alfiletero en cuestión de segundos. Jairo optó por permanecer a la expectativa. Como suponía, nada más regresar a tierra firme fue rodeado por otro grupúsculo de seres que procedieron a inmovilizarlo con unas rudimentarias lianas.

–¡Hola! ¿Habláis mi idioma? –intentó Jairo, sin resultado. Sus simpáticos captores se comunicaban con una especie de gruñidos ininteligibles.

No obstante, sí entendió el murmullo, mezcla de admiración y temor.

Su compañero había salido de la trampa, espada en mano.

Por lo que parecía, lo estaban adorando como a un dios.

–A mí no me mires. Yo no he hecho nada –le dijo a Jairo.

Fuera de su guarida, había que reconocer que Reabor pocas veces se había encontrado con un cielo tan encapotado. Daba la impresión de que la tormenta se había agrupado en torno a un cierto patrón que se iba deshaciendo a medida que Reabor se alejaba de la montaña que ocultaba el portal de entrada a su gruta. Esto lo estaba intrigando sobremanera, y de este modo había emprendido el vuelo en busca del lugar en el que teóricamente se perdería el patrón. No podía evitar esgrimir una siniestra sonrisa, si es que se puede decir que un dragón es capaz de sonreír. Desde luego, si esto era idea de aquella hechicera hipocondríaca, el Taciturno iba a tener el gusto de usarla como mondadientes, una vez cumplido el trato.

Un dragón siempre cumple un trato, aunque sea a regañadientes.

Sobre su cabeza, las nubes relampagueaban con cierta indolencia. No es que las nubes tuvieran la consciencia suficiente como para decidir sobre sus apeteceres un momento dado. Y a pesar de ello, era como si se resistieran a llover. A lo lejos, repentinamente, cayó un rayo. Reabor dirigió sus inmensas alas hacia el lugar: quizá encontraría algo. Además, ese rayo no había sido un rayo normal. Por su propio bienestar, los dragones saben distinguir cuándo un rayo procede de una tormenta y cuándo procede de otro sitio\*. Éste procedía de otro sitio, así que no estaría de más conocer de dónde.

---

\* Los autores han llegado a la conclusión de que no desean recibir ningún premio por su labor literaria, en el relato que los ocupa. No obstante, dado el esfuerzo que están empleando en describir correctamente la ecología y costumbres de los dragones, qué menos que obtener, como mínimo, una mencioncita en el prestigioso "Multiversal Geographic".

Sobre todo le intrigaban esas dos figuritas sobre las que había caído. A lo mejor su salida no iba a ser en balde. Su estómago rugió de alegría ante la perspectiva; no obstante, había decidido que antes iba a divertirse un poco.

El pueblo menudo había recuperado a su dios, largo tiempo desaparecido. Era un día para estar jubiloso, y así lo había decretado el jefe del poblado de los árboles: la música de timbales, pífanos, carracas, debía sonar libre por entre las chozas, los guerreros debían pintarse con los colores rituales. Los cocineros debían preparar un gran banquete.

–¿No podrías sugerirles, de alguna manera, que por favor desistieran de este empeño? –rogó Jairo.

–Lo siento, no me dejan acercarme... –replicó el caballero, un tanto azorado.

Jairo había sido atado de pies y manos a un poste, el cual había sido colocado horizontalmente a modo de espetón sobre lo que iba a ser una gran hoguera. Lógicamente, para ese momento ya se sabía bien cuál iba a ser el plato fuerte.

–Casi entiendo lo que dicen –susurró mentalmente Irune–. Es una derivación de un antiguo dialecto elfo, algo distorsionado por tanto ladrido. Por lo que me han dado a entender, pretenden sacrificar a Jairo en tu honor.

–Eso ya me lo estaba pareciendo –pensó el caballero, con la esperanza de que Irune lo captara–. El caso es que no sé qué hacer, me adoran pero a la vez me están

vigilando como si esperasen que fuera a hacer algo terrible. No estoy preparado para ser un dios. ¿No podrías hablar con ellos para convencerlos de que no maten a Jairo?

–¿Y descubrirme? ¿No te parece un tanto arriesgado?

–Tienes razón.

–¿Jairo? ¿Se te ocurre algo? No parecen muy dispuestos a dialogar.

–No sé. Ojalá supiera si mi magia funciona.

–Yo tengo la intuición de que sí. ¿Te has dado cuenta de que por primera vez nuestras ropas no han cambiado?

–Pues es verdad. Con tanto trajín no nos habíamos dado cuenta –meditó Jairo–. Creo que tengo una idea, pero para eso necesito que me traigas un poco de limonada.

Cuando no creen en tu existencia, o no están preparados para ver a un ser pequeño y con alitas como Irune, resulta fácil hacerse invisible, infiltrarse en la choza donde se custodia el equipaje del mago y detectar el odre con el preciado líquido. En el fondo las hadas son mucho más reales que la mayoría de las razas humanoides, pero han dejado que con el tiempo éstas se lo acaben creyendo, de ahí tanto antropocentrismo irracional. La mejor forma de no desaparecer de un mundo que en principio no está nada mal es creer en ti aunque sea a ciegas, y en momentos de desesperación el hombre lo ha hecho de matrícula de honor. Las hadas saben quiénes son, dónde quieren estar. No necesitan creer que un día el cielo puede caer sobre sus cabezas.

Con todo el disimulo que pudo, Irune llenó un vaso hasta el límite de lo que podía levantar –un buen límite, por tanto\*– y lo acercó hasta la boca de Jairo en un descuido de los cocineros, entretenidos pelando diversas verduras que iban metiendo en una gran caldera. Jairo sorbió el zumo, necesario para canalizar sus maltrechas energías mágicas, y preparó mentalmente un conjuro.

–Irune, ahora debes aparecer sobre la cabeza del caballero y gritar con todas tus fuerzas algo que atraiga su atención. Avísales de que si no obedecen, su Dios empleará todo su poder, o algo parecido que suene ominoso.

–¿Qué es eso de ominoso?

–¡Algo muy malo, diantre!

–Ah. Vale, ahí voy.

Todavía invisible, Irune revoloteó hasta el lugar indicado por su amigo, el cual, quitándose los nervios como pudo, permaneció a la expectativa.

–Caballero, pase lo que pase, haz lo posible por parecer ominoso –ordenó Jairo.

–¿Por parecer cómo?

–Tú sigue así de serio, ¿vale?

A lo mejor la arenga de Irune era suficiente. Repentinamente, rodeada por el polvo de las hadas, dorado, brillante, la sílfide se materializó sobre el

---

\* Las leyendas son ciertas. A pesar de las numerosas distorsiones causadas por los gnomos en la dispersión de estas, es verdad que una pequeña sílfide puede levantar, al menos, siete veces su peso. Lo demás (“soy siete veces más fuerte que tú, y veloz”) son puras bravatas que carecen de base. Sobre todo lo de que siempre están de buen humor. Nada más lejos de la realidad.

casco de su compañero guerrero. En el idioma de los pequeños humanoides, gritó:

–¡Deteneos! ¡Como... como espíritu guardián de vuestro Dios, o... o lo que sea, os advierto que... que... la cosa se va a poner muy mal si decidís... esto... merendaros... a su amigo de pelo rubio!

A una exclamación de sorpresa generalizada, proferida incluso por el caballero, siguió un intento de apedrear al hada que ésta esquivó como pudo. Esta gente no parecía fácil de sorprender, desde luego, e Irune era quien mas complicado lo tenía. Era de esperar que de una dulce voz no pudiera salir una propuesta demasiado intimidatoria. Al comprobar que la agresión no había obtenido respuesta alguna, mucho menos una ominosa significara lo que significase, todo el mundo prosiguió con su tarea.

–¡Como pille al que ha sido! –masculló ella.

Sin esperar más, Jairo lanzó el hechizo. Pese a estar maniatado, un brujo puede seguir realizando encantamientos: la energía mágica que debe canalizar es mayor y la concentración que debe tener también es mayor. Lo primero no resultaba problema. Tras beber la limonada, Jairo estaba a tope. Sólo había que temer lo segundo. El mago cerró los ojos con el esfuerzo, pero eso es lo único que un observador avezado podría deducir que iba a relacionarse con lo que iba a suceder a continuación.

El caballero, sentado en una especie de trono, comenzó a levitar. Con trono y todo.

El truco estaba resultando efectivo: todos se quedaron clavados en el suelo, estupefactos de terror. No se oía ni un susurro. Jairo había captado su atención.

–¡Irene! –logró decir Jairo–. Repite ahora tus palabras. Esta vez sé ominosa de verdad. Y tú –se dirigió al guerrero–, haz lo posible por parecer un Dios.

–¿Eso es ser ominoso? Por cierto, Jairo... ¿No te he dicho alguna vez que padezco de vértigo?

Irene reapareció. El caballero trató de contener una arcada, esbozando una especie de mueca que esperaba pasara por el ademán de un Dios. ¿Cómo esperaba Jairo que lo pareciera, si nunca había visto a uno? Y menos que tuviera miedo a las alturas. Su estómago estaba haciendo serios esfuerzos por escapar a través del esófago.

–¡Os lo he advertido! ¡Ahora toda la furia del Dios caerá sobre vosotros!  
–reiteró Irene.

Las criaturas parecieron captar la idea. Rápidamente se lanzaron sobre Jairo desatándolo antes de que pudieran siquiera pensarlo. El trono cayó al suelo con cierta brusquedad, aunque ni él ni su ocupante sufrieron daños aparentes. El color verde del rostro del guerrero se debía a otra cosa. Gracias a Cruna, se le estaba empezando a pasar.

–La próxima vez, avísame de que piensas hacerme esto –balbuceó.



Desesperado, el misterioso enviado retornaba a la primera página de los escritos con el fin de descifrar al menos la primera de las frases. No había manera. ¿Por qué el lenguaje de los magos será tan hermético? De acuerdo con que descifrar conjuros era algo que por necesidad debía hacerse complicado, pero si se trataba de dar órdenes a un subalterno, lo más recomendable, si esperabas que todo saliera bien, era dejarlo todo lo más clarito posible o, por lo menos, enseñarle un poco a entender tu lenguaje. Esta hechicera no entendía de recursos humanos ni de formación profesional.

“Tras responder las preguntas que nunca tuvieron respuesta, devendrán los acólitos en llanto inacabado que siempre surge del profundo ser que no respira o de las ecuaciones de la verdad no verdadera...”

Cansado de leer veinte veces las mismas chorradas, decidió sentarse y esperar.

El relámpago había caído a pocos metros de los cuatro. Tras un silencio que todavía retumbaba en los oídos, el Sumo Sacerdote captó un castañeteo débil, pero continuo, debajo de su cuerpo. Por un momento pensó en su dentadura, aunque dudaba que ésta pudiera generar soniquete tan nítido a estas alturas de la vida. Tampoco la dentadura del acólito; estaba demasiado alejado. Un minucioso examen reveló finalmente que se trataba de las rodillas de Rocinante, el cual, tras sufrir un amago de infarto, se había quedado plantado en su sitio. Tan sólo le temblaban las patas.

–No eras un caballo de guerra, eso seguro –murmuró el sacerdote a las orejas de su montura. No se atrevía ni a respirar.

El fiel acólito seguía atontado por el repentino estallido de luz, reaccionando al instante en que empezó a notar que su burrito hacía ademán de volverse por donde había venido.

–¡Quieto! ¡Soooo! –gritó, haciendo lo posible por contener su impulso.

–¿Has visto eso? –inquirió su maestro.

El noble animal estaba ya algo más tranquilo. En realidad no era así; simplemente el fiel acólito era más tozudo que él.

–Sí.

Pocas milésimas de segundos después de caer el rayo, se había materializado un bicho de varios metros de alto, una especie de cruce bidimensional de jirafa, tranvía y batido de fresa. Antes de que hubiera podido avanzar un paso, la criatura se había desvanecido del mismo modo que había llegado, con un chillido que podría haberse parecido a las cuerdas de una guitarra eléctrica distorsionada a las que están sometiendo a un lavado de cerebro a base de sardana mezclado con veinte aires folclóricos más.

–Pensaba que era el único que se estaba volviendo majareta –repuso el Sumo Sacerdote.

–¿Cómo sabéis que nos estamos volviendo majaretas?

–¿Es que tienes una explicación mejor?

En torno a la gran hoguera que iba a servir inicialmente de crematorio para el bueno de Jairo, se habían sentado los tres camaradas acompañados de lo más representativo de aquellos caninos seres. Tras las explicaciones pertinentes, buena parte del misterio estaba aclarado y era el mago quien, asistido a la traducción por Irune, en aquel instante estaba narrando los avatares de los tres a lo largo de los últimos días. Ninguno de los presentes perdía detalle de la historia. Con quien más recelosos se mostraban era con la sílfide, ya que por lo visto nunca habían encontrado a un ser semejante. Los que se acercaban a ella, además, recibían una dosis de polvo de hadas que los hacía estornudar lo suficiente como para no querer acercarse. La fiesta continuaba, aunque uno de ellos no se sentía plenamente a gusto. Más bien todo lo contrario. Discretamente, el caballero abandonó el claro. Irune se percató y lo siguió.

–¿Qué sucede?

–No, nada. Sólo que quería tomar un poco el aire.

–¿Te parece poco, estando en pleno bosque?

–Vale, me has cogido. No puedo dejar de pensar en todo esto. Además desde que hemos llegado al poblado he tenido la misma sensación que tuve cuando gastamos aquella broma a Ensueño, Selva y Nurbilak. Estoy poniendo en peligro este asunto. Presiento que el ser de la guadaña anda cerca, algo me dice... Que tengo que enfrentarme a él.

–De acuerdo, pero ya quedamos en que no lo harías solo.

–Te equivocas. Debo hacerlo solo. Es... Es mi destino. Creo que es la única manera de desentrañar todo este misterio, de aclararlo todo de una vez.

–¡Chicos! –Jairo había salido en su busca. Parecía excitado–. Creo que sé cómo podemos volver a casa. Pero antes tenéis que ver esto.

## CAPÍTULO VII

El jefe de la tribu los había llevado hasta una cabaña apartada del poblado, casi a ras del suelo. Dentro de ella, yacía uno más de su raza, un ejemplar en apariencia más joven, que en aquellos instantes hablaba cosas sin sentido, aunque ni Jairo ni el caballero hubieran notado la diferencia. Para ellos ese idioma seguía siendo tan ajeno como el funcionamiento de un reproductor de CD's. Nuevamente, Irune hizo de intérprete.

–El hechicero dice que esto le sucede desde hace algunos días. Está seguro de qué es lo que le pasa. No puede soñar.

–¿Cómo puede saberlo? –inquirió el caballero.

–Dice que ya ha sucedido antes. Antiguas leyendas de la tribu dicen que una dama misteriosa, la Dama de los Sueños, visitó al poblado. Buscaba a un hombre que vestía armadura.

Jairo y el guerrero se miraron en silencio.

–Por aquellos tiempos, casi todo el lugar sufría de insomnio. Qué raro, ¿verdad? Entonces llegó... –Irune se cortó. Estaba quedándose atónita.

–¿Qué? ¿Qué llegó? –preguntó el guerrero.

–Llegó un ser terrorífico, un esqueleto vestido de negro, con una guadaña. La perseguía para matarla.

–Santa Mlita nos asista... –dijo Jairo, en voz baja. Por fin empezaban a cuadrar algunas cosas.

–Los habitantes de este sitio la ayudaron a espantar al espíritu y ella a cambio les concedió la facultad de soñar. Después de aquello, se marchó para no regresar jamás. El hechicero cree que ahora la Dama duerme para velar por el sueño de su gente, en espera de que llegue el hombre de la armadura ¡Lo llevan buscando desde entonces!

–Eso explica que me veneraran de esa forma.

–Cierto –replicó Jairo–. Irune, a propósito, ¿has podido entender lo que dice el enfermo?

–No me había puesto a escucharlo, pero no creo que me cueste mucho. A ver... El mundo se habrá de volver del revés cuando la dama dormida despierte de su letargo y no encuentre al sin nombre a su lado... El Ser de Todos los Perros será agitado en la coctelera cósmica y el hombre buscará ligarse a la vecina de enfrente, huirá de sí mismo, dejará a sus semejantes que paguen la cuenta, los elfos dejarán la ecología como modo de vida, la Parca segaré de nuevo... Con la dama... Sentada... a su diestra... Van a pasar un montón de cosas, ¿vale... ?

–No puede ser –dijo el caballero.

–¿Qué?

–Esas palabras... Altea me las dijo en sueños. Es la profecía.

Fue tan fugaz como impactante. El pensamiento se había quedado anclado en su cabeza.

El Fin de Todo.

Informó a Irune y a Jairo. Irune informó a los pequeños humanoides.

Tras las melodramáticas muestras de pesar y terror ante lo que se avecinaba, el jefe habló con Irune de nuevo.

–Ellos sólo esperan que la encuentres para despertarla. Entonces todo se arreglará.

–Como si fuera tan fácil.

–Como os he dicho, chicos –interrumpió Jairo–, creo que tengo la solución. Salgamos fuera.

Seguidos por el curioso séquito, los tres volvieron al lugar donde la hoguera seguía ardiendo, cada vez con menor intensidad.

–Pensando un poco al respecto de todos estos saltos entre universos, he llegado a la conclusión de que este en el que estamos es uno de los más parecidos a nuestro hogar. Eso explicaría por qué nuestras ropas no han cambiado y por qué mi magia y la de Irune funcionan. Además explicaría el hecho de que la espada no ha realizado ninguna intentona para escapar de nuevo a otro sitio. Todo esto me lleva a la siguiente teoría: si pudiéramos redirigir las energías místicas que hacen que la espada nos transporte a otro lugar, podríamos intentar llegar a nuestro mundo. Hasta cierto punto, es lo que pienso que hemos estado haciendo: nuestro aspecto externo se iba aproximando cada vez más al original, hasta que hemos llegado aquí donde el parecido es completo. Es decir, nos hemos ido acercando a nuestro hogar, sin

llegar a él. Si ponemos nuestro empeño, apareceremos en el sitio que buscamos.

–El jefe de los Yghuocs está dispuesto a ayudar en lo que buenamente pueda.

El caballero la miró perplejo.

–Es su nombre –replicó el hada–. Yo no tengo la culpa.

–Venga, manos a la obra. Caballero, es la hora de desenvainar a la Escindidora.

–Jairo... ¿Tienes que ser tan teatral?

La tormenta había comenzado a estallar con todo su esplendor. Fuera del palacio las nubes, por fin, se habían puesto de acuerdo para llevar a cabo su involuntaria parte del plan. En el fondo era mucho más voluntaria de lo que ellas habían creído, pues lo que estaba sucediendo en realidad era que la Dama de los Sueños había cedido por fin a los embates de las fuerzas exteriores. Se hace necesario mencionar que tales fuerzas no son de por sí perversas, ni malvadas, ni cosa parecida. La potencia de un ser o de un hecho carece de conceptos tales como la maldad, la bondad o el gusto por las pipas de calabaza. Es cuando alcanza una esfera real cuando se torna en acto y en consecuencia adquiere esas ideas. Los seres de la irrealidad que comenzaban a caer acompañando a los rayos como parte intrínseca de ellos sólo sabían una cosa: fuera como fuese, querían llegar.



Muy cerca del epicentro, donde todo confluía, todo seguía más o menos igual. El cuerpo de la dama durmiente permanecía en la misma postura; la misteriosa hechicera había tomado una dosis extra de su medicina sin mucho éxito, pues presa de la excitación, se había reclinado sobre el cuerpo dormido de Altea y ya iniciaba uno de sus Discursos.

–¡Por fin! ¡Hoy va a ser el día de mi triunfo! Los siglos de espera han valido la pena. Si todos mis peones han cumplido su trabajo, pronto la Parca vendrá a buscarte, y todos tus intentos por salvar el mundo habrán sido en vano. ¿Pensabas que esta tormenta iba a socorrer tus propósitos? Deberías haber sido un poco más cauta, haber calculado los riesgos... Pero claro, no todo el mundo puede jactarse de saber tanto como yo sé. Yo sí había calculado los riesgos. No te puedes medir a alguien que ha estudiado tanto y que ha publicado libros... Ahora no puedes replicarme, ¿eh? Mi tortura favorita es relatar todos los estudios que he realizado, una y otra vez... Sólo faltan los informes de dos de mis emisarios para tener la completa certeza. Es una pena que no puedas ver esto, porque seguro que te iba a encantar. Pero, ¿qué digo? ¡Si esto lo estás causando tú!

Tras la perorata siguió una risotada histérica, rayana en la esquizofrenia. Altea, pese a dormir, mostraba evidentes signos de cansancio, e incluso había perdido peso hasta el punto de que se le empezaban a notar los huesos. La bruja se había dado cuenta por fin de que estaba hablando en voz alta otra

vez, y que a esto se le había unido un desagradable tic en el labio inferior. No le importaba. La medicación podía irse a hacer gárgaras.

Tal como Jairo había postulado, el viaje podía ser dirigido. Tras unos segundos de concentración, la Escindidora-de-Amistades respondió casi con alegría a la llamada, emergiendo de ella el fuego azulado que ya se estaba haciendo familiar. Pronto su camarada quedó inundado por el mismo fulgor, y enseguida tanto Irune como el mago se habían agarrado a él, con la salvedad de que, por una vez, sabían a dónde se estaban dirigiendo.

Viajar entre dimensiones, como ya se ha comentado, es bastante más complicado de lo que a priori puede parecer. Hace falta un montón de energía y un montón de voluntad para controlarla; cuando se carece de ella los resultados del viaje suelen ser imprevisibles. Además, uno pierde la posibilidad de asistir al espectáculo, el cual puede contemplarse en primerísima línea. Si realmente existiera una “fila cero”, no cabe ninguna duda de que los tres camaradas se habrían situado en ella durante el tránsito. Todavía no se han creado los ordenadores capaces de generar los efectos especiales necesarios para representar el despliegue de formas, sombras, y sonido que requeriría describir el proceso completo de intercambio de universos. Baste decir que los tres estaban siendo arrastrados por fuerzas desconocidas, las mismas corrientes que circulan entre mundos, a velocidades muy superiores a las de la luz, y a la vez eran capaces de percibir nítidamente

todo el entorno que los rodeaba, como si estuvieran nadando a cámara lenta en un río en el que se mezclaban todo tipo de seres e ideas pues, por dificultoso que pueda resultar, entre universos viajan muchas más criaturas y cosas de las que nos podemos imaginar. Además, en aquel momento, el tráfico se había incrementado en un mil por ciento. No obstante, no es posible que se produzcan colisiones salvo en casos muy excepcionales: todos tienen su ruta trazada, sin poder desviarse de ella. El mago, el hada y el caballero se estaban aproximando a su destino. Ya divisaban el lugar al que habrían de acceder.

“Rescátame”.

Era una voz de mujer que todos escucharon con claridad.

El portal se había abierto. No iban a tener tiempo de ver a quién pertenecía la voz. Era el momento de salir.

Al poco, desaparecida ya la sensación de completa desorientación que acompañaba la salida de estos viajes, alumbrados por la luz que desprendía el hada y la vara del mago, el grupo se había reagrupado ya y comentaba en voz baja:

–Casi no puedo creerlo. Estamos en casa, y a punto de acabar con esto –  
Jairo había hablado primero.

–“Rescátame”. Qué cosa más extraña, ¿no? –comentó Irune.

–Es lo que Altea le dijo en sueños al caballero.

–Cierto. ¿Habrá sido Altea la que nos ha estado hablando todo el rato?

Si es lo que está sucediendo, no tenemos tiempo que perder.

–Ya, pero... “¿Somos los San Pancracios del Universo?” –replicó Irune.

–Suena extraño, ¿verdad? Espero que podamos encontrar una explicación a eso...

–Yo creo –dijo Jairo–, que podría deberse a algún tipo de distorsión espacio-temporal, que haría que la señal de Altea nos llegara... Trastornada.

–Tú y tus teorías... –bufó el caballero.

–Como tú con tu teatralismo, el mundo me ha hecho así...

–¡Mirad esto! ¡Uauh! –exclamó Irune–. ¡Es... Yo diría... Ominoso!

–Sobrecogedor, es la palabra que buscas.

–¡Bah! Jairo, no hay quien pueda contigo.

Los tres camaradas posaban ante el arco rocoso y tallado que representaba el portal de entrada a la dimensión de bolsillo. La guarida del dragón estaba en algún punto detrás de ella. O delante.

–Así que este es el portal que nos llevará directamente a la gruta de Reabor...

–En cuanto lo active, claro –aseguró el mago.

–¿Estás seguro? ¿No nos hemos equivocado de nuevo?–dijo el hada.

–No. Quiero decir que sí, que estoy bastante seguro.

–¿Cómo que bastante?

–Hombre, tendríamos que dar una vuelta por ahí, pero me parece que no hay tiempo. ¿Es que no confiáis en mí?

–Bueno, sí, pero...

–Este es el camino más rápido para averiguarlo. Si no es la gruta de Reabor, tendremos que empezar de nuevo.

–Jairo dice la verdad. No hay tiempo. Ahí fuera está tronando como lo harían veinte mil demonios del agua, lo que significa que, lo que tenga que estar pasando, ya ha empezado –repuso el caballero.

–Ya, pero... Todas las veces que hemos cambiado de universo hemos aparecido en lugares que muy similares unos de otros. ¿Cómo sabemos que éste se corresponde a lo que buscamos?

–No podemos saberlo, tan sólo podemos esperar que hayamos acertado, y yo tengo razones más que suficientes para opinar que ha sido así. En primer lugar, el viaje ha transcurrido sin incidentes. En segundo lugar, este sitio es clavadito al que vi por el telemetrófono.

–Ahí dice la verdad. Yo mismo lo he visto también –apoyó el caballero.

–Venga, vamos a intentarlo. No me interrumpáis, por favor.

–¡Espera! Antes de eso, ¿por qué no sacas una palomita de las tuyas?

Que reconozca la zona, y veremos lo que hacemos entonces –sugirió Irune.

Jairo se detuvo, meditando la cuestión.

–Parece razonable –apoyó el caballero.

–De acuerdo, de acuerdo. Como queráis. Todavía guardo la otra que no funcionó. Sólo tengo que activarla y...

Jairo sacó de su mochila el ingenio pergaminofléxico y realizó algunos gestos. Con un brillo de luces irisadas, la figura de papel comenzó a tomar vida. Jairo la aproximó al suelo y, susurrando una serie de órdenes, ésta comenzó a correr en dirección a la salida teórica de la cueva. Mientras, el mago se desentendió del tema y prosiguió con su plan.

–Si encuentra algo, volverá y nos lo hará saber –dijo.

Nadie había reparado en la presencia que, al detectar el estallido de color que anunciaba el retorno de los tres protagonistas, se había escondido tras una roca cercana a la puerta. Sin poder evitarlo, se frotaba las manos de emoción. Aquellos ingenuos se lo habían puesto en bandeja. Hacía rato que había tirado el libro a cascarla\*.

El hechicero se volvió hacia los viejos sillares y comentó a recitar para sí en una lengua extraña. Sus amigos miraban maravillados el proceso. Una luz dorada asomó entonces en el centro del arco y la voz del mago creció entonces de intensidad. Era el momento de proferir algún tipo de exclamación de asombro, incluso de alguna de esas frases que se supone que luego pasan a la historia convenientemente retocadas como “¡Joder! ¡Me he pillado los...!” o “¡Tanto apesta, apesta tanto...!” , mas, estando casi de vuelta de todo como estaban, optaron por quedarse callados, con la secreta

esperanza de que nada fallase esta vez. Demasiado cerca como para andar diciendo tonterías. Su amigo tocó entonces la roca en el espacio del arco y pareció vibrar y ondear como si fuera agua. Este se volvió e inclinándose, invitó a la pareja a atravesar con él, el umbral. Se dirigieron juntos hacia el arco, sin pensar en nada más hasta entonces.

–¡Espera! –dijo el caballero–. ¿No deberíamos haber esperado a...?

Ya era demasiado tarde cuando vieron aparecer a la palomita, dando saltos. Quienquiera que hubiese sido detectado, estaba entrando con ellos.

–Mala cosa. Está empezando a llover.

–Lo que nos faltaba.

–No seas pesimista, hombre. Mira. Por allí parece haber algo que se mueve. Vamos a ello.

“Ello” era gigantesco, de varios metros de longitud, todavía más de envergadura. No tenía ganas de dialogar, pero tampoco el Sumo Sacerdote tenía por qué saberlo. Aún estaba lejos. Además, a medida que se acercaban, se estaba difuminando en el paisaje, mezclándose con él. Todo esto estaba sucediendo un par de millas más allá de aquella misteriosa aparición; hasta entonces, la extraña pareja se había encontrado con unos cuantos relámpagos más, todos siempre a punto de golpearles, todos errando siempre en su blanco. Todos trayendo siempre un par de aquellas bizarras creaciones. El fiel

---

\* Conocida expresión troll que se emplea cuando un novato mete la pata durante la instrucción militar. Automáticamente, el que haya quedado afectado por la frase debe marcharse a la cantera más cercana y romper la roca más grande que vea

acólito se estaba preguntando cuánto más aguantaría la montura de su señor. No estaba muy preparada para los disgustos, por lo que él podía apreciar. Durante el camino que había seguido, se habían encontrado con pulpos rodantes en cuádrigas hexagonales, masas de gelatina horneada con pico y patas de pollo, humanoides con veintipico patas y todavía más brazos, todos mezclados sin orden, y una amplia variedad del catálogo de horrores del inconsciente posible e imposible. ¿Qué más les podía esperar? Ya estaban bastante cerca de su objetivo.

–Son molinos. ¿Nos acercamos a ellos? Haya o no haya algún ser vivo, difícilmente será peor de lo que nos hayamos encontrado hasta ahora. Además, podemos entrar para refugiarnos en ellos –el fiel acólito estaba pensando ya en volver a casa, más que en otra cosa.

El Sumo Sacerdote no respondió. Se había quedado quieto, con una expresión de terror mudo en el rostro.

–¿Señor? ¿Maestro?

–Va... Va... ¡Un dragón! –logró balbucear el sacerdote.

–¿Un dragón? Yo sólo veo molinos...

El clérigo, con un movimiento brusco de las cinchas, hizo girar en redondo a Rocinante. Aunque no entendía nada, el caballo obedeció ante el tirón que amenazaba con desencajarle la mandíbula. Una vez situado en sentido diametralmente opuesto, comenzó a galopar espoleado por el Sumo



Sacerdote, el cual, frenéticamente, había empezado a jalearse a su montura como alma que llevara Takimor.

–¿Dónde vais? ¡Volved! ¡Si sólo son molinos! –gritó el fiel acólito.

–¡Una mierda, molinos! ¡Es un dragón, gilipollas! ¿Quieres que te lo deletree?

Tan solo el fiel acólito había caído presa del encantamiento ilusorio de Reabor. En el lugar teórico de la entrada de uno de los molinos, el Taciturno se había tumbado dejando las fauces abiertas, con la clara intención de que los dos monjes penetraran por su propia voluntad. No es que fueran un bocado exquisito, pero podrían entretener sus estómagos durante un rato.

No contaba con que el Sumo Sacerdote pudiera ser capaz de averiguar el engaño.

El burro sobre el que montaba el fiel acólito decidió obedecer al superior de éste por su cuenta, y procedió a girar en redondo, corriendo a la máxima velocidad que sus patitas le permitían.

Reabor decidió levantar la ilusión. También, para horror del fiel acólito, decidió levantarse él mismo, agitando las alas. Esto iba a ser más entretenido de lo que había pensado.

–¡Midir nos coja confesados! ¡Un dragón!

–¿No te lo dije, idiota?

–No huyáis, mequetrefes... –bramó el monstruo–. Si no os va a doler...

Nadie pudo ver nada durante un rato. A pesar de haber viajado por montones de lugares, de haber sufrido infinidad de teleportaciones y demás formas de transporte mágico, todavía ningún erudito en magia había logrado evitar el efecto colateral de deslumbramiento y desorientación que llevaba implícito el cambio de lugar por aquellos medios. Ha habido, a lo largo de toda la historia, numerosos intentos que han incluido desde taparse los ojos a forjar unas lentes especiales capaces de proteger incluso del estallido de una bola de fuego, pasando por usar la faja de una suegra como antifaz. Nada ha sido efectivo. Algunos hechiceros han llegado a la conclusión de que el efecto es más intrínseco que extrínseco; la constitución humanoide no está demasiado preparada para tales viajes. Jairo activó un conjuro de reserva. Una pequeña llamarada surgió de su mano.

–¿Estáis bien? –susurró el mago.

–Sí, creo que sí –gimió el guerrero.

–¿Irene?

–Sí, estoy bien. ¿Qué ha pasado?

–Se ha perturbado el campo de teletransporte mediante la adición de estructuras lógicas no previstas. Lo había diseñado para tres inteligencias y se añadió una cuarta, como habéis podido comprobar.

–¿Y entonces?

–Pues que ahora no sé dónde hemos aparecido. Ya no estamos en la cueva, eso seguro, pero qué lugar es este, ni idea. Me llevará un rato calcularlo antes de poder deshacer el hechizo.

–Ya veo.

–¿Cómo no os habíais dado cuenta de que él estaba?

–De haberme percatado a tiempo, hubiera puesto alguna barrera...

Pronto varias antorchas habían sido encendidas y colocadas con habilidad en algunos huecos que dejaba la roca. Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la escasa luz. Se encontraban en lo que parecía otra cueva. El mago sacó de su mochila un pergamino, tres plumas, dos tinteros de color azul y rojo, una pequeña tabla de madera, un cuaderno de notas, un pequeño sextante, dos o tres raros artilugios que puso en posiciones significativas, una figurilla de dragón y una bolsa con frutos secos. Sus dos amigos lo miraban maravillados.

–¿Dónde tenías metido todo eso? –preguntó el guerrero.

–En la mochila –dijo con expresión tranquila el mago mientras comenzaba a garabatear en el pergamino una serie de ecuaciones.

–Pero, ¿cómo? –se extrañó el hada.

–Pues... el coseno diferencial es cero dos entonces... ordenándola bien...

–Es increíble. Pero ya no cabe nada más, ¿verdad?

–Pues no he sacado nada todavía. De hecho, me falta algo. Hay que reponer fuerzas.

Cogió entonces la mochila y sacó un odre y un vaso sirviéndose una buena cantidad de un líquido amarillo.

–¿Queréis? –ofreció.

–Dame un poco. Tengo sed.

Jairo le pasó el recipiente, del cual el caballero bebió con avidez. A los pocos segundos de tragar el líquido, escupió, con un gesto de acritud.

–¿Qué diantre es esto?

–Mi limonada. ¿Qué esperabas?

–Odio la limonada. ¿No podías haberla hecho más ácida?

–Lo intenté, pero no encontré los limones adecuados...

–Era una pregunta retórica.

–Ah. Lo siento.

–Bueno, chicos. Lamento interrumpir, pero, ¿no deberíamos averiguar qué ha sido del otro individuo?

–No podemos permitirnos el lujo de abandonar el lugar sin saber dónde estamos antes. Podríamos desperdiciar la energía que nos ha traído aquí, la cual todavía no sabemos si tendremos que usar. Por mí, ese individuo puede haberse quedado en los Nueve Infiernos –repuso Jairo.

–¿Cuánto tardarás en saberlo? –inquirió el caballero.

–Sólo es cuestión de hermanas. No tardaré mucho.

–Me temía que ibas a decir algo semejante –dijo Irune que empezaba a plantearse la posibilidad de quedarse absorta en la contemplación de una bizarra oruga.

Finalmente, mientras sus dos amigos jugaban a las prendas, Jairo consiguió averiguar su posición. Sólo tardó unos diez minutos.

–¡No os lo vais a creer!

–¿El qué? –preguntó el hada desde encima de la coraza, el yelmo y la mochila del caballero.

–Estamos encima de la gruta de Reabor. Sólo queda bajar.

–Pues en marcha –dijo el guerrero que empezaba a preocuparse por su mala suerte–, dejadme ponerme la armadura y enseguida bajo.

–Lo dudo.

Detrás de ellos, el cuarto pasajero acababa de agarrar con su guantelete metálico a Irune. Con la rapidez de un gato, apuntaba a la vez, con la espada desenvainada, al cuello de Jairo.

–¡Tú!

–Efectivamente, yo.

Estaba orgulloso de su montura. Había aguantado sin pestañear un buen montón de leguas, ni aún entonces mostraba indicios de sudar a pesar de las bardas de placas de metal que llevaba como protección en todo su cuerpo. Desde entonces no había perdido de vista al dragón, e incluso en aquel

momento en que se había quedado tumbado sobre el suelo el heraldo había sopesado la posibilidad de cargar con su lanza hacia él. Seguro que no le iba a hacer ninguna gracia. Pero los héroes jamás le han hecho gracia a nadie que se preciara de tener dos o más dedos de frente, ¿verdad? A unos trescientos pasos, el monstruo alado se había elevado por los aires; entonces había podido ver que no estaba solo: ¡perseguía a dos clérigos inocentes e indefensos! Cuando estuvo a una distancia segura, extrajo de su vaina el arco largo, sacó del carcaj una de sus flechas de lujo.

Cuidadosamente, apuntó.

Disparó.

Hay cosas que una persona en su sano juicio haría, ni en el más extremo de los casos imaginables. Esta podía ser una de ellas.

Por si fuera poco, su caballo decidió desplomarse por puro agotamiento.

La flecha se clavó con fuerza en el costado de Reabor. El dragón notó algo equivalente a la picadura de un mosquito. Suficiente para atraer su atención...

–¡Detén tu intento, malvada criatura! –chilló el heraldo, un tanto magullado por el golpe contra el suelo. Ya tendría tiempo de ocuparse de su montura. ¿Desde cuándo un héroe ha dependido de ella? Ahora que lo empezaba a pensar, más de uno...

Esto no estaba yendo bien. A un héroe de verdad no le suceden estas cosas. Sus caballos aguantan hasta el final.

-¿Qué está pasando ahí? –preguntó el fiel acólito.

-¡No mires! ¡Limitate a correr! –replicó el Sumo Sacerdote.

-¡Tenemos una oportunidad! ¡Alguien está plantando cara al dragón!

-¿Cómo?

-Lo que oís.

-¡Vamos para allá!

El fiel acólito no sabía si lamentarse o sorprenderse de la repentina valiente actitud del clérigo.

Sea como fuere, no quedaba más remedio que obedecer.

-Jairo, te recomiendo que ni siquiera pienses en lo que vas a hacer. No te gustaría la idea de dejar de planchar los cuellos de tus camisas.

-No... No llevo camisa.

-Peor para ti.

-Caldam... ¿Cómo has podido?

-¡Maldito seas! Déjame salir de este guante y verás lo que es bueno...

-Me temo que eso es imposible. ¿Qué, te gusta mi armadura de hierro?

-¿Qué es lo que buscas? –inquirió el guerrero.

-A ti. Me merezco una revancha, ¿no crees?

-¿Sólo es eso? ¿Todo porque te volví el jubón del revés?

-No entiendes nada. Tú tienes algo que me pertenece desde hace siglos.

–¿Ah, sí? –por lo que recordaba el caballero, su vida sólo se extendía un par largo de decenas de años. ¿A lo mejor algo más?

–Hubo un tiempo en el que Altea pudo ser mía, pero tuviste que aparecer con esa armadura, con esa espada... Pensamos que podríamos matarte, ¿sabes?, pero has resultado más duro de pelar de lo que nos imaginábamos. Y encima salió mal, ya que Altea entró en ese maldito sueño suyo del que no ha vuelto a salir. Ahora, gracias a mí, despertará de nuevo... Casi no puedo esperar a que caiga rendida en mis brazos. Aunque antes de eso, hay que cumplir con un pequeño trámite. Abajo. Ahora.

Algo volvió a agitarse en lo más hondo de la mente del caballero. Una presencia poderosa, inquieta por salir, que había estado reprimiendo hasta entonces. Los recuerdos pugnaban por ocupar su lugar al que pertenecían. Estaban despertando.

–¿Jairo? –dijo.

–¿Sí?

–Es mejor que hagáis lo que dice. Obedeced –su voz sonaba con un nuevo timbre de autoridad.

Así lo hicieron. No obstante, antes de bajar definitivamente el caballero reparó en que su captor llevaba un carcaj con flechas. Ya lo había visto antes, en Utrimar, pero no había sabido con qué relacionarlo. Ahora, sí.

–¿Qué estás mirando? –inquirió el del Alto Código.

–Fuiste tú. Entraste en mi casa y secuestraste a Altea.



–Muy observador. Pero no fui yo, exactamente. No siempre voy a hacer todo el trabajo...

Tras un descenso de unos cien metros, alcanzaron la parte central de la cueva del dragón. El piso no era demasiado escarpado; de seguro que eso se había debido a la multitud de necios que habían probado fortuna con el tesoro del milenario dragón. La parte alta del montículo en que se habían hallado daba a un camino flanqueado por dos paredes lo suficientemente altas como para que un enano no pudiera ver lo que quedaba detrás, aunque no tanto como para que los presentes tuvieran ese mismo problema.

A decir verdad, seguro que les habría gustado ver cómo el sendero descendía dando vueltas alrededor del túmulo de oro, magia y baratijas que conformaba el ajuar de Reabor. Una vez abajo, Caldam señaló un pasaje.

–Creo que te están esperando ahí –le dijo al caballero.

–Caldam, ¿dónde está tu Código? –rogó Jairo–. No puedes hacernos esto...

–¿Mi Código? He tenido un Código hasta que he recordado esta afrenta. Lo del jubón ayudó a reafirmarme... Mejor dicho, a no reafirmarme... ¿Crees que si lo hubiera tenido aquellos días, por poner un ejemplo, te habría robado el libro de tu biblioteca?

–¡Tú! ¡Fuiste tú!

–Claro. También fui yo. No había nadie más que pudiera acercarse a vosotros como yo podía. Yo he sido el traidor desde el primer momento

porque nadie lo tenía tan fácil. Además siempre he pensado que erais una panda de cándidos. Sin contar con que la cena aquella me vino muy bien para mis planes.

–Y, déjame adivinar... ¿La diarrea de Jinash también fue idea tuya?

–Irene, te merecerías un premio. A lo mejor te mato un poquito más rápido, ¿qué opinas?

–Que debería partirte un rayo ahora mismo.

–Por eso no quisiste acompañarnos –murmuró Jairo.

–Bueno, por eso, y porque pensaba... ¡Ejem!, conseguir algún favor de aquellas damas.

–Basta ya. Has dicho que en esa gruta, ¿no? Pues acabemos de una vez.

–¿No le vas a dejar ponerse la armadura? –dijo Irene.

–Al carajo con ella –contestó su amigo.

–Ese es el espíritu, caballero. Veamos si eres capaz de sostener la bravata.

–Caldam, te aseguro que como me suelte...

–Venga, Irene. No querrás que me enfade y apriete de verdad, ¿eh?

El caballero dirigió sus pasos hacia el lugar indicado por el villano. A medida que se acercaba, podía escuchar el creciente sonido de una respiración profunda, sobrenatural. Ominosa, habría dicho Jairo.

Del pasaje surgió, embutido en su manto negro, el esqueleto encapuchado. Miraba fijamente al caballero, aunque esta vez no tenía la intención de paralizarlo.

Mostró su guadaña reluciente.

El caballero desenfundó su espada. Todavía brillaba con el mismo fulgor latente que dimensiones atrás. Si seguía cortando como entonces, quizá tenía alguna posibilidad.

–Llevo mucho tiempo esperando este momento... –habló el esqueleto, con una voz extrañamente gutural.

Los contendientes se pusieron en guardia.

–Vaya, vaya... ¿Qué tenemos aquí? Otro pelagatos...

–¡Ríndete, cobarde! ¡Por el poder que me otorga el Rey, te conmino a que cezez en tuz actoz criminallez!

–¿Desde cuándo comer es un acto criminal? –inquirió, curioso, Reabor el Taciturno.

El heraldo guardó silencio. Esa no se la esperaba.

–Eh... ¡Bueno, pero zeguro que no pagar impueztoz zí lo ez!

Por decir algo. No sabía qué inventar. Un héroe tenía grandes frases para momentos como aquél, pero al heraldo no se le ocurría ninguna.

–¿Impuestos? ¡¿Impuestos?! Minucias de humanos... Ya no hay respeto a las escamas. Dile a tu rey que si quiere, que venga él en persona a cobrar todos los atrasos...

–¡Eztá bien! ¡Tú lo haz querido! ¡En guardia!

–Ya estoy “en guardia”, pequeñín.

–Bueno, puez... entoncez... – algo iba muy, muy mal. Este dragón lo estaba desconcertando sobremanera. Había que hacer algo, de todos modos, así que sin más gritó–: ¡Al ataaaqueee!

Sumo Sacerdote y fiel acólito se encontraban todavía alejados del lugar. No obstante, enseguida comenzaron los gritos, rugidos y golpes. Nadie podía asegurar desde allí quien sería el vencedor. En realidad sí, porque a cada dos ó tres mandobles del heraldo, los cuales parecían hacer poca mella en las durísimas escamas del dragón, éste le asestaba un pequeño golpe con el dedo, suficiente para dejarlo atontado a la par que girando sobre sí mismo. Tras media hora de tortazos sin sentido, y una extraña versión del juego de la gallinita ciega que podría haberse rebautizado con el nombre de gallinita borracha, el guerrero permanecía de pie, mareado; un hilillo de sangre corría por su mejilla y un par de golpes eran ostensibles en su rostro.

–Vamos –susurró el Sumo Sacerdote, mientras descendía de su montura–. Es nuestra oportunidad.

Iba en dirección al arco del heraldo.

–Está loco –murmuró para sí el fiel acólito–. Definitivamente loco.

–Criaturitas... Hay que ver lo poco que duráis –dijo el dragón–. Ahora...  
¿Dónde se habrán metido esos dos?

El avatar de la Muerte empezó llevando la iniciativa. Nada más chocar armas, se dejó sentir, más que oír, un leve zumbido por toda la cueva. Los aceros restallaban con unos crujidos estremecedores cada vez que topaban el uno con el otro. Hasta ahora el intercambio de golpes estaba resultando igualado, tan apático que cualquiera hubiera jurado que estaban calentando, más que combatiendo. El caballero permanecía impassible, casi se diría que aquella historia no iba con él, o al menos hacía todo lo posible por simularlo. Su enemigo esquelético mostraba la misma frialdad, añadida a la que ya de por sí conllevaba tener un rostro semejante; su nula expresividad craneal se había ensombrecido todavía más si cabía.

Eso era todo lo que Caldam, Jairo e Irune podían deducir de lo que estaban observando.

Por supuesto, estaba sucediendo mucho más.

No te resistas. Tus habilidades son una sombra de las que poseíste. Deja que acabe todo.

¿Cómo era esa expresión troll? Ah, sí. Ni hablar del peluquín.

Muy gracioso. Ninguno de los dos tenemos peluquín.

Pues ambos necesitaríamos uno.

Sigue bromeando, lo estás haciendo muy bien. Se te va la fuerza por la boca.

No estoy hablando. Ni tú tampoco. ¿No sería más lógico decir “se te va la fuerza por la mente”?

El caso es que se te va la fuerza, ¿vale?

Cometes un error de apreciación, pero bueno, allá tú. Oye, tengo una curiosidad. ¿Por qué te has ido cargando a toda la Hermandad, si no tenían nada que ver con el asunto?

Órdenes de arriba. Simplemente, ellos estaban en medio. Nada personal. Pretendía acabar con ellos de una vez para todos los universos, pero te escapabas demasiado deprisa. Mi prioridad era perseguirte. No me quedó más remedio que ir por partes. Dejando, por supuesto, a ese “Caldam”.

Hablando de Caldam, ¿qué es toda esa historia de que hace siglos que os queréis vengar de mí? ¿Qué he hecho yo? Más parece un asunto de celos sacado de quicio que otra cosa...

¿No lo recuerdas?

No.

¿En serio?

Que no, hombre. Quiero decir, que sí, en serio.

Otro golpe más. El esquelético adversario, abruptamente, había empezado a reír. Su carcajada sonaba lo más parecido a frotar dos piedras de yesca una a la otra a la vez que uno se ponía a cantar una canción de Pimpinela. Verdaderamente escalofriante.

El caso era que la memoria del caballero siempre había sido algo difusa. En realidad, tenía la impresión de haber estado cuidando de Altea durante toda su vida; todo lo demás había carecido de sentido. De acuerdo, recordaba el momento en que conoció a Jairo, aquella vez que se habían salvado mutuamente de una horda de trolls... Otra ocasión en la que ambos habían estado conversando largo y tendido elaborando para encontrar un escondrijo suficientemente adecuado para que nadie pudiera conocer el paradero de Altea, Jairo lanzando el hechizo de Invisibilidad Involuntaria, Irune, Jairo y él mismo efectuando el traslado de todos sus bienes a su hogar del bosque, la construcción del pelele, las cenas en la torre del mago... Jairo era joven e inexperto entonces, pero él...

Él no había cambiado en absoluto. Además, ¿cuándo aprendió a manejar la espada? Ni siquiera recordaba haber tenido un maestro. Todos los espadachines tienen uno, hasta los más ceporros. Demasiados interrogantes. ¿E Irune? ¿Cuándo conoció a Irune? Según sus cálculos, hacía muchos más años de los que él asumía como “edad”. Las hadas eran tan antiguas como el mundo, hasta que soñaron que había otros inferiores a ellas... Irune y él se habían conocido en un bosque, en el que él buscaba a... Buscaba a Altea. Alguien la había secuestrado, una bruja... La hechicera lo había atraído a su antro para invitarlo a comer, allí había intentado hacer un trato con él, ella le serviría para siempre, y a cambio él se olvidaría de Altea... Y le daría...

Le daría poder.

Pero eso no era posible. Él nunca había tenido poder. No más del que pudiera tener Jairo con su magia.

No obstante, Irune y él habían atravesado una puerta, la puerta que llevaba a otros mundos... La había abierto él.

Si Irune había estado con él entonces, ¿por qué no se lo había dicho?

Puede que las hadas no tengan memoria, propiamente dicha. La verdad era que sabía poco de ecología sílfica. La puerta la había abierto él...

Así que sí tenía poder.

Ya era hora, dijo una voz en su interior.

Ya era la hora.

Por fin sabía lo que hacer para solucionar este asunto.

¿Cómo no lo había visto antes?

Altea, se dijo, voy a rescatarte.

Los tres testigos silenciosos pudieron ver cómo el caballero bajaba intencionadamente su espada. El avatar de la Muerte no dudó un instante en asestarle un golpe letal.

En el momento que la guadaña impactó en su cuerpo, la figura del guerrero se desvaneció en la nada. Su cuerpo se desmoronó en pedazos.

–¡Nooooo! –gritó Irune.

Su contrincante se acercó con precaución a los restos. Todo lo más, restos de su armadura. Incluso se había marchitado la luz de la Escindidora-



de-Amistades, tal como, de una forma figurada, le acababa de suceder a su dueño. Incluso probó a pisotear un poco las grebas y el acero.

Ahí no quedaba nada. Miró a Caldam.

–Me marchó. He cumplido mi parte. Ahora, espera al dragón y cumple la tuya.

En algún lugar de ahí Más Afuera, el melocotón podrido en que se había convertido nuestra esfera de realidad se había resquebrajado por completo. A duras penas, Altea trataba de contener lo que ya era imposible. Como una jarra llena hasta el borde que han dejado bajo el grifo abierto, las Cosas que Podrían Ser se estaban desparramando por todos lados; no tardarían demasiado en llegar a los infinitos universos y arrasar con todo. Los seres que estaban a punto de nacer fluían por entre sus entrañas como si estuvieran atravesando gelatina, remoloneando burlones hasta que emprendían su camino hacia alguno de los lugares del multiverso. Su forma espiritual trataba de cerrarse cada vez que esto acontecía, pero ya no quedaba poder. Eran demasiados. Estaba lacerada, agotada. Se sentía desahuciada y, siendo sinceros, tenía toda la razón. Por sorpresa, notó el tacto de una mano que se acababa de posar en su hombro.

–Ven conmigo, Altea –habló.

–¿Quién eres? –replicó ella.

–Me suelen llamar La Muerte.

-Encantada. Ahora, si no te importa, tengo trabajo.

-Altea...

-¿Qué?

-No finjas que puedes evitar lo inevitable. Es hora de descansar. Es hora de despertar.

En cierto modo, no se equivocaba. Todo lo que le quedaba era tratar de engañarse a sí misma pensando que iba a ser capaz de contenerlo todo.. Ya no merecía la pena malgastar las pocas energías que le quedaban. El fin estaba cerca, y ella había hecho lo que había podido. Encima, su amor no había respondido a su llamada...

-De acuerdo...

Jairo se había quedado quieto, sentado en el suelo. Era de aquellos momentos en los que las piernas no le respondían a uno por muy tozudo que se pusiera. Caldam, sin soltar a Irune, se había permitido el lujo de relajarse un poco. Estaba convencido de que, tal como habían quedado las cosas, pocas ganas iban a quedarles a sus prisioneros de intentar escapar o hacer alguna otra cosa. Quizá era ocasión para iniciar alguna charla intrascendente.

-Arriba ese ánimo, hombre -dijo-. Total, más tarde o más temprano habría sucedido. Que yo sepa, nadie ha derrotado jamás a la Muerte. Es como si fueras a una rifa en la que el premio es la vida y se hubieran vendido todos los boletos...

–¿Por qué no nos matas de una vez? –murmuró Jairo.

–Qué desagradable. Uno pretende ser simpático, y ya veo cómo me lo pagas. Pues, ya que lo mencionas, no me hará falta repetirte que todavía esperamos al dueño de esta casa. Cuando regrese, vosotros seréis su alimento.

–¿Por qué no sueltas a Irune? Dudo que ella, con su tamaño, pueda ocupar un solo diente de Reabor.

–¿Y daros la posibilidad de escapar? ¿Es que te has pensado que soy tonto? Cuando regrese el Taciturno, veremos lo que pasa.

Irune no había dicho palabra desde que el caballero había desaparecido. Había hecho un esfuerzo titánico por contenerse, con la contrapartida de que aquello no le permitía hablar. Probablemente no le permitiría hablar en un montón de días. Probablemente...

¿Qué era eso?

–Irune... –Jairo intentaba reanimarla de la mejor forma que conocía. Lo malo era que no conocía ninguna.

La sílfide no respondía.

–¿Irune? ¿Estás bien?

Con una mirada lánguida, la pequeña hada asintió. No, no está asintiendo, pensó Jairo. Me está señalando algo.

Tenuemente, la Escindidora-de-Amistades estaba brillando de nuevo.

–Vaya, vaya... Así que estáis ahí. ¿Qué es ese palillo que sostienes? Anda, dámelo. ¿No ves que te vas a hacer daño?

Reabor había encontrado de nuevo a sus juguetes. El Sumo Sacerdote, aprovechando la confusión, se había acercado al caballo del Heraldo del Rey, el cual no había variado su postura inerte en absoluto, y había cogido la pesada lanza de caballería. Poco después, se había subido de nuevo a Rocinante, y se había preparado para la carga. A la par que él, el fiel acólito había recogido el arco y las flechas, caídos en el suelo, que había dejado al atacar al dragón con la espada, y ahora apuntaba temblorosamente con una flecha más o menos bien puesta en su sitio.

Debe aclararse que un clérigo, como mandan los cánones de los universos de fantasía, jamás empuña un arma que tenga filo o punta capaz de hacer sangrar a su enemigo por regla general, y los acólitos de Midir no eran una excepción\*. No obstante, cuando la necesidad apremia, y éste era el caso, el instinto de supervivencia te hace coger lo que tengas a mano, y ya habrá tiempo después para purgar los pecados. Midir, afortunadamente, da mucha manga ancha.

–Vamos, abuelete. Trae aquí ese mondadientes.

El fiel acólito sostenía su arco más con intención de intimidar que con intención de disparar. Aunque, pensándolo bien, el intimidado era él, sin duda alguna. El Sumo Sacerdote le dirigió una mirada, mezcla de terror,

---

\* De hecho, toda arma que se les permitía usar se limitaba, como mucho, a una sartén de cocina.

desesperación y heroica locura. Volviendo de nuevo la vista al dragón, espoleó a su caballo y arremetió contra Reabor.

Éste había preparado su garra, a modo de matamoscas.

Por puro nerviosismo, el acólito soltó la cuerda que tensaba la flecha.

Ésta se ensartó en la palma de la garra. Reabor lanzó un gemido de sorpresa. Contempló la herida unos segundos y dirigió de nuevo la vista al suelo. Había perdido de vista al anciano, pero no tardó mucho en volver a verlo.

De hecho, lo vio justo en el instante en que el Sumo Sacerdote aprovechaba para impactar de lleno en el vientre del dragón.

El grito que siguió al golpe bien podría haberse escuchado en un radio de varias leguas, superando en decibelios todas las escalas de medición conocidas.

No obstante, el Taciturno no era tan fácil de matar, y rápidamente se había recuperado de la dolorosa impresión para arrancarse la lanza llevándola a la altura de sus ojos; además, había atrapado al clérigo que iba pegado a ella. Los dos hombres se habían quedado petrificados, más asustados de su hazaña que envalentonados por ella.

–Ha... ha sido sin querer... –balbuceó el fiel acólito.

–E... eso mismo –corroboró el Sumo Sacerdote.

–Claro. Es como lo que voy a hacer os yo ahora mismo. Os voy a comer sin querer.

Fue entonces cuando el cielo empezó a rasgarse del todo.

Altea abrió los ojos. Lo primero que vio a su alrededor fue una estancia austera, bastante descuidada, toda decorada con extrañas pinturas que mostraban formas sin sentido y retratos de gente desconocida. Desde luego, si se trataba del hogar de su amado caballero, éste había demostrado tener un pésimo gusto a la hora de decorarlo.

No obstante, pronto notó que no se podía tratar de eso. Frente a ella, se encontraban de pie dos figuras. Una de ellas vestía como única prenda una túnica negra, con capucha. Ésta le ocultaba el rostro. La otra lucía un vestido de lentejuelas rosas y parecía, más que maquillada, alicatada hasta las cejas. Mostraba un tic en el labio inferior. Y no se había depilado el bigote. Sonreía. Fue la primera en hablar.

–¡Por fin! ¡La victoria será nuestra!

–¿De qué vas? –preguntó Altea.

En otro lado, un mago experto en teoría de la magia aunque más bisoño en el arte de hacer un poco de tiempo, iniciaba su estrategia. Ayudaría un poco saber para qué demonios había que hacer tiempo, mas tampoco podía entablar una conversación con Irune sobre el susodicho tópico. Era la ocasión de improvisar, y eso se le daba muy mal.

–Ya que no vas a dejarnos escapar, ¿serías tan amable de aclararnos lo que está sucediendo? No me gustaría morir sin saberlo.

–Venga, porfa –añadió Irune.

–Está bien. No veo qué mal puede hacer. Todo esto es idea de una hechicera cuyo nombre ni razones voy a revelar. Por lo que sé, hace años trazó un plan para atrapar en sus redes al caballero, pero éste se resistió con valentía. Por medios que desconozco, se enteró de que éste era el guardián de la Dama de los Sueños, aquel al que tanto tiempo andábamos buscando la Muerte y yo mismo. Conociendo las implicaciones...

–Un momento. ¿Qué implicaciones?

–¿No conoces la profecía?

–¿Qué profecía?

La conocían ya, seguro, pero el plan estaba funcionando y no era cuestión de echarlo a perder.

–La que dice: “El mundo se habrá de volver del revés cuando la dama dormida despierte de su letargo y no encuentre al sin nombre a su lado. El Ser de Todas las Cosas será agitado en la coctelera cósmica y el hombre dejará de soñar con la vecina de enfrente, huirá de sí mismo, no dejará a sus semejantes que paguen la cuenta, los elfos dejarán la ecología como modo de vida, y la Parca segaré de nuevo, con la Dama sentada a su diestra”.

¿Lo cogéis ya?

–Pues...

–¡Claro! Eso es... Lo que el caballero había dicho. Altea se lo había repetido en sueños, pero no lograba recordarlo. Por eso tenía que rescatarla: ¡porque hay que salvar al mundo! –Jairo trataba de sonar lo más convincente que su capacidad le permitía.

–Bravo. Lamentablemente, eso ya no podrá ser posible. Por lo visto, Altea y el caballero estaban unidos por una especie de vínculo que sólo la Muerte en persona podía romper, cosa que ya habéis comprobado que ha sucedido. Al quebrarse el vínculo, Altea queda libre para dar rienda suelta a su venganza... Me explico; Altea desea vengarse de los dioses por haber permitido que permaneciera tantos siglos en ese estado de somnolencia, así que, ¿quién mejor que la Muerte para canalizar esa venganza? Ahora que Altea está despierta, nadie controlará los sueños del mundo, y todas aquellas Cosas que Podrían Ser, las cuales estaban prisioneras por voluntad de Altea, quedarán libres. No habrá espacio para la realidad que conocemos.

–Así que, pase lo que pase, vamos a morir...

–Bueno... No todos, ¿entendéis? Algunos vamos a salvarnos.

El suelo de la cueva comenzó a temblar.

–¿Veis lo que decía? Esto se va a ir al garete. Por cierto, tu libro, que ahora se encuentra en algún lugar del tesoro de Reabor, nos fue muy útil para encontrar el escondrijo de la pareja. Te dejaría recogerlo pero, ¿de qué te va a servir?



El temblor se hizo más fuerte. El suelo estaba empezando a resquebrajarse.

–Caldam... ¿No deberíamos salir de aquí o, al menos, buscar un lugar más protegido que éste? Aunque sólo sea por salvaguardar tu propio pellejo – sugirió Jairo.

Ya no hubo tiempo para más. El temblor alcanzó una intensidad capaz de romper cualquier sismógrafo. Las paredes de la cueva se partieron en mil pedazos, el suelo comenzaba a desintegrarse bajo los pies de los tres presentes. No se trataba de un terremoto corriente.

De hecho, pronto vieron a quién lo provocaba.

El plan había funcionado a la perfección.

Reabor observó con atención el espectáculo. Miles de formas, si así se las podía llamar, caían del cielo en sustitución de relámpagos y gotas de lluvia. Una oleada de irrealidad comenzaba a invadir la atmósfera, y amenazaba con empezar a afectar también a todos los presentes allí. Una sola criatura irreal no es capaz de causar semejante mal, pero cuando se trata de millones de ellas, arrastran todo lo que encuentran a su paso como un río que decide darse un paseo por las afueras de su cauce. Adicionalmente, como tal río, estaba dispuesto a llevarse de fiesta a todo lo que pasara por su camino. El monstruo, los dos ancianos y sus monturas quedaban en el mismo centro de ese camino. No había tiempo para pararse a comer. Ni de preocuparse por

aquellos dos que se habían quedado inconscientes. El dragón tomó una determinación.

Sin soltar a su presa, alzó el vuelo. Era el momento de regresar a casa.

Al fiel acólito no le quedaban muchas opciones. Podía quedarse allí, y ver cómo aquellos horrores se divertían modelando su carne como plastilina...

O podía intentar algo desesperado.

Con la celeridad que sus artríticas piernas le permitieron, corrió hasta su burro. En algún sitio había dejado una cuerda. Nada más encontrarla, la ató al extremo de la flecha. De nuevo, la colocó como pudo en el arco.

–Lo siento, amigo mío –susurró a la oreja del obstinado aunque fiel animal.

Un relincho a su espalda le indicó que no sólo a él había que confortarlo.

–También lo siento por ti, Rocinante. No os preocupéis. Volveré.

Cuando estuvo seguro de que, estadísticamente, su temblor de brazos apuntaba al lugar correcto, disparó.

La flecha, en un alarde de buena suerte cósmica, fue a clavarse entre dos escamas de la piel de Reabor sin que éste notara siquiera el picotazo. La cuerda había comenzado a deslizarse a gran velocidad, a la par que la saeta había salido volando. Pronto quedaría fuera del alcance del acólito, si no hacía algo al respecto. Debería comprobar si está firme, pensó la parte más sensata del cerebro del fiel acólito.

A la mierda, pensó su parte intuitiva. Ahora o nunca.

Agarró la cuerda.

Con un tirón que le hizo temer por sus brazos, el fiel acólito se elevó por los aires.

No era cuestión de abandonar.

Aunque se había olvidado de una cosa.

Como el caballero, también sufría de vértigo.

–ESTOY MUY, PERO QUE MUY CABREADO.

Una versión diez veces mayor en proporción del camarada de Jairo e Irune se había abierto paso a través de la roca. Aparentemente, había usado sus propias manos. La sílfide no había podido evitar dar un grito de alegría. Jairo se había quedado de roca pura. Entonces, el caballero había agarrado a un sorprendido Caldam y amenazaba con arrugarlo en su puño como si se hubiera tratado de una hoja de papel. Con la impresión, el caballero del Alto Código –habría que decir ex-caballero–, había soltado tanto a Irune como a su espada.

Ahora, desnudo y todo como estaba, su amigo resultaba realmente amenazador.

Un dios, pensó Jairo. ¿Por qué los dioses no se ponen ropa?

–¿QUÉ VOY A HACER CONTIGO? –bramó el guerrero, dirigiéndose a Caldam. En el fondo, éste sabía que se trataba de una pregunta retórica.

–¡No hay tiempo de eso! –chilló Jairo–. ¡Hay que encontrar a Altea!

Irune había desaparecido, revoloteando entre tanta confusión.

–AHORA LO RECUERDO TODO... HAS OSADO AMENAZAR AL GUARDIÁN, NECIO. NO DUDES POR UN MOMENTO QUE NO VAS A PAGAR...

–¡Tenemos que salir de aquí! ¿No puedes ponerte melodramático más tarde? –reiteró Jairo.

–TIENES RAZÓN. ¿DÓNDE ESTÁ EL LIBRO?

–¿Buscabais esto, chicos?

Irune, con aspecto de hacer un esfuerzo importante, sostenía en lo alto el grimorio con el Conjuro Avanzado de Invisibilidad Involuntaria propiedad de Jairo.

–Manos a la obra –dijo Jairo.

El Heraldo del Rey estaba aprendiendo por la vía más corta cuál era el precio que debían pagar los héroes, sobre todo los más incautos. Una criatura con no-forma de grifo monomando enrollado en un amplificador de música se había dedicado a hacer escultura abstracta con su brazo. Mientras, un leorrinoeledelfín había arrancado su otro brazo y había decidido que quedaba mucho mejor incrustado en medio de la frente.

Decenas de no-seres igual de inenarrables habían puesto manos a la obra convencidos de que algo tan inenarrable como ellos habría de aprovecharse en aquel cuerpo. Entre tanto, Rocinante y su compañero equino se habían

retirado, lo más discretamente posible, a algún lugar más tranquilo. Tarde o temprano tampoco habría salvación para ellos.

El Sumo Sacerdote se había resignado a su destino. Durante el vuelo, Reabor estaba comentando las excelencias de no sabía qué manjar occidental consistente en, por lo visto, un palillo con un montón de carne ensartada a la cual el dragón iba a someter a una especie de cremación instantánea. Bramaba no sabía qué de su aliento, al parecer llevaba mucho tiempo sin respirar fuego y ya le apetecía. Había optado por asentir a todo, como se asiente a un tonto, y esperar a que llegaran a la cueva para que acabara todo. ¿Cómo se le había ocurrido que dos viejales como ellos pudieran hacer frente a un dragón? Ni siquiera en sus tiempos más alocados, los cuales habían durado más de lo que le dura la edad del pavo a un niño pijo, se le habría ocurrido semejante estupidez. Todo por hacer caso de una maldita profecía. Todo por seguir a su intuición. Su intuición no le había fallado nunca, aunque ésta, la primera vez que lo había hecho, le había fallado más que la escopeta de una feria. ¿O no?

¿Qué era eso que colgaba de su pata?

—¡Socorrooooo!

El fiel acólito no sabía si mantener sus ojos abiertos o cerrarlos. Seguir contemplando el abismo que le esperaba abajo, caso de que flaquearan sus fuerzas, no era nada comparado con imaginar los horrores que igualmente le

esperaban si se producía la fatal caída. En cuestiones de miedo, la imaginación gana por goleada a la mera realidad. O a la falta de ella.

No te sueltes. No te sueltes.

El Sumo Sacerdote lamentó la sorprendente falta de sentido común de su acólito. No era suficiente con que él hubiera tenido ese acceso de locura transitoria, a aquellas alturas también su tradicionalmente cabal fiel sirviente había caído víctima de su propio exceso de confianza. O a lo mejor era el Final Apocaltéosico. Se desconocía hasta qué punto podía distorsionar las cosas. Si se suponía que los elfos iban a dejar el ecologismo, tampoco podía ser descabellado afirmar que los clérigos de Midir comenzaran a hacer estupideces como, por ejemplo, enfrentarse a un dragón casi milenario. Sea como fuere, estaba pagando la falta de horas de lectura por su parte. Un precio quizá demasiado alto, a su juicio. Todo esto había tenido un tinte demasiado absurdo, así que hasta sonaba lógico que el final fuese igualmente absurdo.

Ahí estaba la clave. Todavía tenían una posibilidad.

Como su acólito, el Sumo Sacerdote inició una plegaria. A lo mejor su intuición no se había equivocado.

No te sueltes.

–Dame tu mano, Altea.

-De eso nada. ¿Quién eres tú? ¿Dónde está mi novio? ¿Quién es esta pelandusca?

-Todo a su tiempo -repuso la Muerte-. Ahora tenemos mucho que hacer.

-¿Y si no me da la gana?

La Muerte se llevó el pulgar y el índice de una mano a las cuencas de unos ojos inexistentes. Por la voz, tenía aspecto de estar muy, muy cansada.

-No hay opción, ya te lo he dicho.

-No recuerda nada. ¿Quieres un poco de mi medicación? -preguntó, interesada, la hechicera.

-Es un efecto subyacente a su estado anterior. Como el otro, sus memorias han quedado latentes en espera de que algo las despierte. Es por eso que debes coger mi mano.

-¡Y dale con la empentada! ¡Que te he dicho que no!

-Altea -razonó la Muerte-. Debes hacerlo. Debes recordar la afrenta que los dioses han hecho contra ti.

-“¿Empentada?” ¿Qué es eso de “empentada”?

-No sé de qué me hablas. Y significa “empujón”, que es lo que te voy a dar como me sigas tocando las narices.

-Los dioses te dejaron en ese estado. Ellos decidieron que la Señora de los Sueños debía velar por ellos... Dormida. Se te negó el derecho a disfrutar de tu amado como te hubieras merecido. Te ofrezco mi mano para que lo

recuerdes... Para que reclames lo que te pertenece. Ya has intentado salvar al mundo en espera de que llegara él. Bien, eso no ha acontecido. El mundo se desmorona, mas no lo debe hacer solo. Debes ayudar.

–Mirad –aclaró Altea–, yo no me voy de aquí sin mi novio, ¿estamos? Esas patrañas os las podéis meter donde os quepa. Si hace falta esperar, esperaremos. Lo que tengamos que hacer lo haremos después. Y punto-pelota.

La hechicera se giró hacia su acompañante.

–¿Qué habrá querido decir con eso?

–Anda –dijo la Muerte–. Ve a tomarte tu medicina.

En Ilamea las cosas no estaban yendo mucho mejor. La horda de perversidades ya había alcanzado los muros de la ciudad, e incluso varias de ellas habían penetrado en su interior. Envejecida, desastrada, con sus habitantes convertidos en zombis debido al inmensamente fútil esfuerzo de Altea, se dejaba penetrar por oquedades, rendijas, ventanas, tejados... La verdad era que poco quedaba por destruir, ya que la misteriosa oleada de decaimiento prematuro, consecuencia secundaria de los fútiles intentos de Altea por salvar los infinitos universos, había hecho buena parte de ese trabajo. No obstante, si las ciudades fueran capaces de tener presentimientos, ésta iba a tener uno: las cosas se iban a poner mucho, mucho peor.



Acompañando a aquellos seres, el mismo tejido de la realidad se estaba retorciendo a su camino. Nadie hubiera querido imaginarse lo que estaba a punto de suceder, una vez llegara esa torsión a Ilamea.

–Ya tengo trazado el camino. Sólo queda salir de esta dimensión de bolsillo. Caballero...

–GUARDIÁN, POR FAVOR. ES MI NOMBRE.

–...Guardián, ¿podrías coger tu espada? Necesitamos salir de aquí.

–MI ESPADA YA NO ES NECESARIA. ADEMÁS, SE HA ABIERTO EL TEJIDO QUE SEPARA AMBOS MUNDOS. PODEMOS SALIR DE AQUÍ SIN MÁS.

–De acuerdo. Vamos entonces.

–Guardián –intervino Irune–, ¿no podrías... adecuar tu tamaño? Tienes un aspecto muy raro así.

–COMO QUIERAS.

Una de las muchas ventajas de ser un dios es que eso te permite ser tan amenazador como te apetezca. Apartando a Caldam a un lado, el Guardián comenzó a disminuir su tamaño. A medida que lo iba haciendo, su piel se estaba transformando, fluyendo como el mercurio, hasta dar con una imagen más familiar para sus amigos. Volvía a lucir su armadura completa, volvía a ser el caballero que Jairo e Irune habían conocido, aunque existían diferencias sutiles. Todo su porte estaba imbuido de poder, uno primigenio, aterrador. Su

armadura ya no era tal; era él mismo. Incluso apareció una espada en su mano, una especie de Escindidora tal como la conocían antes, mas ahora parte intrínseca de su ser, un apéndice de sí mismo. Todo él refulgía con un ligero resplandor azulado. Las llamas, pensó Jairo.

–¿Mejor así? –preguntó.

–Eh... Sí, sí. ¿Qué va a pasar ahora con tu espada?

–¿Cuál? Ah, mi vetusta compañera... Podéis quedároslo como recuerdo.

–Bah. Lo dejaremos ahí.

–Cuando queráis, entonces.

–Espero que nos expliques lo que está pasando –comentó Jairo, a la par que iniciaba los gestos necesarios para lanzar el hechizo que los llevaría a su destino. Era curioso. El Guardián, su antiguo camarada, no había perdido un ápice de su dramatismo de opereta. La costumbre, sin duda.

–Más tarde. Una cosa, Jairo. Tengo que decírtelo antes de que se me olvide.

–Todo lo que quieras.

–Ya sé lo que dejaste en prenda.

–Oh... Eso...

–No te preocupes. Tu secreto está seguro. Y me figuro que tus calzones también.

–Me encanta que no hayas perdido tu sentido del humor. ¿Cómo lo descubriste?

–Cuando caímos en la trampa de los Yghuocs. Dentro de la red.

–Claro. No se me había ocurrido...

–Un momento. ¿Qué pasa conmigo?

Era Caldam. Disimuladamente, había recuperado su espada e incluso se había armado con la vieja Escindidora. Estaba dispuesto a presentar batalla hasta el final.

–¿Contigo? –dijo el Guardián, amenazador–. Tú te quedas aquí.

–De eso nada. Luchemos.

–¿Pretendes luchar con mi propia espada? Eres más torpe de lo que imaginaba.

Alzó una mano. La Escindidora, pese a no hablar, era una espada bastante más inteligente de lo que parecía. Eso sin contar con que había estado unido a su señor durante mucho, mucho tiempo. Tanto, que había que ser muy tozudo para obligarla a un acto tal como, por ejemplo, morder la mano que la había portado. Al gesto del Guardián, el acero comenzó a vibrar. En realidad no era debido a ningún efecto especial, tan solo era que Caldam intentaba resistirse a lo que estaba sucediendo, algo que inevitablemente iba a pasar. La espada estaba girando hacia el cuello del guerrero, lentamente.

Caldam intentó interponer su acero entre la Escindidora y su cuello, pero descubrió con estupor que hacía rato que no llevaba su espada. En lugar de ella había aparecido una zanahoria. Ésta fue cortada con facilidad.

–¡Me... me rindo! –chilló finalmente.

–Bien –respondió el caballero. La espada se detuvo–. Vas a quedarte aquí.

–Voy a quedarme aquí.

–Esperarás al dragón y le dirás que has fracasado.

–Esperaré al dragón y le diré que he fracasado.

–Así me gusta. ¿Jairo?

–El conjuro está listo. Nos vamos cuando queráis.

–El conjuro está listo. Os iréis...

–No quiero que repitas eso, estúpido.

–Me estás dando escalofríos –dijo Irune.

–De eso se trata, precisamente –repuso el Guardián.

–No tengo necesidad de explicártelo una segunda vez. Estás despierta, lo que quiere decir que tu amado ha muerto. Los sueños del mundo han muerto, mejor dicho, han sido liberados para que invadan el multiverso. Tu lugar está ahora al lado de él. O de ella. De ello, nunca he sabido si tenías sexo –comentó la bruja, volviéndose hacia su acompañante.

–La explicación de Ganiria es bastante aproximada.

–¿Cómo que bastante aproximada?

Altea se encontraba desolada. Ya era bastante impresión despertar y encontrarse con dos seres semejantes –sobre todo la señora del bigote–, como para encima saber que aquel que había sido su fiel compañero había

perecido. Las fuerzas le estaban fallando. Se había apoyado en el altar que minutos antes había servido como lecho.

–No he detectado el alma del caballero. No he sentido la necesidad de viajar allí donde ha encontrado su destino. No obstante, mi Avatar ha confirmado el deceso, así que puede afirmarse que sí, que ya no existe para nosotros.

–Ah, bueno. Altea, ahora debes presenciar el Final. Estás deseando vengarte de todos los que te han causado esto. ¿No es cierto? ¿No sientes el odio consumiéndote? ¿No deseas que los dioses, la humanidad, paguen por el mal que te han hecho? Si me hubieran impedido estar junto a mi amado durante un montón de siglos, haría lo mismo. No tienes por qué sentirte culpable.

–¿Me darás tu mano ahora? –inquirió la Muerte.

Ya no tenía nada que perder. Y la condenada bruja tenía razón. Ya habían sido demasiados agravios. Era hora de que alguien pagara.

–De acuerdo.

Las manos del fiel acólito habían empezado a sangrar por el contacto con la soga que lo unía a Reabor. El dragón había acelerado súbitamente, al parecer ya divisaba su hogar y no le estaba gustando nada lo que estaba viendo. Toda la montaña estaba arrasada. El tirón había estado a punto de arrancar de cuajo las muñecas del clérigo. Todavía se estaba preguntando

maravillado cómo había podido aguantar de esa manera. A veces el miedo también es el mejor remedio. Por lo menos, pensó, el Sumo Sacerdote sigue vivo. ¿Por qué estará sonriendo? ¿Se habrá vuelto loco del todo? Demasiadas preguntas. No se hacía la más ligera esperanza de que fueran a tener contestación.

Sin embargo, iba a ser así.

Como si hubieran tirado de sus dos hemisferios cerebrales, cada uno en sentido opuesto al otro, así se estaba sintiendo Altea al recibir el contacto de la Muerte. Se estaban apartando para dejar paso al torrente inmenso de recuerdos que debían ocupar su lugar correcto. Memorias del inicio mismo de los tiempos, en que los dioses eran una pandilla de vagos ociosos que, por algún error, se habían puesto a trabajar en la construcción del universo que hasta entonces había conocido, para seguir siendo más adelante la misma pandilla de vagos ociosos. Se habían lucido, por lo que Altea había podido apreciar. Sobre todo con la estúpida idea de que la Dama de los Sueños tuviera que estar dormida para velar por el sueño de los seres pensantes. ¿A quién se le podía haber ocurrido semejante cosa? Desde luego, ése era el primero sobre el que Altea pensaba derramar toda su furia.

Aunque, pensándolo fríamente, si no hubiera sido así, ese hatajo de inútiles tampoco habría tenido jamás la necesidad de crear un Guardián...

Todo demasiado absurdo. ¿Con qué fin? ¿No hubiera sido más sencillo dejar las cosas como estaban, dejarlos en paz, que nacieran, crecieran y se quisieran sin que nadie molestara, como le pasaba a todo el mundo?

Daba igual. Ya no quería respuestas.

La realidad se estaba emborronando, como un óleo sobre el que han dejado caer un bote inmenso de aguarrás. El Apocalteosis estaba sucediendo sin que nadie lo impidiera. Un nuevo lugar de caos, de potencialidad continua, sin visos de estabilización, se había adueñado de todo. Ya sólo faltaban los dioses...

Jairo, Irune y el Guardián se materializaron en el centro del tifón de irrealidad. Allí estaba Altea, sentada en una especie de trono de huesos, a la derecha de lo que parecía ser una versión perfeccionada del avatar esquelético que habían encontrado atrás. No había lugar al que agarrarse. Tan solo Irune era capaz de sostenerse merced a sus alas. El Guardián parecía ignorar todo el torbellino de desorden que bullía a su alrededor. Jairo había hecho lo posible para agarrarse a su espalda.

Sin embargo, el terror estaba todavía por llegar. Tanto el mago como su compañera sílfide fueron atrapados por una energía muy superior en capacidad que la suya propia para mantenerse cuerdos. Desde lo más profundo de sus mentes, todo aquello que había yacido dormido, aquellas cosas que habían soñado, que hubieran soñado en el futuro, desde las más

hermosas hasta las más abyectas, estaban tomando el mando. Ya no había lugar para pensar racionalmente. Era el momento de la no-realidad. Sus sueños estaban tomando posesión de sus seres.

Ambos chillaban de dolor.

–¡Aguantad, amigos míos! ¡No cedáis! –alentó el Guardián.

Una conocida risotada maniaca se dejó escuchar en las proximidades. Ganiria flotaba en el aire, triunfal.

–¡Hemos vencido! Has llegado demasiado tarde. ¡Ríndete a la evidencia! Tus poderes ya no son nada. Con la Muerte y Altea, comienza una nueva era en la cual yo voy a ser la lugarteniente... ¡Ja, ja, ja, ja! Vamos, entrégate a mí y prometo ser benevolente... Podemos incluso volver a intentarlo, te aseguro que esta vez cocinaré bien para ti... ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Me encanta ser melodramática! ¡Me encanta hablar sola en voz alta! ¡He tirado la medicación!

–Estás definitivamente ida, Ganiria. Ten por seguro que jamás seré tuyo. No tendrás ni una pizca de mi poder.

–¿Ah, sí? ¿Ni siquiera por tus amigos?

A un gesto de la hechicera, los cuerpos de Jairo e Irune comenzaron a retorcerse adoptando todo tipo de formas, colores y aspectos.

–¡Déjalos!

–Ya sabes lo que tienes que hacer si deseas que eso ocurra.



–¿QUÉ DEMONIOS HA PASADO AQUÍ? Explícate, enano. ¡Ahora mismo!

El dragón había llegado a su destino. Con un golpe brusco, el fiel acólito había dado con sus huesos en el suelo poco antes de que Reabor pusiera sus enormes patas sobre lo que quedaba del suelo de la cueva. Sólo hubiera faltado que, después de hacer todo ese viaje, el monstruo acabara aplastándolo como a un mosquito. El Sumo Sacerdote había aterrizado sobre sus posaderas al haber sido soltado sin más por Reabor. El acólito lo estaba ayudando a levantarse. Mientras, un acongojado Caldam hacía esfuerzos por parecer digno frente al enorme y anciano Taciturno. Era a él al que se le estaba exigiendo una explicación, y más le iba a valer dársela, ya que en aquel momento carecía de armas suficientes para tener siquiera una posibilidad de aguantar.

–Ya soy muy viejo para esto –masculló el sacerdote, mientras se ponía de pie.

–¿Cuál es el plan? ¿Correr hasta que no nos queden piernas? ¿Luchar hasta que no nos quede nada? –inquirió el acólito.

–De momento, esperar.

–Oh. Muy inteligente, señor.

–No des coba.

–El caso es, señor... –Caldam intentaba que su hilillo de voz pareciera valiente. O, por lo menos, que no pareciera cobarde-. El caso es que he

fracasado. No he podido cumplir mi parte del trato. El conjuro está listo...

Ah, no. Eso no.

–Y ¿qué significa eso? ¿Qué conjuro? –espetó el dragón.

–Que el hombre sigue vivo. Pero ya no es un hombre. El mago y su amiga también están vivos.

–El Guardián ha despertado, ¿eh?

–¡Eso mismo! Jamás lo hubiera expresado mejor. El conjuro era uno de teletransporte, me figuro, señor.

–¡SEÑOR DRAGÓN PARA TI!

–Deben estar hablando del guardián de la Dama de los Sueños, ¿recordáis? –susurró el fiel acólito.

–Shhh. Calla.

–¿Me estás haciendo la pelota?

–¿Yoooo? ¡Ni hablar de eso, señor! ¿Cómo se me ocurriría?

–Pues es una pena, porque deberías saber que a los dragones nos gusta que nos la hagan.

–Oh.

–Sobre todo aquellos que nos van a servir de alimento.

–Oh, cielos.

–Pero antes, habrá que acabar este asunto.

–Claro, claro, señor. Lo que digáis.

–Sin duda, la mujer habrá despertado ya.

–Es la hora –susurró el Sacerdote–. Refréscame la memoria con aquello que leíste. Y lo quiero rápido.

Ni siquiera tragando las lenguas de una centena de loros aderezadas con jalapeños una persona podría haber sido capaz de soltarlo todo tan deprisa además de con tanta claridad. El acólito estaba acostumbrado a ello, pues la oratoria de Midir incluía no sólo bellas melodías propias de un Top Ten medieval, sino juegos vocales repetitivos que el tiempo había impreso en el fondo de su mente con la fuerza del fuego de diez fraguas. Al caduco acólito le atraían este tipo de cosas –ya se ha comentado que era un poco raro en sus gustos–, con lo cual no era nada chocante que el Sacerdote hubiera sabido perfectamente dónde estaban los límites de su voz. Mientras, Reabor había recogido al huidizo Caldam en su garra derecha, y estaba ya a punto de emprender el vuelo. No iba a tener otra oportunidad.

–¡Ejem! Un momento... –intervino el Sumo Sacerdote.

–Ah, eres tú. ¿Qué quieres ahora, mequetrefe?

–Salvarte, Reabor. Solucionar este asunto de la mejor forma posible para todos.

–Te escucho, aunque de poco te vaya a servir.

–Estoy seguro que estáis al corriente de todos los acontecimientos relacionados con el Final Apocaltéosico. De hecho, habéis sido parte integrante de ellos, no me cabe duda. Lo que ha sucedido hasta ahora iba encaminado a acabar con el mundo tal como lo conocemos, con el fin de que se iniciara una

nueva era, ¿me equivoco? Bien, hasta ahora todo está saliendo conforme lo planeado, según veo. No obstante, ¿te has preguntado dónde queda tu papel en este lugar?

–Eso es irrelevante.

–No lo creo. Hasta este momento el discurrir de los acontecimientos ha sido bastante absurdo, ¿no crees? Una Dama que duerme para velar el sueño de los hombres, una Dama que dormía aquí mismo, si no me equivoco, y que fue despertada por su Guardián, el cual por lo que parece había decidido rebelarse contra el orden establecido por los Dioses. Seguro que lo recuerdas. Más tarde, el caballero muere y la Dama vuelve a su sueño. Pero, por lo que acabo de oír, lo primero no ha sucedido. Supongamos que lo que realmente ha pasado es que el Guardián, a su manera, también ha quedado dormido. Alguien se ha enterado de la profecía y ha decidido aprovecharse de la situación, alguien que a lo mejor tiene algún tipo de animadversión en particular hacia los dos. Este entra en contacto con un Caballero del Alto Código y con el dragón que en su día fue engañado, y traza un plan después del cual todos se van a llevar su premio. Pero el plan es chapucero y aparecen fallos. Nadie cuenta con que el Guardián puede volver a despertar.

–Ya. Tampoco nadie cuenta con que la Dama está al corriente de todo. Te sigo.

Eso era algo que el Sacerdote había pasado por alto. Fingió que lo sabía.

–Así que se suceden los hechos que llevan al acontecimiento final, mas el dragón se ha quedado sin su premio, el cual consiste en sacrificios humanos y ¿en qué más? Seguro que en alguna parcelita dentro de este nuevo orden.

–Te equivocas. Tengo mi premio, aunque no sea el que esperaba.

–¿Incluyendo el terrenito? ¿Es que no te has dado cuenta de que toda la realidad, tal como la conocemos, se viene abajo?

–Eso a mí no me va a afectar. No soy un ser real.

–Ahí te equivocas tú. Sí lo eres, porque vives aquí. Si no fueras real, vivirías en otro sitio, ¿no crees? Tú estás tan en peligro como nosotros. Tú y todos los dragones del universo.

El Taciturno dudó un instante. El pequeñajo tenía razón, eso tenía que admitirlo.

Era el momento adecuado para tomar una decisión.

–Vámonos de aquí. Me gustaría aclarar unas cuantas cosas. ¿Habéis sido teletransportados alguna vez?

–No...

–Y tú no intentes escapar, querubín –dijo, señalando a Caldam–. Te vienes también.

–Yo... Yo me iba a ir con mi mamá...

–Decidme una cosa... –susurró el fiel acólito mientras permitía que Reabor subiera a éste y a su señor a su grupa–. ¿Cómo habéis deducido todo eso a partir de una simple profecía?

–¿No te contaban de pequeño las historias del famoso Inspector del Rey Conan?

–Vale. Has ganado. Dime qué tengo que hacer.

El Guardián todavía no se había acostumbrado plenamente a su nueva condición. Nueva, y ciertamente, vieja. Mejor decir que le estaba costando recuperar antiguas costumbres. Todavía sentía un apego demasiado grande por sus camaradas; no podía permitir que sufrieran de ese modo. Ya lo había dicho antes.

No estaba preparado para ser un dios.

–Ven conmigo y bésame –ordenó Ganiria.

Fue tan abrupto como sorprendente. De la nada, salvando las corrientes desordenadas que se arremolinaban en torno a ellos, había aparecido el dragón, y no lo había hecho solo. La bruja se había quedado tan atónita que hasta había cesado en su tortura a Jairo e Irune. Como una goma de pelo a la que se estira hasta la saciedad, a los dos les iba a costar recuperar su aspecto inicial. Caldam permanecía preso en una de las garras del Taciturno. El Sumo Sacerdote y el fiel acólito se agarraban como podían a una de sus patas, al haber tratado de descender de su lomo y no encontrar superficie sobre la que posar un pie miserable. Aprovechándose del factor sorpresa, el Guardián pasó rápidamente por su lado y se dirigió hacia el trono en el que la Muerte y Altea permanecían sentados, ausentes de todo lo que estaba ocurriendo.

–Hola, Ganiria –más que un saludo, aquello había sonado a amenaza.

–¡Reabor! ¡Qué... Qué sorpresa! ¡Cuánto tiempo sin verte!

–Me has mentido, bruja. Prepárate.

Ella no tuvo tiempo de reaccionar. Los dragones son mucho más veloces de lo que el común de los mortales se supone; la hechicera no había comenzado a murmurar la fórmula de un conjuro de evasión cuando se vio completamente atrapada por la garra libre del monstruo. Tan fuerte había sido la presa que Ganiria se había quedado siquiera sin aire para respirar. Con Caldam en una zarpa y la bruja en la otra, Reabor habló:

–Habéis tramado juntos. Habéis tratado de engañarme juntos. Me parece que lo justo es que permanezcáis juntos, ¿no? Juntos para siempre...

Reabor el Taciturno unió sus dos gigantescas garras en una palmada, que para uno de su estirpe podría equivaler a un suave roce de manos, y para una persona cualquiera, más concretamente para aquellas dos, se asemejó al paso de una apisonadora repetidas veces sobre uno y otro.

–¡Agárrate! –chilló el Sumo Sacerdote.

–¡Señor! ¡Esto es inaguantable! ¿Lo notáis? –replicó el fiel acólito.

–¡Sí, pero hay una forma de evitarlo! ¡Piensa en bellas odaliscas!

–¿EEEH?

–¡Vamos, hombre! ¡No me digas que has sido célibe toda tu vida!

–¿Puedo confesaros algo?

–¡Claro!

–Soy célibe.

El Guardián estaba ya a un solo paso de la inquietante pareja. Tenía la impresión de que ni siquiera le habían prestado un poco de atención. Altea, su amada, mantenía la mirada perdida en algún lugar del infinito. Un extraño brillo de furia permanecía latente en sus ojos. La Muerte no mantenía ninguna mirada apreciable. Los dos estaban cogidos de la mano.

Eso sí que no, pensó. Tenía que hacer algo. Siempre había sido un poco celoso.

Tras sopesar todas las opciones, puso su mano sobre las de ellos, y dejó libre toda su energía. Eso era algo que había aprendido a usar de nuevo muy pronto.

Lo que en ese momento se pudo contemplar fue cómo el Guardián aumentaba de nuevo su tamaño. A la par que él, la Muerte y Altea crecían en igual estatura. Los tres quedaron rodeados por un inmenso halo de llamas azuladas que amenazaba con quemar la propia existencia. A su alrededor, la tormenta pugnaba por detenerse. Altea fue la primera en dejar de mirar a ningún sitio y girarse hacia el intruso. A una expresión de ira le siguió una de aturdimiento y sorpresa. Con su mano libre, la Muerte alzó su guadaña, con intención de asestar un golpe al brazo del Guardián.

Entonces, Altea gritó.

Como si de un espejo se hubiera tratado, la realidad se quebró en millones de pedazos.



Buena la has hecho.

¿Yo? Hombre, gracias. ¿Así me pagas que intente salvarte?

¡Ya era tarde! ¡Me dijeron que estabas muerto!

Mujer de poca fe... ¿Qué te costaba esperar un poco?

Si me permitís la intromisión, me gustaría deciros que eso ya no importa...

Cállate la boca, ¿quieres? En bastantes líos nos has metido ya.

Estamos en el limbo. Todo ha desaparecido para siempre. Ahora sólo queda descansar eternamente.

¡Qué pesado! Ya nos hemos dado cuenta, ¿vale?

Así que este es el Final...

Me parece que va a ser bastante aburrido.

No lo notaréis. Estaréis dormidos.

Oh, no, no señor. No me he pasado los siglos dormida como para ahora irme a la cama otra vez. Todo el mundo va a pensar que soy una marmota. Me voy a quedar despierta, vaya que sí.

No hay lugar para tal discusión. Ahora estáis en mi dominio y no os queda más remedio que obedecer.

Pues a mí, qué quieres que te diga, tampoco me apetece mucho dormir...

BASTA YA.

¡Huy! ¿Quién ha sido ese?

SILENCIO, HEMOS DICHO.

Vale, vale.

SOMOS LOS DIOSES DEL MUNDO.

Bienvenidos a la fiesta.

¡HEMOS DICHO QUE SILENCIO! SOMOS LOS CREADORES DE LAS REALIDADES INFINITAS, AQUELLOS QUE HAN DADO VIDA A AQUELLO QUE NO LA TENÍA. AQUELLOS QUE OS HAN DADO VIDA A VOSOTROS. LOS FORJADORES DEL PLAN ETERNO, LOS QUE HAN FORMADO EL REINO DE LAS IDEAS... LOS DUEÑOS DE TODO LO QUE ES.

...

NO VAMOS A ENTRAR EN DETALLES, MAS DIREMOS QUE NUESTRO PLAN PARA LA CREACIÓN HABÍA SIDO PERFECTO, Y VOSOTROS DOS ERAIS NUESTRO MÁS PRECIADO LOGRO. OS PROPORCIONAMOS CONSCIENCIA, UNA HUMANA, PARA QUE PUDIERAIS EMPATIZAR CON LOS SENTIMIENTOS DE AQUELLOS INFERIORES A VOSOTROS. OS ENTREGAMOS UNA MISIÓN SAGRADA, MUY SENCILLA Y CLARA. QUE CUMPLÍSTEIS... HASTA QUE VUESTROS SENTIMIENTOS SE CRUZARON POR EL CAMINO. TAN PERFECTOS RESULTASTEIS, POR ENDE, QUE NO ENTRABA EN NUESTROS CÁLCULOS... SEMEJANTE REBELDÍA.

¿Puedo decir algo?

NO. A PESAR DE NUESTROS EMPEÑOS, OS HABÉIS  
OBSTINADO EN SEGUIR ADELANTE CON VUESTRA ESTUPIDEZ.

Creo que eso nos ha quedado más o menos claro.

¡Eh! ¿Quién es estúpido aquí?

No, tú no, tú no, cariño. Por supuesto.

NO HABEIS ENTENDIDO QUE FORMÁIS PARTE DE UN  
ESQUEMA SUPERIOR. ESTE ES EL RESULTADO DE TODOS  
VUESTROS ACTOS.

¿Y ahora? Si no molesta la cuestión...

ESTÁ EN VUESTRA MANO.

Pero, ¿por qué tenemos que vivir así? ¿No os dais cuenta de que no hay derecho?

NO. PARA NOSOTROS NO EXISTE EL “DERECHO”. SOIS LO  
QUE SOIS.

En ese caso, preferimos quedarnos aquí. Vais a tener que curraroslo para que os  
salga una pareja tan buena como nosotros pero bueno, quedamos en que eso ya no era  
asunto nuestro, ¿no?

Se hizo un silencio más que sepulcral, eterno. Ni siquiera la Muerte se  
atreveía a hablar. Sin duda habían pinzado algún nervio.

ESCUCHAD BIEN. HEMOS TOMADO UNA DECISIÓN.  
DESEAMOS RESTAURAR EL EQUILIBRIO TAL COMO ERA...

Un momento. ¿Tal como era?

CAMBIANDO ALGUNOS ASPECTOS FUNDAMENTALES.

¿Aspectos fundamentales?

¿Desde cuándo hay eco aquí?

SÍ, UNOS ASPECTOS FUNDAMENTALES QUE NOS DAMOS CUENTA DE QUE DEBEN SER CORREGIDOS CUANTO ANTES. VUESTRO ERROR NO DEBE VOLVER A COMETERSE, AUNQUE DEBEMOS ADMITIR QUE NOS COSTARÍA DEMASIADOS ESFUERZOS CONSTRUIR DE LA NADA UNA PAREJA COMO VOSOTROS. MAS PRIMERAMENTE, NECESITAMOS QUE RESPONDAIS A UNA PREGUNTA. MEDITADLA BIEN: ¿ESTÁIS SEGUROS DE QUERER VIVIR ETERNAMENTE, UNO AL LADO DEL OTRO?

Por supuesto que sí.

Hombre, yo, vivir, lo que se dice eternamente...

¿¡Cómo?!

¿Es que no sabes reconocer una broma? Pues claro que sí.

SEA, ENTONCES.

## EPÍLOGO

Era la primera noche en muchos años en que el caballero había logrado dormir de un tirón más de ocho horas. Un súbito impulso lo asustó sobremanera: en cierto modo, se había acostumbrado tanto a la falta de sueño que en su fuero interno todavía temía por la seguridad de su amada. No obstante, ya no había nada que de lo que tener miedo. Todo estaba en su sitio.

Todo era como debía.

Miró al cielo. Klimiria, Mlita y Cruna se encontraban formando un triángulo perfecto y la estrella de Kemir marcaba el comienzo del ciclo. Todo estaba dispuesto tanto en el firmamento como en la tierra. La misma costumbre que lo había despertado con tan mala idea lo llevó al lecho donde habitualmente se encontraba con la misma visión de su dama. Altea seguía dormida. Parecía tan ajena a todo lo que había sucedido... En cierto modo, permanecía en la misma postura que la había dejado cuando empezó todo. ¿Habría sido todo, valga la redundancia, un mal sueño? ¿Habría sido todo un triste engaño? Había sido tan real...

El alba despuntaba ya. Apagó las ya casi consumidas velas y se dispuso a recogerlo todo, aunque ciertamente, pensó, ya no iba a hacer falta. Donde iban a ir esperaban las más ricas posesiones. A su lado, todos aquellos cachivaches, todas aquellas baratijas, se quedarían en nada. A pesar de ello,

guardaban algo valioso: recuerdos. Por eso trataría por todos los medios de hacerles un hueco en su equipaje. No obstante, no pudo evitar hacer ruido.

–Aquí ya no hay quien duerma... Primero una pesadilla horrenda que no había forma de que acabara y luego tú haciendo ruiditos con todo... ¿Es que aquí no hay respeto a los que duermen, o qué? –le espetó Altea, somnolientamente contrariada.

El caballero, ajeno al enfado, dejó todo en el suelo, la cogió en brazos, sonrió, y besándola, respondió:

–Buenos días, Altea.

Un poco más lejos, en una torre escondida en medio de una arboleda mágica, un mago y un hada miraban atentos un telemetrófono.

–¡Ay! –suspiró Irune–. Qué bonitas son estas cosas... ¿Qué te pasa, Jairo?

–Nada, nada. Sólo se me ha metido algo en el ojo.

–Claro.

–Nadie diría que hemos pasado lo que hemos pasado. Todo parece tan idílico...

–Es cierto. Es una pena que no podamos contárselo a la Hermandad.

–De todos modos no nos iban a creer.

–Ya... ¿Sabes, Irune? Cuando nos estuvieron explicando lo que había pasado después... Bueno, ya lo sabes, Guardián mencionó algo, cuando

regresamos, de que el mundo iba a seguir como antes, pero que... habría algunos cambios. ¿Qué querría decir con eso?

–No lo sé.

–Me gustaría investigarlo en el futuro. Tengo la impresión de que vamos a estar bastante tranquilos de ahora en adelante, así que me parece que voy a emprender un largo viaje, a ver lo que me encuentre por ahí.

–Eso está muy bien.

–¿Y tú?

–No sé. Supongo que regresaré al bosque. Seguro que me he perdido un montón de fiestas. Por cierto, Jairo. No sé si podrías explicarme algunas otras cosas que no me han quedado claras después de todo este fregado.

–Puedo intentarlo, aunque no prometo nada. Yo tampoco he conseguido atar todos los cabos, empezando por que no recuerdo qué es lo que sucedió después de llegar al antro de Ganiria más que por lo poco que nos narraron tanto Altea como Guardián. Lo siguiente que me viene a la memoria es aparecer en medio del bosque donde se encontraba el hogar de Altea y de Guardián, donde nos dijeron aquello y se despidieron de nosotros.

–Yo tampoco recuerdo nada más. Todo está bastante oscuro en lo que concierne a eso. A lo mejor deberíamos pedirles que nos lo aclararan.

–No dudo de que lo harían. Desgraciadamente, me da la impresión de que no vamos a verlos en una larga temporada...

-Es verdad. Pero no era de eso de lo que te quería hablar. Hay otras cosas que no he comprendido del todo, como por ejemplo, aquello de los saltos entre dimensiones.

-Ya te dije que Guardián tenía esa capacidad como parte de sus funciones intrínsecas. Como tal, debía estar preparado para cualquier eventualidad que pudiese afectar a Altea, y eso incluía raptos interdimensionales. Si, por otra parte, me estás preguntando por la razón que nos llevó a vagar de esa forma entre mundos, bien, todo lo que puedo decirte son mis propias teorías. En mi opinión, el primer enfrentamiento con el Avatar de la Muerte desencadenó las energías internas que permanecían dormidas en el interior de nuestro amigo, aunque la forma de liberarlas fue quizá un tanto aleatoria. Pienso que más bien, para enfrentarse con el Avatar, los poderes de Guardián trataron, digamos, de ajustarse.

-No te entiendo nada.

-El Avatar de la Muerte es un ser... No sé cómo explicarlo, mucho más real que nosotros. Una persona normal no es capaz de afectar a un ser con las habilidades de un semidiós. Intuitivamente, Guardián lo sabía y comenzó su proceso de "sincronización" para poder enfrentarse a él. Eso explica que, por un momento, no pudiéramos ponerle la mano encima. Después, como sus habilidades carecían de control, volvió a su estado inicial y fue entonces cuando saltamos de plano, como te he dicho, al azar. Fue como arrojarse al vacío, y la consecuencia directa la pudimos comprobar en nuestras carnes.



Nuestras pautas de realidad no lograban ajustarse a los mundos que visitábamos; no obstante, los poderes de Guardián estaban haciendo todo lo posible por lograrlo. Quizá también tuvo que ver tu presencia. Las hadas tenéis un talento especial que os facilita el tránsito entre mundos. Es probable que tus habilidades colaboraran, de algún modo, para orientar los saltos que realizaba Guardián. Así fue como llegamos a los Yghuocs.

–Ellos conocían a Altea.

–Sí. Por lo que parece, ella había despertado ya una vez. Paradójicamente, fue cuando los poderes de Guardián desaparecieron. Parece que el destino se las había estado arreglando para que, cuando uno estuviera despierto, el otro durmiera.

–A veces los dioses gastan muy mala leche. ¿Cómo dice aquel refrán de los trolls? Los caminos de los dioses son inescrutables, sobre todo si son de piedra... Aún así, ¿qué tenía que ver Caldam con todo esto?

–Como Guardián nos dijo, él era la reencarnación del guerrero que en un tiempo compitió con nuestro amigo por el corazón de Altea. No le costó demasiado asumir su papel, por lo visto. Se lo creyó como si lo hubiera vivido desde hacía todos esos siglos.

–Pensó que todo podía ser como entonces.

–Ahora soy yo el que tiene una pregunta. ¿Conocías a Guardián antes de todo esto?

–Yo... Recuerdo haberlo conocido, aunque es algo muy vago... Mi memoria no es muy allá. Como las hadas vivimos eternamente, pero con un intelecto limitado, tenemos que ir relegando cosas al olvido... Me costaría una noche entera describirte cuál es el lugar del reino de las hadas al que van a parar los recuerdos que ya no podemos retener... Porque tenemos un lugar para eso, ¿sabes?

–Fascinante.

–Una última cosa. ¿Por qué “Guardián” y no “El Guardián”?

–Guardián es su nombre, ¿no? “El” Guardián suena un poco vulgar...

–Es cierto.

–Bueno, y ahora parece que todo es como debería.

–Sí...

La imagen del telemetrófono se hizo más borrosa. Jairo e Irune asistieron en silencio a la escena; desgraciadamente el artefacto era incapaz de observar fuera de aquella esfera universal para la que estaba diseñado. Menos todavía para acceder al Paraolimpico, el lugar paradisiaco donde los dioses tienen su hogar. Una especie de residencia de verano, sólo que en vez de pasar el verano, uno pasa allí la eternidad.

–Los vamos a echar de menos, ¿verdad? –preguntó Irune.

–Pues sí.

–¿Sabes? Pensándolo bien, me gustaría hacer aquel viaje contigo...

Tuvo que despertar. El sol machacaba con fuerza sus párpados de tal modo que era imposible conciliar el sueño de ninguna manera. Se había dormido con la armadura puesta, y eso significaba que iba a tener agujetas para el resto del día. Lo primero que vio fue una extensa llanura vacía, yerma, y el caso era que no recordaba cómo había llegado allí. Tampoco lograba recordar la razón por la que su caballo había caído al suelo de aquella manera. Parecía que había estado galopando durante una semana entera. Fue cuando se dio cuenta de que alguien lo estaba observando.

Mejor dicho, algo. Dos de ellos.

Un jaco escuchimizado, flanqueado por un simpático burro con aspecto de tener muy mal carácter, lo contemplaba en silencio con cierta expresión ausente. El burro, en cambio, si hubiera sido capaz de hablar, en aquel instante le estaría advirtiéndole que no sería buena idea montar sobre él. Ambos animales estaban preparados para ser cabalgados, pero ¿dónde se encontraban los jinetes? Un ruido a su espalda le advirtió de que su montura había despertado por fin. Lo mejor iba a ser tratar de volver a su reino, estuviera donde estuviese. Se acercó a su caballo.

Éste, con una expresión de pavor en la mirada, emprendió la huida como alma perseguida por Takimor.

—¿Qué diantrez le paza? ¡Vuelve!

Un resoplido lo sacó de su aturdimiento. El rocín se había acercado hasta él. Con algo más de precaución, el burro había hecho lo mismo. A lo

mejor, pensó el Heraldo del Rey, no tenían a nadie más en este mundo. Tampoco le quedaban muchas opciones. Cogió a Rocinante de la brida.

–Bueno, menoz ez nada –decidió.

Reabor el Taciturno recordaba perfectamente todos los acontecimientos que lo habían llevado de vuelta a su cueva. Ya se ha mencionado que los dragones son seres irreales fruto de la imaginación de los seres que han pensado alguna vez en ellos; hay que añadir que cuando se ha dado este hecho a nadie se le ha ocurrido que tales criaturas pudieran tener la composición de un alfeñique o la memoria de un mosquito, más bien al contrario.

Los dragones son poderosos porque a nadie se le ha ocurrido jamás pensar otra cosa diferente, así que éste en cuestión tenía todo el derecho del mundo a ser plenamente consciente de todo lo que había sucedido.

También tenía derecho a no estar completamente de acuerdo con ello.

Los dioses no habían sido muy justos con el reparto. Vale que aquellos dos recuperaran su viejo estatus y que la Muerte jurara mil veces que nunca más se iba a meter en sus asuntos. Vale que los abueletes aquellos volvieran a su hogar; en el fondo, se había divertido tanto con ellos que habían acabado por caerle bien. Vale que sus heridas fueran curadas. Vale que los otros dos regresaran a la torre del mago. Pero, ¿qué había de su apetito? Ese tema no

había quedado zanjado. Y, para colmo, lo habían obligado a aceptar su nueva misión de por vida...

Malhumorado, Reabor se reclinó sobre la ingente montaña de oro, artefactos, armaduras, objetos mágicos, que comprendía su tesoro. Esto también se lo habían devuelto junto con su guarida, todo un consuelo. Podría seguir esperando a crédulos aventureros sin tener que buscarse a alguna hembra jovencita que deseara conocer los placeres de la vida. Desde luego, las de su edad ya estaban bien escarmentadas. Dirigió una última mirada hacia el receptáculo cristalino que, a partir de ahora, y hasta que se hartase, adornaría el ala este de la gruta.

–Dormid, malditos, dormid. Más vale que no despertéis...

Tras remolonear un rato, Reabor cerró los ojos. También para él era hora de descansar.

–¿Dónde estamos?

–Ay, chico, no lo sé. Esto está muy frío, ¿verdad? Yo diría que esto es algún tipo de dimensión aparte de la realidad...

–¿Qué quieres decir?

–No sé, pero me parece que estamos aquí prisioneros, a menos que tengas una idea de cómo salir de aquí.

–¿Yo? Se supone que tú eres la maga.

–Ya, pero por lo que creo aquí no funcionan mis poderes. Además no tengo mi medicación. Oye, Caldam, ¿por qué no te arrimas un poco, a ver si nos damos calor?

–¿Eh? Bueno, yo... El caso es que... Bueno, Ganiria, que... tengo que hacer, ¿sabes?

–¿Dónde? ¿Es que hay algún sitio al que puedas ir? Yo no veo ninguno.

–Ya, pero...

–No se hable más. ¡Ven aquí, corderillo! ¡Bésame! No nos conocemos lo suficiente, pero ahora tenemos todo el tiempo del mundo...

–¡Socorrooooo! ¡Mamáaaaa!

Nadie se había acordado de él. Desde que el caballero lo había dejado en su puesto, se había esforzado por mantenerse igual de oscilante que al principio. Para su suerte, mala como pocas, las implacables fuerzas de rozamiento estaban logrando lo que hasta aquel momento nadie había podido. Se estaba parando. Si su amo volvía, se iba a disgustar un montón.

Comenzó a escuchar voces, a lo lejos. Vamos, un último intento.

–Nos hemos perdido otra vez.

–De eso, nada. Vamos por un atajo. ¿Cuántas veces os lo tengo que decir?

–Claro, Fiudus.

–¿Qué te parecería otro pescozón?

–¡Ni se te ocurra, Selva!

–Pues te lo estás ganando... –comentó Nurbilak.

–¿Os he dicho que todavía tengo retortijones? Jamás volveré a comer costillas en el “Lechón Feliz pese a no Tener Relleno”.

–¡Chicos! ¿Qué es eso de allí?

Ensueño señalaba a un camino que se abría por una vereda oculta del bosque.

–Parece... Parece que han ahorcado a alguien –afirmó Jinash.

–Qué mal fario –repuso Selva.

–¿No deberíamos bajarlo de ahí? Todo el mundo se merece una sepultura digna –replicó Nurbilak.

–Algo habrá hecho –afirmó Fiudus.

–Lo mejor será que lo dejemos ahí. Tengo entendido que debajo de los ahorcados crecen setas que hablan –dijo Ensueño.

–¿Ah, sí? ¿Y qué dicen, listillo? –inquirió Jinash.

–Pues tengo entendido que, una vez desenterradas, no dejan de decir tacos y de acordarse de todos tus parientes.

–Qué desagradable –murmuró Selva.

–Lo dicho. Lo dejamos ahí. Además, imaginad que alguna bruja ha decidido recoger las dichas setas. No me apetece para nada enfrentarme a ella por unos hongos maleducados. Vámonos –ordenó Fiudus.

–Eso –acordó Ensueño–. A ver si nos sacas de aquí de una vez.

–Eso está hecho. Todo está controlado, ¿entendéis?

–No, no entendemos nada –saltaron todos al unísono.

No tardaron demasiado en alejarse. El pelele, finalmente, se detuvo. En cierto modo, tenía la sensación de que ya no debería preocuparse más de cuidar el camino. A lo mejor él también merecía un descanso.

Setas que hablan. Menuda estupidez.

El templo de Midir, como la ciudad de Ilamea que lo alojaba, había vuelto a la normalidad. Nada mostraba aspecto de haber sufrido los acontecimientos recientes. Como era habitual, el Sumo Sacerdote se había levantado al desagradable retumbar del Sagrado Gong del Destino. Todo lo anterior había quedado como una especie de sueño difuso cuyo recuerdo desaparecería con el tiempo. A pesar de ello, el anciano clérigo no dejaba de tener una sensación de alegría que hacía años que no había experimentado. De hecho, ni siquiera le habían aparecido canas la última vez que se notó de esa forma. A lo mejor era hora de empezar a introducir algunos cambios en el aburrido convento en el que tanto tiempo llevaba recluido. Hoy podía ser un día como otro cualquiera para ello.

Lo primero sería ese dichoso Gong.

El fiel acólito lo esperaba, como todas las mañanas, para comenzar con los ritos, Crótalos y Flauta en sendas manos. La gente, puntual como siempre, había ocupado sus puestos en los bancos del lugar de culto. Sí, en definitiva



todo estaba como se esperaba que estuviera. Tan aburrido todo... El Sacerdote de Midir guardaba en el fondo de su ser, dondequiera que estuviese, la impronta de que algo muy grande había sucedido, y que los dioses, en cierto modo, esperaban que actuara en consecuencia. Todas aquellas oraciones requerían ser renovadas, y...

Había que incluir nuevas melodías.

La Dama de los Sueños. La señora Altea. Su amado Guardián. Tres nombres que resonaban en su cerebro una y otra vez, como los juegos vocales que en ocasiones canturreaba el acólito. Ellos dos debían tener una canción, la más bella de todas.

Aunque no lograba entender por qué.

Al finalizar con las ceremonias, Sumo Sacerdote y acólito se retiraron a sus aposentos en pos de la rutina diaria de cada uno. Tampoco nadie en todo el Sagrado Templo de Midir mostraba signos de haber sufrido nada más allá de algún accidente doméstico. ¿Es que nadie, ni siquiera su fiel sirviente, notaba nada? Antes de separarse en los pasillos, el sacerdote cogió del brazo al clérigo.

–Dime una cosa. ¿Sería posible ampliar la biblioteca? He decidido que vamos a actualizar nuestras fuentes de conocimiento, y que tú podrías dirigir estas actividades. Por supuesto, ocuparías un cargo acorde.

El fiel acólito no sabía qué decir.

–Además quería preguntarte una cosa: ¿has probado alguna vez a saltar la tapia del convento de noche?

–Eh... Pues... No.

Pero siempre tiene que haber una primera vez, pensó.

Written, Produced and Directed by: Joaquín Gracia y Jesús M. Vidal.

The producers wish to thank all the people and the places, real or not, who inspired the making of this story.

Again, no similarity with people, animal or extra-dimensional beings may be inferred from the writings of the

authors.\*

---

\* Los autores no se han podido resistir a una última nota. Ésta en cuestión no aporta ni detalles no-sexistas, ni ecologistas, ni nada de nada. Todo lo que se pueda atribuir a ella es fruto de la imaginación del lector, y ya ha quedado clarito lo que pasa cuando la imaginación se desboca. ¿O es que no se han leído el relato? No intenten provocar el Final Apocaléptico en su casa sin el consejo de un especialista.